

UN LLAMADO PROFÉTICO

En el reciente Retiro-Campamento de Rucacura (Chile), en enero de 2009, el lema fue "*Levántate, resplandece*". Palabras tomadas del profeta Isaías capítulo 60:1.

¡Cuántos desafíos implica esa expresión! ¡Qué imperativo para la iglesia!

A la luz del libro de los Hechos, la primera iglesia -modelo de lo que es una iglesia normal- se levantó y resplandeció porque tenía a Cristo morando en medio de ella. Esto, que parece ser una perogrullada, no lo es. Porque, aunque nos cueste aceptar, debemos afirmar que, si hay una razón porque la iglesia hoy ha caído en la tibieza y en la opacidad, es porque Cristo está al lado afuera de la puerta.

De manera que este llamado profético tiene una condición *sine qua non*. Que Cristo vuelva a ser el centro y la vida de la iglesia. Que Cristo ocupe el primer lugar en la fe y práctica de su iglesia. Cuando esto ocurra, quien resplandecerá será Cristo mismo, pues él es la única Luz verdadera que alumbra a todo hombre. Él es el Sol de justicia, el Lucero de la mañana.

Este es el tema principal de esta revista, al cual se agregan los textos correspondientes de las series que se han iniciado con Dana Congdon y Gino Iafrancesco.

En la sección *Apologética*, volvemos a tocar, con un mayor desarrollo, el asunto de la evolución de las especies, con motivo de celebrarse el bicentenario de Charles Darwin. Esperamos que nuestros lectores, especialmente los jóvenes, encuentren en ellos la luz necesaria para enfrentar la ceguera "de la falsamente llamada ciencia" en esta materia.

Rogamos al Señor que, como siempre, toque nuestros corazones con su preciosa Palabra.

INDICE

- ENFOQUE DE ACTUALIDAD**
- 3 **¿HACIA UN NUEVO ORDEN ECONOMICO MUNDIAL?**
- PROFECIA**
- 9 **EL QUEBRANTO DE LOS DIAS FINALES** / Acerca de la voluntad del Señor para su iglesia y su obra en nuestra generación. *Lance Lambert.*
- TEMA DE PORTADA**
- 23 **LEVANTATE, RESPLANDECE** / El llamado del Señor para su iglesia, a un compromiso de fe y de amor. *Marcelo Díaz.*
- 30 **LOS VENCEDORES Y LA HERENCIA** / Cómo Dios cumplirá su propósito de llevar muchos hijos a la gloria. *Rodrigo Abarca.*
- 39 **LOS FARISEOS, MEJORES 'CRISTIANOS' QUE NOSOTROS** / Revisando la espiritualidad del movimiento farisaico en los días de Jesús. *Rubén Chacón.*
- 44 **EN EL MONTE Y EN EL VALLE** / Una palabra acerca de la suficiencia de Cristo en la vida del creyente. *Gonzalo Sepúlveda.*
- 51 **MUESTRAME TU CAMINO (2)** / Las obras, los caminos y el propósito de Dios. *Dana Congdon.*
- 62 **EL BUEN DEPOSITO (2)** / Lo que Dios le ha confiado a la Iglesia. *Gino Iafrancesco.*
- LEGADO**
- 71 **LA VIEJA Y LA NUEVA CRUZ** / Un nuevo y pernicioso tipo de evangelio se abre paso en la cristiandad en nuestros días. *A. W. Tozer.*
- 74 **CARTAS DESDE LA PRISION** / *Dietrich Bonhoeffer.*
- ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA**
- 78 **TESTIGO DE CRISTO EN TIEMPOS DE GUERRA** / Semblanza de Dietrich Bonhoeffer, pastor y teólogo alemán del siglo XX.
- ESTUDIO BÍBLICO**
- 92 **BOSQUEJO DE JOEL** / *A. T. Pierson.*
- 93 **SÍMBOLOS Y TIPOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO (11)** / *A. B. Simpson.*
- 97 **VIENDO A CRISTO EN SU REINO ETERNO** / Un estudio de 2ª de Pedro. *Stephen Kaung.*
- APOLOGÉTICA**
- 104 **EL ORIGEN DE LAS ESPECIES** / Modelos evolutivo y bíblico. *Ricardo Bravo M.*
- 112 **BREVE INTRODUCCION AL DISCERNIMIENTO DEL CONFLICTO DE PARADIGMAS (4)** / *Gino Iafrancesco.*
- REPORTAJE**
- 116 **ESCAPE DE LA TORRE DOS** / Cuando el avión estalló debajo de su oficina, todo lo que él podía hacer era orar. *Ken Walker.*
- SECCIONES FIJAS**
- 22 Maravillas de Dios / 70 Bocadillos de la mesa del Rey / 115 Joyas de Inspiración / 120 Página del lector



¿Hacia un nuevo orden económico mundial?

En nuestras últimas ediciones hemos estado atentos al devenir de la crisis económica mundial y sus consecuentes repercusiones en todo el orbe. Ya nos vamos aden-

trando en el año 2009 y, sin duda, ante nuestros ojos, se está escribiendo una página negra en la historia mundial.

Para quienes vivimos en países en

vías de desarrollo, que conocemos la pobreza histórica de la región latinoamericana, nosotros estábamos acostumbrados al hecho de que los países «ricos», desarrollados o del así llamado «primer mundo», siempre estaban bien, sus monedas y sus economías, en general, se les veía siempre tan sólidas y en constante crecimiento.

Ahora bien, en las últimas décadas hemos sido testigos en Chile de un crecimiento sostenido, en educación, infraestructura, comercio, comunicaciones, en fin, en casi todos los ámbitos de la vida nacional. Los países del primer mundo son nuestros principales clientes, ellos compran nuestras materias primas y son los grandes consumidores de todo cuanto producen nuestros países. Por tanto, si ellos están viviendo una recesión, bajará el consumo, y enton-

ces, ¿quién comprará nuestros productos?

Economías tan fuertes y pujantes como la norteamericana, japonesa y europea, hoy aparecen sumidas en una crisis de la cual, todo indica que no será fácil emerger.

Esto, visto desde la perspectiva de Chile, que bien puede ser la de muchos otros países del área.

Japón

Japón sufrió el cuarto trimestre de 2008 su peor contracción económica en 35 años, debido al desplome de exportaciones e inversiones, y el Gobierno afirmó que el país está viviendo su recesión más grave desde la guerra.

Según estadísticas oficiales recientemente publicadas, el producto interno bruto (PIB) de la segunda economía mundial ha caído un 12,7%



a ritmo anual de octubre a diciembre de 2008.

«Esta es la peor crisis desde el final de la guerra. No cabe duda», declaró el ministro de Política Económica y Presupuestaria, Kaoru Yosano, y estimó que la economía nipona «fue arrasada literalmente» por la tormenta mundial.

Alimentada mucho tiempo por la demanda de automóviles, aparatos electrónicos y otros bienes de consumo japoneses de alto valor añadido en Estados Unidos, la economía japonesa vivió un periodo de expansión más largo desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Pero el crecimiento nipón sufrió un frenazo brutal con la caída del consumo en Estados Unidos y luego en el resto del mundo. Al ver que sus reservas aumentaban y sus beneficios se reducían a una velocidad alarmante, las empresas redujeron de forma drástica sus inversiones. Víctimas de supresiones de puestos de trabajo o de recortes salariales, inquietos ante un futuro incierto, los japoneses se lo piensan más antes de echar mano a la cartera, y el marasmo económico se sigue agravando.

Japón se encuentra oficialmente en recesión desde el tercer trimestre de 2008, y seguirá estándolo al menos todo el año 2009, estiman la mayoría de los economistas y el banco central del país.

«Japón será incapaz de superarla en solitario. Las fronteras no existen en economía. La nuestra arrancará de nuevo al mismo tiempo que en los otros países», agregó el ministro Kaoru Yosano, para quien «recons-

La economía ya no reconoce fronteras, todos los países y bloques de países, especialmente los más ricos (los más pobres sólo pueden observar los acontecimientos), se necesitan unos a otros.

truir nuestra economía es una cuestión de responsabilidad frente a los otros países».

Europa se hunde en la recesión

Por su parte, las economías de Alemania, Francia e Italia sufren desplomes sin precedentes en los últimos años. La Comisión Europea insta a los estados a acelerar la aplicación de los planes de estímulo.

La economía del conjunto de la Unión Europea se contrajo 1,5%, lo que demuestra que la recesión se agrava en el Viejo Continente y supera a la de Estados Unidos, cuya contracción fue del 1% en los tres últimos meses de 2008 tras dos trimestres en negativo, entró en recesión técnica. «Las cifras no son desgraciadamente una sorpresa y no son buenas. Tenemos una crisis económica y financiera mundial que hay que combatir», explicó el portavoz del comisario de Asuntos Económicos, Joa-



quín Almunia, sobre las nuevas cifras difundidas a mediados de febrero por Eurostat.

¿Un «nuevo orden económico mundial»?

La cumbre de los ministros de Economía del G7 (los siete países más industrializados del mundo) concluyó el 14 de febrero con un llamamiento de la Presidencia italiana a la creación de unas «nuevas reglas» que den lugar a «un nuevo orden económico mundial» respetuoso con el sistema capitalista.

La reunión, que hizo mucho hincapié en la necesidad de sanear el sistema bancario internacional, terminó con un llamamiento a un nuevo sistema legal compartido por todos los países que impida una crisis económica como la actual.

El comunicado final de la reunión también cita como una de sus priori-

dades impedir las «medidas proteccionistas» para que no surjan nuevas barreras al comercio internacional.

El proteccionismo había estado en boca de todos a causa de la cláusula «buy american» (comprar productos americanos), incluida en el plan de estímulo estadounidense, que finalmente quedó diluida en la versión aprobada por el Congreso de EEUU.

El nuevo secretario del Tesoro estadounidense, Timothy Geithner, que acudió a su primera reunión del G7, no dio nuevos detalles sobre el plan de estímulo financiero, pero subrayó la «velocidad» con la que la Administración del nuevo presidente de EEUU, Barack Obama, ha tomado decisiones para sortear la crisis.

Esto, sin duda, sigue la línea de las expectativas de los norteamericanos, y del resto del mundo, con respecto al nuevo presidente norteamericano. Un sondeo de opinión realizado por el Servicio Mundial de la BBC en 17 países arrojó como resultado que, según la opinión de los encuestados, la presidencia de Barack Obama tendrá un impacto positivo en las relaciones de Estados Unidos con el resto del mundo. La mayoría de los encuestados (72%) subrayó que la crisis financiera global debería ser la prioridad fundamental de la agenda de Obama, y se incluyen entre éstos los propios norteamericanos.

Los países del G-7 definieron la estabilización de la economía global y de los mercados financieros como su «prioridad absoluta» para salir de la «severa» crisis mundial. Para ello se comprometieron a emprender «todas las iniciativas que sean necesa-

Sólo falta que las naciones se pongan de acuerdo para aceptar un gobierno o un «control» central para el mundo entero. Y esto podría ser la antesala del anticristo.

rias» para restituir la «plena confianza» en el sistema financiero. Entre ellas, la reforma del Fondo Monetario Internacional (FMI), de acuerdo con reglas más severas y mayores controles sobre las autoridades financieras nacionales.

El G7, un grupo que incluye a EEUU, Japón, Alemania, Reino Unido, Francia, Italia y Canadá, se refirió repetidamente a la necesidad de coordinar sus políticas (proyecto de reforma del FMI), con otros foros como el G20, que incluye a grandes econo-

mías en desarrollo como China y la India.

Reglas más amplias

«Estamos de acuerdo en que un FMI reformado, reforzado con recursos adicionales, es crucial para responder con eficacia y flexibilidad a la crisis actual», señaló el comunicado final. «Las autoridades de vigilancia bancaria tendrán a disposición unas reglas estándar que serán más amplias que en el pasado y abarcarán desde el gobierno corporativo de los bancos y la remuneración de los directivos hasta las acciones a tomar frente a los riesgos posibles», explicó Draghi. Asimismo, el FMI intensificará las «visitas» que ya realiza regularmente en todos los países miembros «para asegurar que la estructura de los controles financieros sea más intensa». Según Draghi, dichos controles podrían convertirse en obligatorios.

Ilustrando lo acordado en Roma, Giulio Tremonti, ministro de Economía del Gobierno italiano y presidente de turno, dijo que «ha empezado



Cumbre G7 en Roma (Febrero 2009).

una actividad de construcción y ensamblaje de materiales que son políticos y económicos a la vez». Añadió que «se trata de un experimento extraordinario que apunta a la formación de un cuerpo de reglas jurídicas y económicas que deben crear confianza e impedir que, una vez terminada la crisis, el desarrollo futuro lleve a otra».

A estas alturas, resulta imprevisible el desenlace o las consecuencias en la economía y en la política mundial de la presente crisis. Pero al menos algo está muy claro, la economía ya no reconoce fronteras, todos los países y bloques de países, especialmente los más ricos (los más pobres sólo pueden observar los acontecimientos), se necesitan unos a otros.

Que en Japón se diga: «no podemos salir solos...» y que en USA se rechace el proteccionismo, son seña-

les inequívocas de que estamos ante la inminencia de un gobierno mundial, la economía (por no decir «el dinero») manda, y si los principales organismos mundiales (FMI, etc.) ya están hablando de «controlar» o de «obligar a los estados» a comportarse de una u otra manera, sólo falta que las naciones se pongan de acuerdo para aceptar un gobierno o un «control» central para el mundo entero. Y esto podría ser la antesala del anticristo. Sin embargo, todo esto no es más que el cumplimiento de la palabra bíblica.

No obstante, y para consuelo de los creyentes, la historia se cerrará con «*un Justo que gobierne entre los hombres./ que gobierne en el temor de Dios./ Será como la luz de la mañana,/ como el resplandor del sol en una mañana sin nubes,/ como la lluvia que hace brotar la hierba de la tierra*». (2 Samuel 23:3-4).

* * *

Crear o morir

¿No has oído hablar del africano, al cual dijo el misionero que en su país el agua se volvía a veces tan dura que el hombre podía andar por encima de la misma? Muchas cosas podía creer el africano, pero eso, nunca.

Cuando una vez vino el negro a Inglaterra, pudo ver un río helado, pero no se atrevía a meter el pie en el hielo. Sabía que el río era profundo, y temía ahogarse, si procuraba andar sobre el hielo.

No se le pudo persuadir que probara, hasta que viera a su amigo y otros atravesar el río andando sobre la superficie congelada. Entonces quedó persuadido y anduvo confiado, donde otros le habían adelantado.

Así puede ser que tú, viendo a otros creer en el Cordero de Dios y notando cómo disfrutaban de paz y gozo, seas conducido agradablemente a creer. La experiencia de otros es uno de los caminos de Dios, por donde nos conduce a la fe. Pero sea como fuere, has de creer en Cristo o morir: no hay esperanza fuera de Cristo.

C. H. Spurgeon, *Solamente por Gracia*

PROFECIA

Acerca de la voluntad del Señor para su iglesia y su obra en nuestra generación.



Foto: Cochabamba (Bolivia)

El quebranto de los días finales

Lance Lambert

Lecturas: Lucas 12:54-56, Efesios 5:6-21.

Dios está removiendo todas las cosas

Vamos a considerar esa pequeña palabra en Efesios 5:15-17: «*Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque*

los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor.

Jesús estaba hablando con la multitud cuando dijo: «*Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís:*

Agua viene; y así sucede. Y cuando sopla el sur, decís: Hará calor; y lo hace ... ¿y cómo no distinguís este tiempo?». De entre todas las personas del mundo, los cristianos verdaderos, nacidos del Espíritu de Dios, deben tener entendimiento de los tiempos en los cuales vivimos. Por esta razón, el apóstol dice: «Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor». Eso no quiere decir necesariamente que sepamos la voluntad de Dios para nuestra vida individual, sino que debemos saber la voluntad del Señor para su iglesia y su obra en nuestra generación.

Al mirar las palabras de nuestro Señor Jesús, es perfectamente claro que una de las características de los últimos días es un enorme quebranto. Por ejemplo, él dice que los corazones de los hombres desmayarán de miedo y expectación de cosas que están viniendo sobre la faz de la tierra. ¿Por qué? Porque algo acontecerá al mar, algo acontecerá a la luna, algo acontecerá al sol. Los poderes celestiales serán conmovidos. Claro está, y esto es obvio, si algo acontece al sol, inmediatamente habrá un reflejo en la luna, y entonces las estaciones y las mareas de la tierra serán afectadas.

«Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Hageo 2:6-7). Tú percibirás que el Señor dice: «Yo haré temblar todas las cosas. Haré temblar todas las naciones. Haré tem-

blar la tierra seca, el mar, la tierra, los cielos». Y entonces el Señor vendrá.

Así, una de las características del último periodo de la historia del mundo será un quebranto grande y universal – un quebranto de los patrones morales y éticos de las naciones, una agitación de su vida social, un desorden de su vida religiosa, una conmoción de toda la estructura de la sociedad humana, un estremecimiento de la vida nacional e internacional. Todo lo que puede ser conmovido será conmovido.

«La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmovere no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconvencibles. Así que, recibiendo nosotros un reino inconvencible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor» (Hebreos 12:26-29).

Es el Señor quien provoca el temblor. Él puede usar a Satanás; él puede usar las ideologías; él puede usar las potestades; él puede, al final, usar al anticristo. Aun así, es siempre el Señor quien está provocando la conmoción. El Señor no es meramente destructivo; él no está simplemente destruyendo. Él está abatiendo lo que puede ser abatido, para que quede de manifiesto aquello que es inconvencible.

El problema con muchos de nosotros es que tenemos tantas cosas que son quebrantables en nuestras vidas, y nos apegamos a esas cosas.

Nuestra vida está centrada en lo que es conmovible, y la única forma que el Señor tiene de apartarnos de lo que es conmovible hacia lo que es inmovible es derribando todas las cosas. Entonces, repentinamente, descubrimos que hay un monte de cosas que considerábamos muy importantes y que ahora ya no son importantes. Las personas, algunas veces, temen cuando oyen hablar sobre ese quebranto. Pero el asunto es: No temeremos si nuestro tesoro está en un lugar seguro. En cambio, si está en el lugar errado, tenemos mucho que temer.

Este quebranto comienza con las naciones, comienza con la tierra. Él va a lo espiritual, en las regiones celestes, y culminará en un quebranto real y literal del universo. Todos los profetas concuerdan –Isaías, Joel, Amós–, así como también el Señor Jesús y los apóstoles. Todos ellos hablan de la conmoción física de los cielos en el tiempo del fin. No podría haber nada más verdaderamente proyectado para abatir al humanismo en sus bases que conmover al sol, la luna y las estrellas.

La última gran ideología de la humanidad será humanista. Nosotros pusimos a un hombre en la luna; estamos explorando el espacio. Tenemos asimismo rusos y americanos reuniéndose en el espacio. Estamos muy orgullosos de lo que el hombre está haciendo. Sin embargo, si algo le ocurriese al sol, e inmediatamente hubiese un reflejo en la luna y si de inmediato las mareas del océano, las estaciones y los poderes celestiales fuesen conmovidos, el hombre de re-

pente percibirá cuán frágil es. Esto es exactamente lo que el Señor Jesús dijo: «Los corazones de los hombres desfallecerán de miedo y expectación a causa de las cosas que vendrán sobre la faz de la tierra».

Nosotros estamos en la última era de la historia del mundo. Ya vimos la re-creación del estado de Israel y la reunificación de Jerusalén. Hemos visto las guerras mundiales en este siglo.¹ Veintidós millones de personas fueron exterminadas en la primera; cincuenta y cinco millones en la segunda. Desde entonces, solamente en China, si tomamos las cifras de la Cruz Roja Internacional, cincuenta y cinco millones fueron liquidados entre 1950 y 1965. Bajo el gobierno de Stalin, en total, exceptuando las dos guerras mundiales, treinta y dos millones de personas fueron ultimadas, y esta es una estimación muy conservadora. Yo no estoy hablando sobre el periodo babilónico o el periodo romano. Estoy hablando sobre el siglo XX, en el cual tú y yo nacimos. Este ha sido el siglo más sangriento en la larga historia sangrienta de la humanidad. Dios está quebrantando todas las cosas.

Pocos años después de aquel extraordinario avivamiento del país de Gales en 1903-04, hubo una reunión en una pequeña ciudad llamada Llanelli, en una antigua capilla presbiteriana en el país de Gales. El avivamiento aún estaba tocando a todos, y el local estaba abarrotado. Dos señoras de edad que estaban presentes en aquella reunión, pero que ya hace

¹ Este mensaje fue dicho a fines del siglo XX.

tiempo partieron en el Señor, me contaron esta historia. Mientras el predicador ministraba, uno de los ancianos de la primera fila apuntó a algo sobre su cabeza. En la pared posterior del púlpito apareció una visión. Era la imagen de la cabeza de un cordero, con grandes ojos humanos, de cuyos ojos corrían lágrimas como un río. Aquello permaneció por más de media hora, tanto que algunas personas corrieron a buscar vecinos para traerlos a la reunión. El predicador jamás concluyó su mensaje. En vez de eso, todos cayeron de rodillas, preguntando a Dios qué significaba aquello. Ellos recibieron este entendimiento: un tiempo de problemas inimaginables estaba por acontecer sobre la faz de la tierra. Con todo, nadie percibió la inmensidad del problema.

Todo siguió más o menos igual por mil años; pero en 1917, en la Primera Guerra Mundial, Dios sacudió toda la sociedad humana. El imperio otomano –uno de los grandes imperios de la historia– desapareció. Y también desapareció el imperio austro-húngaro, y el imperio zarista. El imperio dinástico chino de dos mil años desapareció en 1911. Fue un periodo de quebrantos increíbles.

La Segunda Guerra Mundial sólo concluyó lo que había iniciado la Primera. Entonces desaparecieron el imperio británico, el francés, el holandés, el portugués y el español. Dios continuó sacudiendo, y desde entonces, Dios ha sacudido más y más. Pasaron setenta años desde el día en que el acuerdo marxista fue firmado en el Kremlin, pero esa fuerza mono-

lítica invencible que amparó todo el siglo XX se deshizo cuando Dios habló la palabra. Setenta años es un número muy interesante.

Dios está derribando todo. Es hora de despertar; es tiempo de prepararse; es tiempo de estar atentos. Que nadie piense que escapará si fuere descuidado. No debemos culpar a nadie si nos presentamos delante del Señor con las manos vacías, porque hemos desperdiciado nuestras vidas, por habernos centrado en torno a lo que es conmovible, en torno a lo que es transitorio. Nosotros estamos recibiendo un reino que no puede ser conmovido.

El Señor Jesús lo dijo de este modo: «...sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». La roca es inmovible. Es un reino inmovible porque el Rey es inmovible.

¿Somos insensatos? Nosotros tenemos este Libro; es la revelación del corazón y de la mente de Dios. Tenemos una salvación tan plena, tan poderosa y tan valiosa para Dios, a través de la cual él nos ha traído en unión consigo mismo en Cristo. El Espíritu Santo nos fue dado para conducirnos a todo lo que es nuestro Señor Jesús. Aun así, vivimos como mendigos. Estamos adormecidos. Si no estamos dormidos, somos como sonámbulos. ¡Cuán necios somos!

¿Puedes entender ahora por qué el Señor Jesús tiene que sacudir todas las cosas? Esta es la única forma en que él nos puede redirigir; es la única forma en que él nos puede reajustar, de modo que nos centremos en lo que no puede ser abatido.

Nuestra vida está centrada en lo que es conmovible, y la única forma que el Señor tiene de apartarnos de lo que es conmovible hacia lo que es inmovible es derribando todas las cosas.

Los últimos días

«Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis» (Mateo 24:44).

Ahora, me gustaría hacer una pregunta muy simple, y después intentaré responderla. ¿Cómo sabemos que estamos en los últimos días? Sí, está ocurriendo una gran conmoción, pero, ¿cómo sabemos que ella está ocurriendo en los últimos días? Todos parecen creer que nosotros estamos en los últimos días, pero, ¿cómo podemos saber que son los últimos días? Los cristianos verdaderos siempre creerán que el Señor está a las puertas y, de hecho, difícilmente hubo una generación en la historia de la iglesia que no creyese que su generación vería el retorno del Señor Jesús.

Los cristianos siempre creerán que el Señor está volviendo. La iglesia primitiva lo creyó, pero él no vino. Los reformistas creían que el Señor estaba volviendo, pero él no vino. Los puritanos creían que el Señor estaba volviendo, pero él no vino. Los metodistas creían que el Señor estaba volviendo, pero él no vino. Aquellos creyentes del pasado definitivamente creían que el Señor estaba volviendo, pero él no vino.

La medida del tiempo del Señor es muy diferente de la nuestra. Dos mil años atrás, el Señor dijo: *«Vengo en breve»*. Eso significa que el Señor tiene una unidad de tiempo muy distinta de la nuestra. No obstante, el Señor vendrá; y cuando él venga, lo hará repentinamente. Si yo no comprendo mal lo que el Señor Jesús y los apóstoles anunciaron repetidas veces, no es el mundo el que será tomado por sorpresa por la venida del Señor, sino muchos cristianos.

Muchas personas creen que Jesús profirió ese discurso acerca de su retorno –el cual vemos en Mateo 24-25, en Marcos 13 y Lucas 21– para los no salvos. Pero no fue dicho para los inconversos, ni para la gran multitud tibia de discípulos, muchos de los cuales irían a apostatar. Ni aun fue dado a los ciento veinte que fueron hallados finalmente en el aposento alto. No fue dado a los setenta que salieron en el nombre del Señor Jesús y presenciaron sanidades impresionantes y vieron a Satanás caer del cielo como un rayo. Ni fue dado aun a los doce apóstoles, el círculo más íntimo del Señor Jesús. Él fue ministrado a cuatro de entre los Doce, el grupo más íntimo del círculo más íntimo del Señor Jesús – Andrés, Pedro, Jacobo y Juan (ver Marcos

13:3). Cuanto mayor entendimiento del Señor Jesús, mayor discernimiento era dispensado en el discurso hablado del Señor.

Cuando él dijo: «*Velad*», fue para aquellos apóstoles. Cuando él dijo: «*Velad y orad*», fue para aquellos cuatro. Cuando él dijo: «Mirad por vosotros mismos», fue para aquellos cuatro. Cuando él dijo: «Estad preparados; pues en la hora en que no pensáis viene el Hijo del Hombre», fue para aquellos cuatro. Si el Señor Jesús profirió todo este discurso con respecto a su venida para aquellos cuatro discípulos, y enfatizó su pronta venida, velen ustedes, porque existe la posibilidad de ser tomados por sorpresa en el retorno del Señor. ¿A dónde nos conduce eso, a ti y a mí?

Todo el mundo cree que estamos en los últimos días. Los fundamentalistas islámicos lo creen; los judíos ortodoxos, también. La mayoría de los cristianos verdaderos cree que estamos en los últimos días. Hasta el hombre de la calle cree que estamos en los últimos días. ¿Pero cómo podemos asegurar que estamos en los últimos días?

Alguien dirá de inmediato: 'El Señor Jesús dejó señales, y estas son las señales. Habrá guerras y rumores de guerras. Se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá terremotos, plagas, enfermedades, hambre y persecuciones'. Pero, ¿acaso hubo algún tiempo, desde que Jesús profirió estas palabras, en que no haya habido guerras y rumores de guerras, terremotos, plagas, enfermedades y hambre?

No habido ni siquiera una gene-

ración en que estas cosas no hayan ocurrido.

Es claro que el mundo no tenía teléfonos, TV, fax o satélites. Cuando había hambre en China, pasaban meses hasta que alguien de este lado del mundo viniese a saberlo. Cuando había guerra en este lado del mundo, llevaba meses, tal vez hasta años, antes que lo supiesen al otro lado. No obstante, el asunto es que siempre ha habido guerras, rumores de guerras, terremotos, hambres, plagas y enfermedades, y de cierta forma ha habido persecuciones.

Otro dirá: 'No. Jesús no quiso decir una guerra aquí y otra allí, un terremoto acá y un hambre allá. Él quiso decir guerras mundiales, y esto fue en el primer siglo'. Pero siempre se hace la misma pregunta: ¿Cómo una generación podría saber que estaba por venir algo peor de lo que ellos mismos habían experimentado?

Supón que tú hubieses vivido en la época de la Guerra de los Treinta Años, que devastó toda una parte de Europa. ¿No habrías dicho: 'Esto es increíble'? Si tú hubieses estado en la Guerra de los Cien Años, allí, millares de personas perdieron sus vidas. De ahí surgieron plagas y hambre, y también persecuciones. No es de sorprenderse que los cristianos pensarán que el Señor estaba retornando.

Supón que hubieses vivido en Europa durante la gran Peste Negra. Ochenta y siete por ciento de la población del Mediterráneo, en Escandinavia, en Europa y en Gran Bretaña, murieron. En la misma época, hubo una gran guerra, seguida de persecuciones. Tú habrías pensado:

‘¡El Señor está regresando!’). Entonces, ¿cómo podemos saber con certeza que nosotros estamos en los últimos días?

Es muy interesante ver cómo el Señor Jesús terminó este discurso. En los tres evangelios donde se registra este hecho, él concluye de la misma manera. La pregunta era la siguiente: «*Dinos, ¿cuándo serán estas cosas* –la destrucción del templo y el exilio del pueblo judío– *y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?*». Entonces Jesús dijo: «Oiréis de guerras y rumores de guerras, terremotos, hambres, plagas, dolores; pero esto no es el fin; esto es el principio del fin».

Entonces, él habló de persecuciones, y dijo aun: «Esto no es el fin; es principio de dolores, el primer surgimiento de las angustias de la venida del reino de Dios». Entonces, él habló del último periodo, de la abominación desoladora, de un periodo enorme de tribulación que el Señor tendrá que acortar. Así, él dijo: «Entonces el Hijo del Hombre vendrá desde los cielos, y todo ojo le verá». Mirando a los ojos de aquellos cuatro apóstoles, él resumió todo: «*De la higuera aprended la parábola*».

¿Qué es la parábola de la higuera? Ella es obviamente importante, porque la encontramos en Mat. 24:32-33, en Marcos 13:28-29 y en Lucas 21:29-31. O, poniéndolo en una traducción más moderna: ¿Cuál es la lección de la higuera? ¿Qué fue aquello que Jesús vio tan importante?

Algunas personas dicen que la higuera es sólo una figura de la llegada del verano; es decir, cuando comienzan a brotar sus hojas, tú sabes que el

verano está próximo. Esto también es posible, pero la cuestión es que la higuera es el último de los árboles frutales en Israel a la cual brotan las hojas. Cuando brotan las hojas de la higuera, lo que con frecuencia ocurre en un periodo de apenas veinticuatro horas, es sólo cosa de semanas hasta que se inicia la larga estación seca.

Si Él nos estaba dando una figura de la venida del verano, habría sido mejor usar el almendro. Si Jesús hubiese dicho: «Aprended la lección del almendro», no habría problema, porque en toda la Biblia el almendro es una figura de la resurrección. Es el primer árbol frutal que florece en Israel. Este es un anuncio de la llegada del verano. Entonces, ¿qué quiso decir Jesús?

La higuera y todos los otros árboles

Es muy interesante ver cómo Lucas pone esto. Lucas siempre nos da información adicional. Él dice: «*Mirad la higuera y todos los árboles*». Es como si Lucas, como médico, estuviese diciendo: “Tengan mucho cuidado; no hagan un diagnóstico equivocado”.

Hay dos cosas aquí: la higuera y los demás árboles; una cosa que es común a ambas, y algo que tiene apenas que ver con un árbol. En otras palabras, tenemos señales en lo general y una señal particular. Cuando la señal particular y las señales en general se juntan, entonces tú sabes que llegó la última etapa de la historia del mundo. Jesús no estaba sólo diciendo que las señales en general son las guerras, rumores de guerras, terremotos, hambres, plagas, enfermeda-

des y persecuciones, sino que él estaba diciendo que había un árbol en particular que simboliza alguna cosa, y tú debes comprender su significado. Ahora, ¿cuál es su significado?

La higuera simboliza a Israel

En el Antiguo Testamento, la higuera significaba la tierra prometida. Recuerden una pequeña frase que aparece por lo menos tres veces allí: «*Cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera*» (ver 1 Reyes 4:25, Miq. 4:4, Zac. 3:10). ¿Qué quiere decir eso? No es sólo una frase poética. Esto significa que cada uno de los hijos de Israel tendrá una porción de la tierra prometida, grande o suficiente como para que pueda crecer en ella una higuera. La parra también crecerá en ella, y las dos vivirán juntas y fructificarán, y él se sentará bajo su sombra. En otras palabras, la higuera es un símbolo de la tierra, la verdadera tierra de Israel. Si miramos a Jeremías y Oseas, percibiremos que el higo también es una figura de la nación. Así, nosotros tenemos tanto la tierra, como el territorio, y la nación.

El Señor Jesús profirió una parábola de la higuera en Lucas 13:6-9. Cierta vez tenía una viña, en la cual él tenía una higuera. Él había buscado frutos en la higuera durante tres años, sin hallar nada. Él ordenó al labrador que cortara el árbol, pues estaba quitando del suelo todo su beneficio. El labrador pidió que se le diera un año más. Él ararí y fertilizaría la tierra, y si produjese frutos, bueno; si no, él la cortaría.

Los fariseos y saduceos sabían exactamente lo que Jesús estaba di-

ciendo. Él estaba hablando acerca de la nación y su esterilidad, y de su misterio mesiánico de tres años. No fue un año el que fue dado a los judíos, sino toda una generación de cuarenta años – de 30 d. C. hasta 70 d. C. En aquellos cuarenta años, la tierra fue verdaderamente arada y fertilizada, pues aquella fue toda la maravillosa historia de la iglesia primitiva. Aun así, Israel no creyó, y el árbol, al fin, fue cortado.

Esto me parece una evidencia convincente de que, cuando Jesús habló acerca de la higuera y de todos los demás árboles, él hablaba del pueblo judío como una señal de confirmación. Todas las demás señales son inválidas a menos que aquella señal de validación esté presente. Pero, en el momento en que la señal de confirmación esté presente y, al mismo tiempo, haya guerras, rumores de guerra, terremotos, hambre, plagas, enfermedades y persecuciones, entonces sabremos que hemos llegado a los últimos días.

Ahora, hay una partícula más de evidencia en el evangelio de Marcos, y para mí es la evidencia más clara de todas. El día anterior a que Jesús dijera: «*De la higuera aprended la parábola*», algo ocurrió a una higuera (ver Marcos 11:12-14). Jesús solía pasar las noches en Betania, y ese día, al subir al monte de los Olivos, ellos estaban en un lugar llamado Betfagé (en hebreo, «casa de los higos inmaduros»). En otras palabras, por alguna razón, en aquel punto en particular, los higos nunca maduraban. Al llegar a ese lugar, para espanto de los doce apóstoles, Jesús se dirigió a

una higuera que sólo tenía hojas y dijo: «Tengo hambre». Entonces le oyeron decir: «*Nunca jamás coma nadie fruto de ti*».

Los apóstoles deben haber pensado: '¿Tiene él algún problema? ¿Qué le pasa? Él sabe todo sobre las aves, todo sobre las zorras, todo sobre cultivar, sembrar, segar, cosechar; ciertamente debería saber que ninguna higuera en Jerusalén produce higos en marzo'. ¡Pobre higuera! Ella no podía hacer lo que Jesús pedía, porque ninguna higuera da frutos en marzo.

¿Qué era lo que Jesús estaba haciendo? ¿Sería que María y Marta no le habían dado el desayuno apropiado? ¿Por qué los Doce no tenían hambre?

Por cierto, se dan muchas explicaciones para aquello. La teología liberal dice: 'Bueno, tú sabes, Jesús era un hombre como nosotros. Cuando él se hizo hombre, tenía un entendimiento limitado, y cuando los hombres están hambrientos, se impacientan. Jesús tenía hambre, por tanto, con una irritación normal, él maldijo a la higuera'. Yo no puedo aceptar esta explicación.

Así existen cristianos que creen en la Biblia, que sienten que precisan defender la Biblia. Ellos ignoran las grandes palabras de C. H. Spurgeon cuando se le pidió unirse a una sociedad en pro de la defensa de la Biblia: «No lo haré bajo ninguna circunstancia. Ustedes no tienen que defender a un león. Déjenlo fuera de su jaula, y

se defenderá por sí mismo». En otras palabras, deja que la Palabra de Dios sea la Palabra de Dios, y ella se va a defender sola. Asegúrate sólo de obedecerla. No obstante, los cristianos que se precipitan a defender la Biblia dicen: 'Esa higuera es muy especial. Exactamente donde salen las hojas, hay pequeños grupos de frutos brotando; así, de esa manera, se puede decir si ella será fructífera o no'. Eso no explica por qué dice que Jesús tenía hambre. ¡Tú no puedes comer frutos que aún están brotando!

A mi entender, Jesús estaba enseñando una parábola. Él hizo de ella un ejemplo, una ilustración, una enseñanza representada. Posteriormente, cuando el Espíritu Santo vino sobre ellos, se acordaron de todo, tal como Jesús les había dicho: «Él les recordará todas las cosas». Recordaron que después de dejar aquella higuera, Jesús había entrado en el templo, volcó las mesas de los cambistas, libertó a las palomas, y dijo: «*Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones*». A la mañana siguiente, la mañana posterior a la noche en que Jesús les había dicho: «*De la higuera aprended la parábola*», ellos pasaron junto a la higuera, y Pedro dijo: «*Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado*». Jesús dijo: «*Tened fe en Dios*» – de ninguna manera tú puedes matar higueras, sino por la fe.

Estamos en los últimos días, y lo más impresionante es que la mayoría de los cristianos están dormidos.

Lo que Jesús estaba diciendo era lo siguiente: «Dondequiera que haya una fe viva, hay salud espiritual. Donde hay salud espiritual, hay fertilidad. Donde hay fertilidad, hay bendición de Dios. Donde hay incredulidad hay corrupción. Donde hay corrupción, hay esterilidad. Sobre la esterilidad, viene el juicio de Dios». Jesús entonces tuvo su última confrontación con todos los diferentes grupos establecidos de la nación –los herodianos, los saduceos, los fariseos– y concluyó con el mensaje más severo que él ya había dado (ver Mateo 23).

Cuando Jesús salió del templo, cuando ellos salían de la puerta Hermosa, el apóstol dijo: «¡Maestro, mira qué piedras, y qué edificios!». Entonces Jesús dijo: «¿Veis todo esto? No quedará piedra sobre piedra». Entonces ellos descendieron al valle de Cedrón y atravesaron el estero. Dejando a ocho de los apóstoles probablemente en el huerto de Getsemaní, él tomó consigo a cuatro de ellos y subieron más alto. Se sentaron allí, con toda la ciudad ante su vista, y los cuatro dijeron: «¿Cuándo acontecerá la destrucción de Jerusalén y del templo? ¿Y cuál será la señal de tu venida, y del fin del siglo?». Mirando a los ojos de aquellos cuatro apóstoles, todos judíos, Jesús comenzó a hablar y terminó con las palabras: «*De la higuera aprended la parábola*».

La higuera de retorno a su base original

Lo que él estaba diciendo era lo siguiente, y estoy poniendo esto en mis propias palabras: «Ustedes vivi-

rán para ver la destrucción de este templo, esta ciudad arrasada, esta nación siendo tomada. Ustedes vivirán el inicio del exilio de los judíos. Parecerá que jamás hubo una higuera en este suelo. El juicio será tan completo que ustedes jamás podrán imaginar que un árbol estuvo en esta tierra. A pesar de todo, antes de que yo vuelva, la higuera volverá a su base original, no como una antigüedad, no como un fósil, sino como un árbol vivo, con hojas brotando con promesas de fruto». En otras palabras, los judíos retornarán a su tierra.

Es un hecho histórico que, desde que Jesús profirió estas palabras hace 1900 años atrás, nunca hubo un estado judío. Por apenas unos pocos meses, entre los años 135-136 d. C., hubo la rebelión de un falso mesías llamado Bar Kochva, en Jerusalén. Aparte de esto, nunca hubo un estado judío hasta el 14 de mayo de 1948. Entonces ocurrió un milagro. No hubo un solo especialista económico o un perito militar que diera a los judíos una chance en un millón de probabilidades. Nadie creyó que el recién nacido estado judío sobreviviría siquiera por algunos meses. Todo el infierno fue liberado. Dos millones de jóvenes en cinco ejércitos vinieron contra él, y hubo ocho mil judíos capaces de enfrentarlos. Aquellos ejércitos estaban totalmente movilizadas, totalmente equipados, totalmente entrenados; tres de ellos fueron entrenados por los británicos. Allí ocurrió un milagro; los dos millones huyeron, e Israel fue preservado. Desde entonces, en cuarenta y siete años, hubo seis guerras, cuatro de las cuales de-

berían haber exterminado este estado – la Guerra de la Independencia en 1947-1948, la guerra de junio de 1967, la Guerra de Yom Kippur de 1973, y la Guerra del Golfo de 1991. El pequeño Israel sobrevivió a todas estas guerras.

Es increíble. En todo el mundo, no hay otro ejemplo como éste. Todos los profetas hablaron de ello. Aun Moisés mismo habló de ello. Él dijo: «Vosotros seréis esparcidos a los confines de la tierra, pero de los confines de la tierra el Señor os reunirá. Vosotros os volveréis un proverbio entre las naciones. Todos os despreciarán. Cuando sea de mañana, desearéis que sea noche; y cuando fuere la noche, desearéis que fuera de mañana. No hallaréis paz para vuestros corazones en ningún lugar para descansar la cabeza; pero de los confines de la tierra, el Señor os traerá de regreso» (ver Deuteronomio 28 y 30).

Jeremías dijo: «*Si faltaren estas le-
yes delante de mí, dice Jehová, también la
descendencia de Israel faltará para no ser
nación delante de mí eternamente. Así ha
dicho Jehová: Si los cielos arriba se pue-
den medir, y explorarse abajo los funda-
mentos de la tierra, también yo desecharé
toda la descendencia de Israel por todo lo
que hicieron, dice Jehová*» (Jer. 31:36-
37). En otras palabras, ellos son una
señal. Jeremías dijo: «*Oíd palabra de
Jehová, oh naciones, y hacedlo saber en
las costas que están lejos, y decid: El que
esparció a Israel lo reunirá y guardará,
como el pastor a su rebaño*» (Jer. 31:10).

Cumplido el tiempo de los gentiles

El hecho es que tenemos esta se-
ñal, y ella es un marco profético.

Además de eso, el Señor Jesús había confirmado deliberadamente esta pa-
rábola de la higuera. En Lucas 21:24,
él dice: «*Y (los judíos) caerán a filo de
espada, y serán llevados cautivos a todas
las naciones (Esto se cumplió al inicio
del año 70 d. C.); y Jerusalén será holla-
da por los gentiles, hasta que los tiem-
pos de los gentiles se cumplan*».

Si tú no logras aceptar la higuera,
por lo menos debes comprender que
Jerusalén es la clave para nuestro en-
tendimiento de la economía de Dios.
Mientras Jerusalén se encontraba
bajo gobierno no judío, el mundo no
estaba en el tiempo del fin; pero en el
momento en que ella pasó al gobier-
no judío, el mundo entró en los últi-
mos días.

Jerusalén ha sido gobernada por
muchas otras capitales – El Cairo,
Bagdad, Damasco, Constantinopla,
Roma, Londres, Aman. Jerusalén
nunca había sido capital de cosa al-
guna en los últimos 1900 años –ex-
cepto un siglo (XI), como la capital
del reino de las Cruzadas– hasta el 7
de junio de 1967. Ambos son marcos
proféticos. Pero lo más impresionante
es que muchos cristianos están ador-
mecidos. Ellos no tienen la menor
idea acerca de lo que está ocurriendo.

¿Existe un estado judío en este
mundo? Claro que sí. Conocemos
todo el alboroto y controversia al res-
pecto. ¿Es Jerusalén la capital de este
estado? Sí, lo es. Desde el 7 de junio
de 1967, ella ha sido reconciliada (re-
unida), y por un acto del parlamento,
ha sido declarada la capital eterna e
indivisible de Israel. De hecho, el sta-
tus de Jerusalén es la línea originaria
del así llamado proceso de paz. Al fi-

nal, esto irá a dilucidar toda la cuestión de Jerusalén.

¿Hay allí un estado judío? Sí. ¿Es Jerusalén su capital? Sí. ¿Hemos tenido guerras? Hubo dos guerras mundiales. En la primera, murieron 22 millones; en la segunda, 55 millones. Nunca antes en la historia hubo una guerra mundial, pero el siglo XX presencié dos guerras mundiales, y exactamente en el mismo tiempo, se produjo la ascensión de Israel.

En 1917, en la Primera Guerra Mundial, se firmó la Declaración de Balfour, en el tiempo exacto de la guerra. Después de 700 años de gobierno islámico, Jerusalén fue liberada, no por los judíos, sino por el general Allenby, el 7 de diciembre de 1917, lo cual ocurrió en el primer día de *Hanukah*, el festival judío de la libertad, la fiesta de las luces (feriado religioso judío). ¿No les parece impresionante?

Hemos oído rumores de otra guerra mundial desde entonces hasta 1992. Ha habido guerras y más guerras, rumores y guerras reales. ¿Ha habido terremotos? ¿Necesitas respuesta? ¿Existen plagas y enfermedades? ¿Necesitas que te responda? ¿Ha habido persecuciones? Ningún otro siglo ha visto tantos cristianos martirizados como el siglo XX, no sólo en China, donde tal vez un millón de cristianos han sufrido el martirio, sino también en Rusia y Europa Oriental. ¿Necesito agregar más? Del mismo modo, ningún siglo ha visto tantos judíos martirizados – por lo menos seis millones, aunque se calcula una cifra de ocho millones. Más del cincuenta por ciento de la pobla-

ción judía mundial murió en la Segunda Guerra Mundial.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, Israel se transformó en una nación. ¿No es extraordinario eso? ¿Existe un estado judío? ¡Sí! ¿Jerusalén es su capital? ¡Sí! ¿Ha habido guerras? Sí, hubo dos guerras mundiales y rumores de guerras.

Sonámbulos

Nosotros estamos en los últimos días, y lo más impresionante es que la mayoría de los cristianos están dormidos. Ahora, cuando tú duermes, no estás muerto, pero estás en posición horizontal. No andas, no corres, no vuelas. Tú respiras, tu corazón sigue latiendo, tu cerebro sigue funcionando, tu sangre sigue circulando; pero tú estás dormido. Muchos cristianos están durmiendo, y no me refiero a cristianos nominales. Ellos no están oyendo al Señor, no están vivos para el Señor, no están andando con el Señor; no están participando de la carrera, no tienen idea de dónde estamos en el propósito de Dios.

Otros cristianos no están en posición horizontal, pero son como sonámbulos. Tienen toda una rutina, una práctica regular. Deambulan adormecidos en la reunión. Toman el mismo asiento de rutina, se levantan cuando deben levantarse, se sientan cuando deben sentarse, participan de la mesa del Señor, y aun así están dormidos. Es una rutina de sonámbulo. De hecho andamos, no obstante, estamos adormecidos.

El apóstol Pablo dijo: «*No durmamos como los demás*» (1ª Tes. 5:6). En

verdad, muchos estamos durmiendo, y así, las palabras del Señor caen en oídos sordos. Es tiempo de despertar. Tú no podrás culpar a nadie si los últimos eventos te cogen de sorpresa. Nuestro Señor dijo: «*De la higuera aprended la parábola*». Tómala, déjala lograr su objetivo, déjala desafiarte, permite que ella te fascine, pues tenemos muy poco tiempo.

Cuidaos, velad y orad

¿Cuál fue el principal énfasis del Señor Jesús en su mayor discurso acerca de su retorno? No fue la secuencia de los sucesos. Aunque él habló de una secuencia de eventos, no era este su énfasis. Aunque habló de los detalles, tampoco se centró en los detalles de tales eventos. Su énfasis fue el siguiente: «Tened cuidado, para que ningún hombre os desencamine; cuidad de vosotros mismos, sed cautelosos, yo os he dicho de antemano todas estas cosas. Sed cautos, vigilancia y orad ... Estad preparados, pues en una hora en que no pensáis, viene el Hijo del Hombre».

Las personas siempre me preguntan: «¿Nosotros nos iremos antes de la tribulación, o al final, o en medio de la ella?». Yo tengo una visión bien definida; sin embargo, tengo que decir que en cada interpretación del arrebatamiento, nosotros tenemos problemas. Creo que es una cuestión de designio. Es como si el Señor estuviese diciendo: 'Tú no puedes vivir una vida descuidada y de pronto decir: Ésta es la hora; necesito buscar al Señor'. Si quieres engañarte a ti mismo, puedes continuar haciéndolo.

Despertad

Déjame decirte la cosa más notable que el Señor Jesús dijo. No está en los evangelios, sino en el último capítulo de Apocalipsis. Él está hablando sobre su venida, hablando a las siete iglesias, hablando a cristianos: «*El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía*». En otras palabras, si tú estás involucrado en negocios deshonestos, sigue adelante. ¿Estás inmundo? Aún puedes hacerte más inmundo. «... y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo» (Apocalipsis 22:12). ¿No es eso extraordinario? No se parece con el evangelio. Es casi como si el Señor dijese: 'Si quieres despertar, despierta. Si deseas levantarte, levántate. Si quieres seguir siendo flojo, sigue siéndolo. Si quieres seguir siendo un sonámbulo, hazlo; si quieres seguir horizontal, sigue así. Con todo, yo estoy viniendo. Si quieres estar preparado, necesitas despertar'.

Que Dios nos hable y en verdad nos alcance.

Esto que he dicho puede hacerte sentir un tanto inconfortable, pero déjame decirte que no tienes a nadie a quien culpar sino a ti mismo, en caso de no estar preparado. Si no te ajustas con el Señor, si no decides seguirle completamente, no tendrás a nadie a quien culpar a no ser a ti mismo si Su venida te encuentra desapercibido. Que el Señor, en su gracia, alcance nuestros corazones, nos toque y, de alguna manera, nos despierte.

The last days, versión portuguesa de Jotta Enne.

* * *

Un sacrificio mayor



Francisco Fernández de Capillas nació en España en 1608. Entró en el monasterio de Los Dominicos a los 17 años de edad, y a los 23 se ofreció voluntariamente como misionero a Filipinas.

Pese a las dificultades en la jungla infestada de enfermedades, anhelaba mayores sacrificios y pidió que lo transfirieran a un campo misionero más peligroso.

Esperaba el traslado a Japón, donde muchos misioneros habían muerto, pero finalmente fue a Fukien, China. Luego de varios años, los tártaros invadieron la región y Francisco cayó prisionero. En el juicio se le acusó de brujería, de espionaje y de rechazar el “sacrificio a los antepasados”.

A pesar de haber sufrido muchas torturas en prisión, logró convertir al carcelero y a varios presos al cristianismo.

Por fin, en 1648, los jueces, desconcertados por la fe obstinada de Francisco, lo condenaron a morir decapitado con el falso cargo de estar ligado al ejército rebelde que sitiaba la ciudad.

Al declarar su disposición de morir por Jesús, escribió la siguiente oración: *“No tengo hogar sino el mundo, no tengo cama sino el suelo, no tengo alimentos, sino los que la Providencia me envía día a día, y no otro objetivo que hacer su voluntad y sufrir, si es necesario, por la gloria de Jesucristo, y por la eterna felicidad de aquellos que creen en su nombre”.*

Tomado de Más Allá de la Fe, por Arnold y Hudson. Edit. Vida.

TEMA DE PORTADA

El llamado del Señor para su iglesia, a un compromiso de fe y de amor.

Levántate, resplandece

Marcelo Díaz



Lectura: Isaías 60:1; 9:6.

Cuando leemos estos pasajes de Isaías, vemos a un Dios que llama a lo que no es como si fuese. Pasajes conocidos, como Isaías 54: *«Regocíjate, oh estéril, la que no daba a luz; levanta canción y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto; porque más son los hijos de la desamparada que los de la casada, ha dicho Jehová»*. Hay varios pasajes en el mismo sentido, porque tenemos un Dios bueno, un Dios que nos ha escogido, no por

nuestra dignidad, sino porque él es digno, porque a él le agradó, como dice Efesios, *«por el puro afecto de su voluntad»*. Él, afectivamente, salió a nuestro encuentro, y nos levantó de allí de donde estábamos.

«Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz...». Un Dios restaurador, un Dios que renueva la vida, un Dios de esperanza, un Dios de luz. Cuando él llega en la luz, las tinieblas se disipan. Bien dice Juan 1:4-5: *«En él*

estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella».

«En él», en el Hijo, en la gloria de Dios. Él es la luz, y en él estaba la vida. Y su vida es la luz de los hombres. «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida».

La vida de Dios es luz. Donde hay vida de Dios, hay luz, y las tinieblas retroceden, porque está la vida. Nada puede contra la vida. Él es el Hijo de luz; él es la vida de Dios. Su vida ilumina nuestra vida; la vida de Cristo es un ejemplo para nosotros. Él caminó entre nosotros, y sus palabras, sus hechos, son vida para nosotros; nos traen vida. Toda vez que escuchamos hablar del Señor Jesús, toda vez que oímos su palabra, nos ilumina el camino, porque él es la luz, porque él es vida. ¡Bendito es el Señor!

En otro tiempo, nosotros éramos tinieblas, mas ahora somos luz en el Señor. Dice también, y es interesante como lo dice 1ª Corintios 6:9-10: «*¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios*». Fijense en lo que dice el versículo 11: «*Y esto erais algunos...*».

Es decir, en la iglesia de Corinto había algunos que en otro tiempo fueron fornicarios, fueron idólatras, adúlteros, afeminados, que se echaban con varones, ladrones, avaros,

borrachos, maldicientes, estafadores. Pero «*esto erais...*». Esto éramos. «*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*».

Eso éramos nosotros. Ahora, Dios nos ha trasladado al reino de su amado Hijo. Estando en las tinieblas, ahora somos del reino de la luz. «*En tanto que estoy en el mundo* –dijo el Señor–, *luz soy del mundo*» (Juan 9:5). «*Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*» (Mat. 5:14-16).

«Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz». ¡Aleluya! «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras». En él estaba la vida, y la vida es la luz de los hombres. ¿Dónde está la luz? En la vida del Hijo. ¿Cómo la gente puede ver la luz? En las buenas obras; en Cristo, que es la obra perfecta; las obras que Dios ha preparado de antemano, para andar en ellas. Él es la luz en la iglesia, él ha nacido en la iglesia. La iglesia es lo que él es, porque él está presente. Él es la luz. ¡Bendito es el Señor!

Cuando se habla de la iglesia en los capítulos finales de Apocalipsis, dice: «Yo la vi descender, dice Juan, transparente, diáfana como el cristal,

Hermanos, nosotros somos la luz del mundo. Tú eres luz para tu compañero de trabajo, tú eres luz para tus compañeros de estudio, tú eres luz para tus parientes. La vida del Hijo está en ti, y esa vida ilumina; es la vida la que ilumina al mundo.

y ella contenía la gloria de Dios». Una ciudad tan llena de luz. Dice: «No hay necesidad de sol ni de lumbre, porque el Cordero mismo es la lumbre. Él es la luz, y la iglesia contiene la luz, y es diáfana, transparente, preciosa.

«Vosotros erais tinieblas», ahora sois luz en el Señor. Entonces, dice Pablo, «andad como hijos de luz». *«Levántate, resplandece...»*. El llamado es a asumir, a tomar, a posesionarnos de lo que somos. Cristo está en nosotros; la luz del mundo está en nosotros. La luz de la vida está en la iglesia, y la iglesia tiene que levantarse e iluminar, con la vida de Cristo, con la vida del Hijo, que está en la iglesia.

Dios depositó la vida de su Hijo en un continente – la iglesia. Y allí está la gloria de Dios, iluminando a las naciones. Por eso dice Isaías: *«Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová»* (Isaías 2:3). Es como que todos querrán venir a la iglesia, es como que el mundo querrá ver a la iglesia. En la iglesia, quieren ver la luz. La iglesia es la luz del mundo.

Hermanos, nosotros somos la luz del mundo. Tú eres luz para tu compañero de trabajo, tú eres luz para tus compañeros de estudio, tú eres luz para tus parientes. La vida del Hijo está en ti, y esa vida ilumina; es la vida la que ilumina al mundo. Es un ambiente de transparencia, si aquí estamos todos en la luz del Señor. ¡Qué sería de nosotros si no estuviese el Señor!

Estos días, se me acercaba una hermana, jefa de una empresa, y me dijo: '¿Sabe?, en la empresa hay muchos empleados; pero hay uno que se destaca entre todos los demás, por su afabilidad, por su amabilidad, por su responsabilidad, por su compañerismo, por su actitud, por su servicio. Y cuando yo le fui a pedir razón de su comportamiento, ¿sabe qué me dijo? Es que yo soy de Cristo'.

Y ella era hermana, pero nunca lo había declarado. 'Y este joven me trajo acá, a la reunión. Algo tenía este joven, que lo distinguía de los demás'. Es la vida del Hijo, que está en nosotros; es la vida del Hijo la que es luz a los hombres. El que tiene al Hijo, tiene la vida. Tenemos al Hijo de Dios, y esta vida es luz para los hombres. ¡Bendito es el Señor!

Esto tiene que ver con la misión que tiene la iglesia hacia el mundo, hacia los demás. Somos luz. Y entre nosotros, ¿qué somos entre nosotros? Hay un ambiente de amor, de comunión, de transparencia. La iglesia es un lugar de reposo, es un lugar donde reina la luz. Si para afuera somos luz, ¿cuánto más para adentro? Reina la luz en medio nuestro; no puede haber tinieblas en la iglesia de Jesucristo.

Cuando vemos la vida del Señor, nos damos cuenta lo transparente que era él. Incluso frente a todos los desafíos y todas las zancadillas que le hacían los fariseos y los principales, él siempre manifestó una transparencia extraordinaria. Un hombre precioso, un hombre lleno de luz; él es el ejemplo perfecto.

Leamos en Isaías capítulo 11. Hablando del reinado de Cristo, este pasaje nos va a dar un poco la claridad de lo que es la iglesia, de lo que es el reino del Hijo de Dios, y lo que somos nosotros, con la diversidad de lo que éramos y lo que somos ahora. Miren la cantidad de personas que somos aquí, todas distintas unas de otras, pero con el mismo llamado.

Todos tenemos el mismo llamado a servir al Señor, tenemos al mismo Señor, pero somos tan distintos los unos de los otros. Y, sin embargo, somos uno solo, y entre nosotros nos recibimos, nos acogemos, porque estamos bajo el reino del amado Hijo, un reino de luz.

La cueva de Adulam

Isaías 11:1: *«Saldrá una vara del tronco de Isai, y un vástago retoñará de*

sus raíces». Sí, es Cristo; pero, ¿quién es el hijo de Isai? David. En 1 Samuel capítulo 22 hay una escena de David que quiero comentar, para darnos cuenta lo que éramos, y lo que somos ahora en Cristo. *«Yéndose luego David de allí, huyó a la cueva de Adulam; y cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron, vinieron allí a él. Y se juntaron con él todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y fue hecho jefe de ellos; y tuvo consigo como cuatrocientos hombres»* (1 Samuel 22:1-2).

«Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es» (1ª Cor. 1:25-28).

«Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz...». No estamos aquí porque somos lo mejor. No, es porque Dios tuvo misericordia. ¡Bendito es Dios! Él puso su gloria en nosotros. ¡Qué maravilloso! ¡Qué bueno es el Señor! ¡Qué lleno de bondad y de ternura! Nos escogió por su afecto, por su buena voluntad. ¡Bendito es Dios!

No esperemos entre nosotros personas perfectas, llenas de dones y llenas de todo; porque no lo somos. Somos hombres y mujeres llenos de errores, pero allí a Dios agradó poner

su gloria. Y les dice: «*Levántate, resplandece...*». Entonces, mientras estamos en este proceso de ir siendo desde un carbón de brasero a un diamante maravilloso, ¿qué debemos hacer los unos con los otros? Tolerarnos, amarnos y soportarnos.

Porque Dios está trabajando con nosotros; Dios ha puesto su gloria y cada vez está poniendo más gloria. Como dice la Escritura, vamos de gloria en gloria, de triunfo en triunfo; pero mientras vamos, entre nosotros, nos soportamos y nos amamos.

Hacia afuera, somos luz; entre nosotros, nos soportamos y nos amamos. Así es; esa es nuestra realidad. Siempre, entre nosotros, hay algún hermano complicado. ¡Ay! ¿Y qué dice Pablo? «Estos miembros débiles, pequeñitos, son los más necesarios. Porque Dios trabaja con lo que tiene, y nos tiene a nosotros; entonces, a nosotros nos usa. Dios nos trata con los hermanos, y nos quiere llevar a su gloria. «*Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz*».

Volvamos a Isaías: «*Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura*» (11:1-5).

Hermano, puedes estar confiado; nada se escapa a la mano del Señor. «*Levántate, resplandece*», porque ni aun la peor de las dificultades se escapa a los ojos del Señor. ¡Bendito es Jesús! Esto es la iglesia. Tenemos un Rey de luz, un Rey de gracia, un Rey de vida, que está sobre nosotros, nos gobierna y nos tiene en un trato, y nos está llevando a la gloria.

Pero fíjense en lo que viene. Para describir la armonía que hay en la iglesia, en el reino del amado Hijo, siendo tan distintos los unos de los otros, dice el versículo 6: «*Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar*» (Isaías 11:6-9).

Bajo Cristo estamos todos, siendo tan distintos; pero hay un clima de armonía, de gracia y de amor, porque es un reino de luz, un reino donde el Señor gobierna. Yo creo que estos animales somos nosotros, que siendo tan diversos, siendo tan distintos, estamos bajo el mismo reino. El lobo y el cordero, el leopardo, el cabrito, el becerro, el león, la bestia doméstica, andarán juntos. Este es el reino del Señor, el reino de la luz. Conservamos las características individuales, y estamos bajo el mismo reino. En armonía, en gracia, podemos morar

juntos, compartir, convivir, porque estamos gobernados por la vida, estamos gobernados por el Señor. ¡Qué precioso!

Hay un clima de armonía, de comunión. Nos recibimos, nos aceptamos, con las diferencias, con las peculiaridades de cada uno; somos uno en el Señor. Dios no quiere una milicia, donde todos son iguales. No, Dios ama la diversidad; Cristo quiere expresar su gloria a través de todos. Él es tan lleno de gloria y de gracia, que le es insuficiente un puñado. Necesita cientos y millares, y millones y millones, porque su gloria es infinita, y él quiere expresarse a través de todos nosotros.

Por eso somos tan distintos, tan diversos, porque a través de ti y a través de mí, él quiere expresar algo de su gloria. No nos quiere uniformar a todos; se expresaría sólo una parte muy pequeña de lo que él es. Él es tremendamente diverso. El Rey de gloria se expresa en su iglesia, en la transparencia de su iglesia. Somos uno en el Señor. Hermano, levántate, resplandece, porque la gloria del Señor está en nosotros. Hacia afuera, iluminamos; hacia adentro, estamos en un trabajo de amarnos, de soportarnos, de expresar la gloria del Señor, de resplandecer, de crecer en pos de Cristo. ¡Bendito es el Señor!

Leyendo este pasaje, me emocioné mucho, porque, aun con esta diversidad de lo que somos, una es la iglesia del Señor. Dios nos hizo uno. Y siendo tan distintos, y viniendo de tantos lugares, y teniendo una historia de vida tan distinta unos y otros, si nos ponemos a escuchar la historia

de cada uno y las situaciones que hemos vivido, son tan tremendamente distintas, y tan profundas y complejas, pero aun así, estamos aquí, y somos uno.

Hermanos, sigamos en el compromiso de mantener esta unidad a la cual el Señor nos ha llamado; sigamos en pos del Señor Jesucristo, siendo diligentes, y cuidando el depósito que el Señor ha puesto en la iglesia.

Este llamado a levantarse y resplandecer implica muchos aspectos en lo individual y en lo colectivo. Hacemos un llamado a toda la iglesia, a seguir defendiendo la fe, cuidando a la familia, cuidando a los hijos de los hermanos. Donde sea que el Señor nos ha sembrado, allí, ser diligentes, cuidar a los que son nuestros, a los que son de Cristo. Este levantarse es para eso, para resplandecer con la gloria y con la vida del Hijo de Dios, porque así «*conocerán todos que sois mis discípulos*». ¡Bendito es el Señor!

Que el Señor haya renovado sus fuerzas para este compromiso de fe y de amor, de seguir en pos del Cordeiro a donde quiera que él va. Y, donde vaya el Señor, allí vamos todos juntos, y nadie se quede atrás. Y si alguno se queda atrás, tengamos el amor y la paciencia para ir a rescatarlo. Que ninguno se nos pierda, como el Señor lo hizo con sus discípulos, y que tengamos el ánimo de estar allí, velando para que nadie se quede atrás. Busquemos a los débiles, a los cansados.

Somos la iglesia del Señor. Hay un compromiso de fe, de amor, de unidad. Debe haber no sólo un compromiso con Cristo y con la palabra,

sino un compromiso con la iglesia y con el hermano. Dios hace este llamado a la iglesia. ¡Bendito es el Señor!

«También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos» (1ª Tesalonicenses 4:14). Esta es la exhortación que el apóstol Pablo hace a la iglesia, y que es palabra del

Señor para nosotros. Nosotros tenemos el compromiso de cuidarnos, de ir a buscarnos y de sostenernos. Hermanos, hagamos el compromiso, los unos con los otros, de mantener este reino de luz. Que este levantarse y resplandecer signifique también un compromiso con tu hermano y con tu hermana, en Cristo Jesús. Amén.

Síntesis de un mensaje impartido en el Retiro de Rucacura, en enero de 2009.

* * *

Alguien que lo comprenda

Cierta vez había un granjero que tenía cachorros para vender. Hizo un cartel para ofrecerlos, y lo clavó en un poste en una esquina de su campo. Mientras estaba clavando el cartel al poste, sintió que le daban un tirón en sus pantalones.

Miró hacia abajo y vio a un muchachito con una amplia sonrisa y con algo en su mano. "Señor", le dijo, "quiero comprarle uno de sus cachorritos". "Bueno", le contestó el granjero, "estos cachorros son de raza, y cuestan bastante dinero". El muchachito inclinó por un momento su cabeza, luego volvió a levantarla para mirar al granjero y dijo: "He conseguido treinta y nueve centavos ¿Es esto suficiente para echarles un vistazo?".

"Sí", dijo el granjero, comenzando a silbar y a gritar, "Dolly, ven aquí, Dolly". Dolly salió corriendo de su casita y bajó la rampa seguida de cuatro pequeñas bolas de piel. Los ojos del muchachito danzaban de alegría.

Entonces de la casilla salió, a hurtadillas, otra pequeña bola, ésta era notablemente más pequeña. Se deslizó por la rampa y comenzó a renguear en un infructuoso intento por alcanzar al resto. El cachorrito era claramente el más pequeño de la camada. El muchachito apretó su carita contra la cerca y gritó con fuerzas: "¡Yo quiero a ése!", señalando al más pequeño. El granjero se arrodilló y dijo: "Hijo, tú no quieres a este cachorrito. Él nunca podrá correr y jugar contigo de la forma en que tú quisieras".

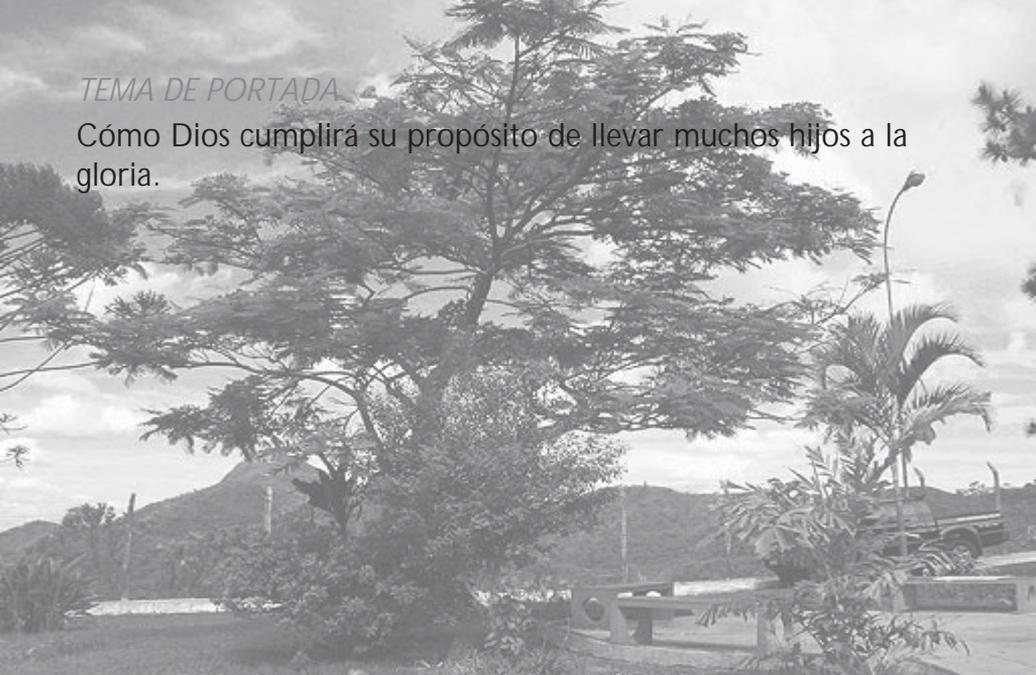
Al oír eso, el muchachito bajó la mano y lentamente se subió el pantalón en una de sus piernas. Al hacerlo, mostró una doble abrazadera de acero a ambos lados de su pierna, que iba hasta un zapato especial. Mirando hacia arriba, le dijo al granjero: "Como usted verá, señor, yo tampoco corro tan bien que digamos, y él necesitará a alguien que lo comprenda".

"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mateo 5: 7).

Colaboración de Erika Anaya, North Hollywood, California, USA

TEMA DE PORTADA

Cómo Dios cumplirá su propósito de llevar muchos hijos a la gloria.



Los vencedores y la herencia

Rodrigo Abarca

“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Ap. 21:7).

Estas palabras, que encontramos casi al final del libro de Apocalipsis, resumen el propósito que tiene el Señor en este libro, y no sólo en este libro, sino también en el designio de su voluntad. Esto es lo que Dios se ha propuesto hacer.

Esta sentencia resume el propósito del Señor con respecto a la iglesia. Claro que no es tan evidente como nosotros quisiéramos; pero, si lo miramos con atención y tratamos de descubrir su significado, vemos que, efectivamente, en este versículo, el

Señor nos está diciendo algo esencial, que resume su voluntad.

Un llamado a vencer

«*El que venciere heredará todas las cosas...*». El Señor nos está diciendo que hay una condición para heredar todas las cosas – que seamos vencedores. Si somos vencedores, heredaremos todas las cosas, él será nuestro Dios, y nosotros seremos sus hijos.

También observamos que está en singular. Aunque podemos hablar en plural, y es evidente que la promesa se refiere a nosotros como iglesia, por alguna razón fundamental, el Espíritu ha querido que quede registrada en términos singulares, dirigida a cada uno de nosotros como hijos de Dios considerados individualmente.

La respuesta a este llamado toca a nuestra responsabilidad particular. No la podemos delegar en otros; no podemos decir: 'Señor, porque los otros no vencieron, yo no vencí'. O: 'Señor, la condición de tu pueblo era tan baja, y yo también estaba dentro de esa condición'. Pero el Señor nos está diciendo, a cada uno en particular: «*El que venciere...*».

Hay aquí, entonces, la intención del Espíritu de decirnos, como también lo vemos en las cartas a las iglesias al principio: 'No importa cuál sea la condición que te rodea; tú estás llamado a vencer. Eres tú, en particular, quien está llamado a vencer'.

Además, es interesante observar lo siguiente: Dice: «...y yo **seré** su Dios, y él **será** mi hijo». Observe el tiempo futuro de los verbos. En la primera parte, cuando dice: «...heredará todas las cosas», es más claro, por-

que es evidente que el heredar todas las cosas es un acontecimiento futuro. Pero lo que no es tan evidente es lo que sigue: «...y yo **seré** su Dios».

Nosotros podemos decir con certeza que el Señor es hoy nuestro Dios. En tiempo presente, él *es* nuestro Dios. Y también en tiempo presente, podemos agregar que *somos* sus hijos. Y, sin embargo, la promesa está en tiempo futuro: «...yo **seré** su Dios, y él **será** mi hijo». Debe significar algo más de lo que entendemos habitualmente. Hay algo aquí que está en tiempo futuro, y que nos habla de un propósito que va más allá de nuestra experiencia presente.

Vamos a tratar, entonces, con el socorro del Espíritu del Señor, de entender esta promesa, porque ella está dada a la iglesia, para un tiempo de decadencia y de ruina espiritual. Precisamente, el libro está íntimamente ligado, en significado, con las promesas que aparecen al final del libro de Isaías.

La última parte del libro de Isaías está escrita para una nación que ha sido derrotada, que ha caído en la ruina espiritual, y necesita recuperar su posición en los pensamientos de Dios para ella; una nación a la cual Dios no ha abandonado; porque, aunque nosotros nos olvidemos de sus propósitos, él jamás se olvida de sus planes para con nosotros.

Recuerden lo que está escrito: «*Yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos, delante de mí están siempre tus muros*» (Isaías 49:15-16). Aunque nosotros seamos tardos para escuchar su voz, aunque nosotros seamos obstinados para hacer su

voluntad, aun así, él siempre insiste, y una y otra vez viene su llamado: «*Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz*».

Y esas mismas palabras se repiten en el libro de Apocalipsis: «*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*». Aunque la ruina sea grande, aunque parezca que todo ha muerto (como en Sardis), o aunque parezca que todo se ha vuelto mundano (como en Laodicea), al final, siempre hay una promesa: «*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*».

Hermanos amados, no hay condición espiritual de ruina y de muerte en que la iglesia pueda caer, de la cual el Señor no la pueda levantar. Siempre es posible que seamos levantados, porque él es poderoso. ¡Bendito sea su nombre para siempre!

Y aquí tenemos, entonces, esta situación parecida, pero ahora en los tiempos del Nuevo Testamento, y no muy diferente de lo que acontece con la cristiandad en nuestros días. También vemos que los males que se describen en el libro de Apocalipsis, y que se describen con respecto a la nación de Israel en el tiempo pasado, están hoy a nuestro alrededor.

Sin embargo, las palabras del Señor permanecen vigentes – el llamado a que seamos vencedores. Esa es la respuesta del Señor a esta situación.

En una situación de derrota, ¿cuál es la respuesta del Señor? Un llamado a la victoria. Pero ese llamado está dirigido a cada uno; porque no todos escuchan la voz del Espíritu, no toda la iglesia va a responder a ese llama-

do del Señor; pero, con aquellos que respondan, él va a realizar su voluntad. La promesa está asociada, entonces, a aquellos que responden a la voz del Señor.

El significado de «adopción»

Esa es la promesa del libro de Apocalipsis: «*Yo seré su Dios, y él será mi hijo*». Para entender por qué está en tiempo futuro, podemos observar que la palabra *hijo*, que usa aquí la Escritura, en griego, es *huiós*. En el griego del Nuevo Testamento, hay dos palabras diferentes que se traducen como *hijo*. La primera, la más común, es *teknós*. Por ejemplo, en Juan 1:12: «*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*», la palabra *hijos*, en griego, es *teknós*.

Y, sin embargo, cada vez que la Escritura habla del Señor Jesucristo, como Hijo de Dios, la palabra griega allí es *huiós*. Es importante entender la diferencia, pues nuestro idioma no tiene equivalentes que puedan traducir con exactitud el significado de las palabras en griego. Y ese es el significado que invoca el Espíritu Santo al usar estas palabras.

Entonces, tenemos dos palabras griegas que tienen un significado distinto, y que se aplican de manera diferente, según el caso. Cuando se habla de nosotros, excepto en algunos casos como el que vemos aquí en Apocalipsis, se usa la palabra *teknós*, que podría ser traducida, más o menos, como un niño pequeño, un niño que está bajo la autoridad de sus padres, siendo formado para la vida adulta.

Y un hijo *huiós*, la segunda palabra, es un hijo que ha llegado a la edad adulta, no sólo en términos biológicos, sino sobre todo en términos mentales, morales y espirituales; un niño que se ha convertido en adulto, porque ha aprendido el significado, la responsabilidad y las habilidades necesarias para la vida adulta.

Entonces, observe bien: Jesucristo el Señor es siempre llamado *Huiós* de Dios, Hijo de Dios, en el sentido de un hijo maduro, adulto, perfecto, completo, que tiene todas las responsabilidades, habilidades, conocimientos y capacidades para la vida adulta; mientras que nosotros somos nombrados normalmente como niños siendo preparados para la vida adulta, pero que aún no somos adultos.

Y ahora, conociendo esa diferencia, podemos entender mejor el versículo de Apocalipsis. «*Yo seré su Dios...*». La palabra *Dios*, en el Nuevo Testamento, cuando se usa Dios con el significado de Padre, va siempre precedida de un artículo que no se puede traducir al español, porque no tiene sentido. Si se tradujera literalmente debería decir: «Yo seré el Dios de ellos», y se refiere siempre al Padre.

Por ejemplo: «*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*» (Juan 1:1). En el español no queda clara la distinción; pero en el griego está muy claro, porque cuando dice: «...y el Verbo era con *Dios*», ahí Dios lleva artículo y, por lo tanto, se refiere al Padre. Y cuando dice: «...y el Verbo era *Dios*», no lleva artículo, y por tanto se refiere a que el Hijo, el Verbo, es Dios. Porque Juan

no quiere decir que el Padre y el Hijo son idénticos; él está claramente diciendo que, siendo Dios, no es la misma persona que el Padre.

En otras palabras: «Yo seré su Padre, y él será mi hijo maduro». El que venciere será ese hijo. Vamos a ver qué quiere decir esto, entonces, en el pensamiento del Nuevo Testamento.

«...en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad...» (Ef. 1:5). Cuando traducimos al español: «...**adoptados hijos suyos**», no quiere decir lo mismo que entendemos hoy por *adopción*. Para nosotros, significa que un matrimonio que no puede tener hijos, y quiere tener uno, toma un niño pequeño y hace unos trámites legales, por los cuales éste –no habiendo sido engendrado por ellos– se convierte en parte legal de la familia.

Pero, en el Nuevo Testamento, la adopción no se refiere –aunque, por supuesto, es verdad– al momento en que nosotros fuimos nacidos del Espíritu, regenerados y nacidos de Dios. Se refiere al momento en que lleguemos a ser hijos maduros, se refiere al propósito eterno de Dios con nosotros.

Para llegar a ser hijos maduros, primero tenemos que nacer de Dios y convertirnos en *teknós* de Dios, y a través de un proceso de formación, bajo su mano amorosa, bajo la disciplina de su Espíritu, finalmente, llegar a ser hijos maduros.

Esa es la meta de Dios; pero todavía no hemos llegado hasta allí, todavía vamos en ese camino. Por eso, Apocalipsis nos dice: «*El que venciere*

heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo». Se trata, entonces, de este proceso. Y lo que el apóstol Pablo tiene en mente, cuando dice que nos predestinó *«para ser adoptados hijos suyos»*, no es sólo el acto en que Dios nos engendra como sus niños. Lo incluye, por supuesto, porque ese es el punto de partida; pero él está pensando en la meta final.

La palabra griega que aquí se traduce como 'adoptados' es *huiiothesía*. Se puede traducir literalmente 'poner en el lugar de hijo'. La palabra *huiiothesía* se refería, en el tiempo antiguo, a una ceremonia que se efectuaba cuando un niño alcanzaba la mayoría de edad – los judíos a los doce años; los griegos y los romanos, a los quince años.

En esa ceremonia, el padre de familia hacía una gran fiesta, e invitaba a todos sus parientes y amigos, a todos sus esclavos, sus siervos y sus siervas. Y en medio de esa fiesta, él traía a su hijo, lo presentaba, y delante de todos decía: 'Este es mi hijo; lo reconozco como mi *huiós*. De ahora en adelante, él es dueño de todo lo que yo tengo; de ahora en adelante, él me representa en todos los derechos y deberes. Este es mi hijo'. Esa era la *huiiothesía*.

Hermanos amados, para eso fuimos nosotros predestinados. Para un día reunir a todos sus seres creados, a todos sus ángeles, a todas las criaturas del universo, y decir: «¡Aquí están mis hijos! Todo lo mío, es de ellos, y todo lo que yo he creado es de ellos ahora. Y ellos reinarán conmigo por los siglos de los siglos».

¡Gloria al Señor!

Apocalipsis 3:5: *«El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borrará su nombre del libro de la vida, y confesará su nombre...»*. ¿Recuerdan? El padre llama a sus siervos, y les dice: 'Este es mi hijo'. ¿Y qué hará el Señor con nosotros? *«...confesará su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles»*.

Apocalipsis 2:26: *«Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vasos de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre»*.

Apocalipsis 3:21: *«Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono»*.

«Al que venciere...». ¿Quiénes son los que vencen? Los que llegan a la estatura de hijos maduros, a quienes él da en herencia todas las cosas. Ellos reciben autoridad sobre las naciones; ellos reciben vestiduras blancas, y su nombre es confesado delante de los ángeles, para que éstos, así como obedecen a Cristo, obedezcan también a los que están con Cristo.

Ese es el propósito de Dios; de eso nos habla el libro. Cuando nosotros estamos en un tiempo de ruina, de adversidad, de dificultad, cómo nos alientan estas palabras, cómo nos alienta saber el propósito que Dios tiene con nosotros. No importa lo que ocurra, no importa lo que pase en este mundo, un día, si somos fieles, si vencemos, nos sentaremos con él en Su trono. ¡Bendito sea su nombre!

Él nos está preparando para ese día. El Padre viene trabajando en nosotros para prepararnos, para un día

El Señor nos está diciendo que hay una condición para heredar todas las cosas – que seamos vencedores. Si somos vencedores, heredaremos todas las cosas, él será nuestro Dios, y nosotros seremos sus hijos.

darnos en herencia todas las cosas. Este es el llamado del libro de Apocalipsis, a vencer, y a que se cumpla en nosotros el propósito eterno de Dios.

«*Yo le daré...*», dice el Señor Jesús, «porque yo ya lo he obtenido». Él es el primero de los vencedores, el primero que ha entrado en posesión de su herencia, para que en él y con él nosotros también podamos entrar en posesión de la herencia. Por eso está escrito: «*somos ... herederos de Dios y coherederos con Cristo*». Porque él heredó todas las cosas, ahora también nosotros podemos heredar con él todas las cosas.

El Hijo de Dios hereda todas las cosas

El capítulo 5 de Apocalipsis nos muestra un poco más ese momento en que el mismo Señor Jesús heredó todas las cosas. Él, ya lo sabemos, es Dios y es Hijo de Dios desde la eternidad. En cuanto a su Divinidad, él

no necesitaba ser reconocido como Hijo, porque él eternamente ha sido Hijo de Dios.

Pero el Verbo fue hecho carne, fue hecho como uno de nosotros; y entonces, en su humanidad perfecta, él debió recorrer el camino que nosotros estamos llamados a recorrer, por nosotros y a favor de nosotros. El camino que él recorre hacia la gloria, lo recorre no por su causa, sino por causa de nosotros, y entonces él viene a este mundo, y vive la vida que todos nosotros estamos llamados a vivir.

Y así también, entonces, se convierte en un niño pequeño, y se pone bajo la autoridad de sus padres, y bajo la autoridad de su Padre celestial. Y crece, y aprende. «*Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres*» (Lucas 2:52). Así creció el Señor Jesús, y aprendió todo lo que tenía que aprender, siendo un hombre. Aprendió a obedecer a su Padre, y a guardar las obras de su Padre, a oír la voz de su Padre, y fue aprendiendo a caminar con su Padre por el Espíritu, y aprendiendo a ser un Hijo de Dios, hasta que un día llegó a ser un Hijo maduro, adulto – Estoy hablando como hombre, en su humanidad.

Y así, un día, usted recuerda, cuando Juan el Bautista estaba junto al río Jordán, y vino el Señor Jesús hacia él, y Juan lo bautizó, en el momento en que él subía del agua, el Espíritu del Señor descendió como una paloma sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: «*Este es mi Hijo amado*». En ese momento, el Padre, por primera vez, lo reconoció como su Hijo. Recibió la adopción del Padre –

No que él antes no fuera Hijo de Dios, sino adopción en el sentido en que se usa la palabra en el Nuevo Testamento.

Es el momento en que el Padre reconoce a su Hijo y delega en él su poder y su autoridad. Usted recuerda que el Señor creció en silencio, en lo secreto durante treinta años. Nadie sabía quién era él. Él no habló palabra alguna, no enseñó nada. Pero llegó el día. Él tenía más o menos treinta años, cuando fue reconocido como Hijo, y comenzó su ministerio. Desde ese día en adelante, él tuvo autoridad para decir: *«Yo y el Padre, uno somos ... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»*.

Pero todavía faltaba una etapa por cumplir, y esa es la etapa que encontramos en Apocalipsis 5. Él debió morir en la cruz y ser resucitado. Y entonces fue exaltado. Y esto es lo que ocurrió cuando el Señor llegó a los cielos: *«Vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que pregona a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo»* (Apoc. 5:1-4).

En la mano derecha de Dios hay un libro escrito por dentro y por fuera. ¿Qué representa ese libro? En el tiempo antiguo, esa era la manera en que se escribían los testamentos. La voluntad de un padre se escribía en un testamento. Ese libro es el testa-

mento de Dios, que contiene la voluntad de Dios, los propósitos de Dios. ¿Y quién debe ejecutarlo? Su Hijo, su heredero. Pero ha ocurrido algo que ha impedido que esa voluntad se ejecute.

Algo ha estorbado, hasta este momento, el cumplimiento de esa voluntad. Los planes de Dios están detenidos. Por eso, Juan lloraba mucho, porque él entiende lo que ese libro contiene. No había nadie lo suficientemente digno de tomar ese libro en sus manos y ejecutar lo que en él está escrito; ni siquiera los ángeles. Por poderosos que sean los ángeles, aun así, el libro no es para ellos.

«Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos». ¡Aleluya! *«El que venciere heredará todas las cosas»*. Aquí tenemos al primero y gran Vencedor; el que entró como precursor, más allá del velo, a la presencia de Dios. Como precursor, el primero de muchos. ¡Bendito sea el Señor! *«...ha vencido, para abrir el libro y desatar sus sellos»*, es decir, ejecutar la voluntad de Dios.

En la Escritura, cuando un libro está sellado, significa que no se puede cumplir lo que está escrito. Recuerden que, cuando Daniel terminó de escribir su libro, el ángel le dijo: *«Sella el libro, porque esto es para el tiempo del fin. Cuando llegue ese tiempo, los sellos se abrirán, y el contenido de tu profecía se cumplirá»*.

¿Qué se le dijo a Juan? *«No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca»*. El libro sellado significa que está todo deteni-

do, y quien desata los sellos es aquel que va a permitir que se cumpla lo que está escrito. Y quien desata los sellos es el Señor Jesucristo. ¡Bendito sea su nombre!

Muchos hijos maduros en la gloria

Hermanos amados, podemos dar un paso más. ¿Cuál es la voluntad del Padre? ¿Qué estará escrito dentro de ese libro? Veamos Hebreos 2:5-8: *«Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando; pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas».*

Todavía no vemos que el hombre gobierne sobre todas las cosas. Por todos lados, vemos cómo la creación se rebela contra él. Y vemos los terremotos, los huracanes y las calamidades de la naturaleza, y el calentamiento global, el sol que quema y los microorganismos que matan. Toda la creación se rebela contra el hombre.

«Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra...». Entonces, tenemos estas dos cosas: Por un lado, a nosotros no nos obedece nada; pero a él le obedece todo. ¡Aleluya! *«...coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos».* Hebreos nos dice

que, lo que Cristo ha experimentado y lo que Cristo ha ganado, no lo ha hecho por él – lo ha hecho por nosotros. ¡Gloria al Señor!

«Porque convenía a aquel –Dios el Padre– por cuya causa son todas las cosas...». Y aquí está el contenido del libro, ésta es la voluntad del Padre: *«...convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria...».* La voluntad del Padre es llevar a la adopción, a la gloria, muchos hijos maduros.

¿Y qué tenía que hacer para lograr eso? *«...perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos».* Para llevar muchos hijos a la gloria, el Padre debía entregar a su Hijo a la aflicción y a la muerte, para que, a través de su muerte, esos muchos hijos fuesen levantados a la gloria. Por eso, Juan escucha al anciano que le dice: *«No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus sellos».*

Cuando usted oye una declaración así, y usted se vuelve para ver quién es, ¿qué espera encontrar? Un león poderoso. ¿Y qué se encuentra Juan? *«Y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado...».* Convenía al Padre, por cuya causa son todas las cosas, por cuya voluntad existen y fueron creadas, y fueron creadas para, un día, heredárselas a sus hijos; pero, para que sus hijos pudiesen entrar en posesión de la herencia, su Hijo unigénito debía padecer y morir.

«...un Cordero como inmolado».

Cuando él murió en la cruz, nuestra deuda fue cancelada, nuestros pecados fueron borrados; aquello que nos separaba de la gloria del Padre, fue quitado; el acta de decretos que había contra sus hijos fue quitada de en medio, en la cruz. Y ahora, hermanos amados, el camino a la gloria está abierto, por la carne bendita del Señor Jesucristo, que fue partida por nosotros; por sus llagas, entramos en la gloria del Padre. ¡Bendito sea Dios!

«Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos...». Son todos hijos. No sólo el Señor es Hijo; nosotros, también. «...por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos».

«...confesaré su nombre delante de mi Padre». Un día, el Señor confesará tu nombre, y dirá: 'Este es mi hermano, y esta es mi hermana; y todos los que están aquí son mis hermanos; porque yo les he dado mi vida, para que sean mis hermanos'. ¡Bendito sea el Señor!

«Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido – otras versiones dicen «los has redimido»– para Dios...».

¿A quiénes ha redimido? A aquellos hijos que él debe llevar a la gloria. Él los ha redimido con su sangre, y por eso es digno de abrir el libro. Él tiene el poder de llevar a esos hijos,

por la voluntad de Dios, a la gloria. Si usted lo sigue a él, va a ir a través de la muerte, va a ir luego por la resurrección; pero la meta final es la gloria. Sígalo a él por dondequiera que él va, como está escrito en Apocalipsis, y al final, usted llegará con él a la gloria.

«...y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra». «El que venciere heredará todas las cosas». ¡Bendito sea su nombre! Porque, hermanos, él se ha propuesto llevarnos a la gloria, y presentarnos delante del Padre un día, maduros, perfectos, listos para heredar con él todas las cosas.

Pero aún no hemos llegado... Somos sus hijos, nacidos de él, pero aún no hemos llegado a la gloria. Hay obstáculos, hay dificultades, y hay un enemigo que está decidido a impedirlo. Pero, ¡bendito sea Dios!, el que va delante de nosotros es el Cordero de Dios que ha vencido y ha abierto el libro. Ese es el mensaje. A partir del capítulo 6 de Apocalipsis, el Cordero comienza a desatar los sellos, y entonces vemos cómo comienza a cumplirse el propósito eterno de Dios de llevar estos hijos a la gloria.

Y por eso, Apocalipsis termina mostrándonos a los hijos de Dios en la gloria. «Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios ... y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo». Ahí está el cumplimiento. Cristo ha vencido, por todos nosotros. ¡Bendito sea su nombre para siempre!

Síntesis de un mensaje impartido en el Retiro de Rucacura, en enero de 2009.

* * *

TEMA DE PORTADA

Revisando la espiritualidad del movimiento farisaico en los días de Jesús.



Los fariseos, mejores 'cristianos' que nosotros

Rubén Chacón

¿Cómo? ¿Que los fariseos fueron mejores 'cristianos' que nosotros? Imposible. Seguramente esto es lo que estás pensando. Lo que pasa es que a raíz de las fuertes, categóricas y contundentes palabras de Jesús contra los fariseos –y también con-

tra los escribas–, nos hemos formado una imagen tan distorsionada de ellos que resulta inverosímil y hasta escandalizadora una afirmación como la que sirve de título a este artículo.

En efecto, según el testimonio del Nuevo Testamento, los fariseos –jun-

to con los escribas- se hicieron acreedores a las más recias y lapidarias palabras que jamás Jesús pronunciara contra persona alguna. Debido a esto, la mayoría de nosotros ha satanizado hasta tal punto la imagen de los fariseos, que no sería extraño encontrar hermanos que –dada esa dura crítica de Jesús– piensen que los fariseos, poco menos, eran unos borrachos, ladrones y adúlteros. Pero nada más lejos de la verdad. Los fariseos eran mejores ‘cristianos’ que nosotros – o, al menos, que muchos de nosotros.

Los fariseos eran un movimiento laico que se había formado en la primera mitad del siglo II a. C. en la lucha contra la helenización. Sus miembros procedían de todos los sectores y estratos de la población. Tan sólo sus dirigentes eran escribas. La meta del movimiento farisaico aparece clarísima en uno de los preceptos de pureza impuesto a todos los miembros: el de lavarse las manos antes de las comidas (Mr. 7:1-5). Esto no era sólo una medida higiénica, sino que originalmente era una obligación ritual que sólo correspondía a los sacerdotes. Los fariseos, a pesar de ser laicos, se obligaron a observar estas prescripciones sacerdotales de pureza. Con ello daban a entender (siguiendo Éx. 19:6), que ellos representaban el pueblo sacerdotal de la salvación, al final de los tiempos.

A esto aluden también los nombres que los fariseos se aplicaban a sí mismos. Se llaman a sí mismos los piadosos, los justos, los temerosos de Dios, los pobres y, con preferencia, ‘los separados’. Por consiguiente, los fariseos pretenden ser los santos, el

verdadero Israel, el pueblo sacerdotal de Dios»¹

De este celo santo por constituirse en el verdadero Israel de Dios en medio de la apostasía del pueblo, da cuenta el propio Señor Jesucristo: *«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello».*

Siempre que citamos esta Escritura nos fijamos en aquello de que carecían los fariseos. Pero por un momento pongamos atención en lo que sí estaban correctos. ¿Qué te parece? Los fariseos diezlaban hasta de la menta, el eneldo y el comino. ¿Quién de nosotros diezma hasta de los aliños de la despensa? Ninguno ¿verdad? ¿Te das cuenta que los fariseos eran mejores «cristianos» que nosotros?

«A uno que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido».

¹ Joachim Jeremías, *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I, pág. 172-173.

En esta parábola, Jesús da cuenta exacta de la espiritualidad farisaica. Aunque es una parábola, el perfil presentado corresponde perfectamente a la realidad. Por el contrario, si la parábola hubiese sido una 'invención' de Jesús, ella no tendría sentido para los oyentes.

Pero ¿qué dice Jesús de la espiritualidad de los fariseos? En primer lugar, él confirma que los fariseos no son ladrones, ni injustos ni adúlteros. ¿Se podría decir lo mismo de todos los cristianos? En segundo lugar, ayunaban dos veces por semana. ¿Cuántos cristianos ayunamos así? En tercer lugar, los fariseos daban los diezmos de todo lo que ganaban. En otras palabras, diezaban de **todos** los ingresos. ¿Cuántos cristianos lo hacemos así? Por último, ellos oraban tres veces al día. Definitivamente eran mejores que nosotros. ¿Cómo se explica entonces que Jesús fuera tan duro y fuerte con ellos?

¡Qué terrible, hermanos!
¡Las palabras más duras de Jesús no fueron para los pecadores, sino para esta gente buena que se creía justa!
¡Nada nos aleja más de Dios que la confianza en nuestra piedad!

Según Lucas, el joven rico que vino a Jesús era un hombre principal. ¿Era fariseo? Supongamos que sí. Él pregunta al Maestro: «¿qué haré para heredar la vida eterna?». Jesús le responde: «Los mandamientos sabes». Entonces este hombre declara algo que resulta asombroso para nosotros: «*Todo esto lo he guardado desde mi juventud*». Jesús, al responderle: «*Aún te falta una cosa*», confirma que es verdad lo que ha dicho el joven rico. Marcos dice que Jesús: «... *mirándole, le amó*». Asombroso ¿no? ¿Cuántos de nuestros jóvenes cristianos podrían decir lo mismo? Aunque no sabemos exactamente si el joven era o no fariseo, no cabe duda que el joven Saulo –que sí sabemos era fariseo– cumplía un perfil semejante. En su propio testimonio Saulo reconoce que en su vida de fariseo, «*viví*», dice él, «*conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión ... instruido a los pies de Gamaliel, estrictamente conforme a la ley de nuestros padres, celoso de Dios*».

Los fariseos, pues, –lejos de lo que imaginábamos– eran personas honestas, que sinceramente buscaban agradar a Dios, y que, en medio de tanta apostasía reinante, aspiraban a ser el remanente santo del cual hablaron los profetas. Al escribir estas cosas no puedo evitar identificarme con las buenas intenciones de ellos. ¿Te ocurre lo mismo? ¿Por qué Jesús fue, entonces, tan duro con ellos? Veamos.

Tres cosas graves

A juicio de Jesús a lo menos tres cosas graves descalificaban a los fariseos a pesar de su admirable espiritualidad.

La primera de ellas es que la espiritualidad de los fariseos pasaba por alto las cosas más importantes de la voluntad de Dios. En palabras de Jesús: *«Coláis el mosquito, y tragáis el camello»*. Así, por ejemplo, ellos eran rigurosos en sus diezmos y oraciones, pero habían dejado de lado la justicia, la misericordia y la fe (Mateo 23: 23, 24). Seguramente cuando Jesús dijo estas palabras estaba pensando en las palabras del profeta Miqueas: *«¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios»*.

La segunda gran falencia de la espiritualidad de los fariseos consistía en estar centrada en las cosas externas. ¡Con razón habían olvidado lo más importante! Era una espiritualidad externa que obviaba lo de más valor para Dios: Lo interno, el corazón. *«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.*

Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad».

Y en estas palabras de Jesús está implícita la tercera gran carencia de la espiritualidad de los fariseos: Esta-ba centrada en mostrarse justos de-lante de los hombres más que en agradar a Dios. Era una espiritualidad más para los hombres que para Dios. ¡Con razón pasaban por alto lo más importante! ¡Con razón estaban centrados en las cosas externas! ¡Qué error! La espiritualidad es, primero, para Dios y ante Dios, no ante los hombres. ¡Cuidado, hermanos! La necesidad de coherencia en la vida cristiana es tan grande que siempre estamos en peligro de caer en una desen-frenada carrera por alcanzar 'a como dé lugar' un buen testimonio, que, finalmente, nos hace apartar los ojos del Señor y ponerlos en los hombres. La necesidad de coherencia termina por hacernos valorar más la aprobación de los hombres que la de Dios, y terminar así, olvidando lo realmente espiritual: La justicia, la misericordia y la fe.

El peligro está en que la aprobación de Dios no necesariamente coincide con la aprobación de los hombres: *«Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él. Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación»*.

Los fariseos –con su espiritualidad externa– eran irreprochables ante

los hombres y ello era sublime para ellos. Pero Dios conocía sus corazones y ¿qué veía? Veía avaricia y, por causa de ella, la espiritualidad –que era alabada por los hombres– ante Dios era considerada abominación. Como dijera Pablo: *«Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios»*.

Pero lo más grave de la espiritualidad farisaica estaba, aún, en una cuarta cosa que destaca Lucas en su evangelio. En él, Lucas registra una parábola de Jesús, llamada «Parábola del fariseo y el publicano». Más arriba, ya comentamos esta parábola. No obstante, ahora vamos a fijarnos en el propósito que tuvo Jesús a la hora de enseñarla.

Lucas dice: *«A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola»*. ¿A quién se estaba refiriendo? A los fariseos, sin duda. ¿Qué dice de ellos? *«Confiaban en sí mismos como justos»*. En otras palabras, la espiritualidad que exhibían no era mérito de Dios y de su gracia, sino de ellos. La «justicia» que mostraban se debía al hecho de que ellos se creían justos. Y fue esta ignorancia –y más que ignorancia, pecado– lo que los dejó finalmente fuera de la salvación. ¡Qué terrible, hermanos! ¡Las palabras más duras de Jesús no fueron para los pecadores, sino para esta gente buena que se creía justa! ¡Nada nos aleja

más de Dios que la confianza en nuestra piedad!

Pero la introducción a la parábola dice algo más de los fariseos: *«Menospreciaban a los otros»*. Claro, es la consecuencia natural de lo anterior. Si la espiritualidad que alguien manifiesta es mérito suyo, inevitablemente terminará creyéndose mejor que otros y menospreciando a los demás. Sí, los fariseos eran probablemente mejores ‘cristianos’ que nosotros. Pero fue por creerse mejores que quedaron fuera. Su espiritualidad era exclusiva, no inclusiva. Ellos no se juntaban con los pecadores, menospreciaban a los publicanos, evitaban a los enfermos, miraban en menos a los pobres, excluían a los niños y consideraban de segunda clase a las mujeres. Y todo esto en aras de la santidad.

Es muy fácil saber si la espiritualidad que poseemos la entendemos –consciente o inconscientemente– como mérito nuestro o no. Si ella te aparta de los pecadores, te vuelve inmisericorde, duro, inflexible, legalista e implacable, entonces, sin lugar a dudas, en el fondo de tu corazón tú crees que tu espiritualidad es logro tuyo. Porque si así no fuese ¿te levantarías como juez de tu hermano? Por supuesto que no. Te pondrías a su lado a fin de ayudarlo hasta sacarlo adelante. Revisa los evangelios y te darás cuenta que Jesús no tuvo reproches para los pecadores; para ellos trajo las buenas nuevas de salvación. Entró en sus casas, comió con ellos, fue a sus fiestas, y se hizo amigo de los publicanos y pecadores. Y él sí que fue santo. ¡El Santo de los santos!

* * *

Una palabra acerca de la suficiencia de Cristo en la vida del creyente.



Foto: Saltos «Ojos del Caburgua» (Chile)

En el monte y en el valle

Gonzalo Sepúlveda

Mientras nuestro Señor Jesús estuvo en la tierra, hizo muchos milagros en respuesta a necesidades específicas de la gente y, al mismo tiempo, con autoridad y

sabiduría entregó preciosas lecciones a través de los mismos milagros. Pero, especialmente con respecto a sus discípulos, el Señor preparó ocasiones en forma intencionada, para que

en esos momentos ellos pudiesen recibir una impresión más profunda de su persona.

Nuestra mayor necesidad siempre será conocer más y mejor a nuestro Señor Jesucristo. Porque la intención del Padre es darnos a conocer a su Hijo.

En el capítulo 17 del evangelio de Mateo hay algunos acontecimientos con los cuales la mayoría de nosotros estamos bastante familiarizados. Un pasaje paralelo de Lucas relata los mismos hechos, pero con algunos matices que ayudan a la comprensión: «*Aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar*» (Luc. 9:28). El relato de Mateo dice que Jesús tomó a los tres y los llevó aparte, a un monte alto. Pero aquí, el propósito está bien definido: subió con ellos al monte, a orar.

La expresión «después de estas palabras» alude claramente a la dura reprensión que Pedro recibió tras reconvénir al Señor: «*¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres*». Y luego les dice: «*¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?*».

Al decir estas palabras, el Señor estaba descubriendo la intención, la razón de vivir de los hombres, es decir, 'ganar el mundo', ganar fama, tener un buen pasar, luchar por las cosas de este mundo. Entonces, la alegría o los dolores de 'este mundo', son el todo del hombre.

Después de haber hablado estas palabras, para consolarles, para darse

a conocer un poco más, para marcar la diferencia entre lo que es del mundo y lo que es de Dios, el Señor les toma aparte y sube con ellos al monte a orar.

Para subir al monte, hay que dejar el valle. Avanzaron hacia el monte; fueron de un plano a otro plano. Como queriéndonos decir el Señor a todos: 'Mira, tú vives en un plano de cosas, preocupado sólo de las cosas terrenales. Yo te llevo a otro plano'. ¡Bienaventurados los que ya han sido llevados a un plano más elevado!

Mateo dice: «*...y se transfiguró delante de ellos*». Lucas completa la idea: «*Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén*».

La mirada del Señor no estaba hacia abajo, sino desde el monte hacia arriba, orando. Y entre tanto que oraba, su rostro se vuelve «*como el sol cuando resplandece*». No hay otra cosa con qué compararlo. Cuando miramos el sol, aunque sea sólo una fracción de segundo, tenemos que cerrar los ojos, porque su resplandor nos ciega.

Recuerden lo que dijimos al principio: Los discípulos no pidieron ir al monte; pero el Señor conocía la necesidad de ellos. Así pasa con nosotros. Yo pienso que necesito algo, pero mi visión es muy estrecha y mi capacidad muy limitada. ¡Sin embargo, el Señor sabe lo que realmente necesito!

El Señor sabía que esos discípulos

necesitaban conocer algo más profundo. Hasta ahí, estaban conociendo al Señor de una manera muy limitada. Por ejemplo, cuando el Señor habló de morir, ellos quisieron detenerlo, porque para ellos, la longevidad, vivir muchos años en la tierra, era un valor irrenunciable. Si esa vida se interrumpe... ¡No, no puede ser! La visión de ellos era limitada.

Pero el Señor tenía propósitos más elevados. Era necesario que él muriese por la humanidad entera, que en la cruz pudiese vencer a Satanás el diablo, que pudiese perdonar los pecados de todos los hombres, resucitar al tercer día, ascender a los cielos, y desde allá enviar al Espíritu Santo, y venir ser el Sumo Sacerdote que intercede por todos los hombres. ¡Qué distinta la visión humana de la visión divina!

Entonces, el Señor nos ayuda a salir de este plano, a otro plano más elevado. Y allí, en el monte, ellos tuvieron una revelación, un conocimiento del Señor Jesús que no se hubiesen imaginado nunca. Vieron al Señor de una manera maravillosa, preciosa.

«*Y he aquí, les aparecieron Moisés y Elías...*». Moisés y Elías son personajes prominentes del Antiguo Testamento. Elías, el gran profeta que hizo descender fuego del cielo; y Moisés, el hombre que estuvo cuarenta días con el Señor en el monte Sinaí, y allí recibió las tablas de la ley, y el diseño de un tabernáculo donde los hombres habrían de acudir para buscar el favor de Dios.

Pero ellos no aparecen para llevarnos de vuelta al sistema del Anti-

guo Pacto. Ahora, en el Nuevo Pacto, aparecen estos hombres hablando con el Señor acerca de la cruz. El tema de conversación era «la partida del Señor», lo que él iba a vivir en Jerusalén. Qué precioso es este relato, porque no deja lugar a nuestra imaginación, sino que abunda en detalles. Moisés está hablando de la cruz de Cristo; Elías no está recordando viejos tiempos, su atención está en lo que va a ocurrir con el Señor Jesús cuando sea crucificado.

Toda la atención está en la persona del Señor. Él aparece glorioso, resplandeciente. En este relato, el único que no está enfocado sólo en Cristo es Pedro. Pedro nos representa a nosotros, en nuestra debilidad. Nosotros nos dejamos impresionar por las luces; nos confundimos ante las cosas que nos parecen espectaculares y esa confusión nos lleva a poner los énfasis en asuntos secundarios.

Pedro dijo a Jesús: «*Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías; no sabiendo lo que decía*» (Luc. 9:33). Entonces, como el Padre vio que la atención se estaba desviando, intervino. Hizo callar a Pedro, y dijo estas palabras que resuenan con plena vigencia hasta hoy: «*Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd*».

Quedó corregida la 'buena intención' del hombre. Todo quedó centrado en el Hijo, nuestro Señor Jesucristo. ¡Gloria al Señor! Moisés y Elías, centrados en Cristo; los ojos de los discípulos, centrados en Cristo. «*Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd*».

¿Está oyendo usted al Hijo de Dios? ¿Está poniendo la atención en Jesucristo, el Hijo de Dios? ¿Dónde está su mirada? ¿Qué es lo que llena su corazón? ¿Qué es lo que más le preocupa a usted? Si no es Cristo, usted ha perdido el rumbo en la vida.

En los días de Moisés, el pueblo necesitaba una ley y un tabernáculo. Hoy día, todo lo que el hombre necesita es al Hijo de Dios. La humanidad no necesita tabernáculos ni ceremonias. ¡Necesita al Hijo! No se necesitan instrucciones religiosas. Se necesita una Persona, ¡a Jesucristo, el Hijo de Dios!

Si usted conoce a esa Persona, usted no necesita nada más; si usted es guiado por esa Persona, usted no se equivocará nunca; si usted es sostenido por esa Persona, usted nunca caerá; si es guardado por esa Persona, nada lo derribará. ¡Todo lo que usted necesita es al Señor Jesucristo! Esta es la voz de Dios. ¡Qué preciosa es la experiencia del monte; qué precioso es ir a estar con el Señor! En el antiguo tiempo, tuvimos un solitario Moisés en el Sinaí; ahora acudieron Pedro, Juan y Jacobo, los tres junto al Señor orando en el monte. Es un nuevo tiempo, un nuevo pacto, es el día del cuerpo y no de los individuos.

Cuando usted se reúne con los hermanos, ¿no es verdad que siente más la presencia del Señor? Hoy día, la oración de un hermano, más la oración del otro hermano y el testimonio de otra hermana, más la canción de los hermanos, elevan nuestro corazón. Nos refrescan el corazón, y cerramos nuestros ojos, y alzamos nuestra voz. Y se cumple la palabra:

Pedro nos representa a nosotros, en nuestra debilidad. Nosotros nos dejamos impresionar por las luces; nos confundimos ante las cosas que nos parecen espectaculares y esa confusión nos lleva a poner los énfasis en asuntos secundarios.

«Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». ¡Qué precioso es tener comunión unos con otros, en el Señor! Este es el monte. ¡Qué gran provisión hay en el monte!

En el valle

Si volvemos al relato en Mateo capítulo 17, nos encontramos con otra escena. En el versículo 9 dice: *«Cuando descendieron del monte...»*. El evangelio de Marcos añade otros elementos: *«Cuando llegó a donde estaban los discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y escribas que disputaban con ellos... Él les preguntó: ¿Qué disputáis con ellos?»* (Marcos 9:14, 16).

«Cuando llegaron al gentío, vino a él un hombre que se arrodilló delante de él, diciendo: Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísi-

mo; porque muchas veces cae en el fuego, y muchas veces en el agua. Y lo he traído a tus discípulos, pero no le han podido sanar. «Respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora. «Viniendo entonces los discípulos a Jesús, aparte, dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? «Jesús les dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible. Pero este género no sale sino con oración y ayuno» (Mateo 17:14-21).

Aquí está el otro plano. Tratemos de observar la escena. Recordemos que en el monte había paz; en el monte estaba la gloria del Señor, la voz del cielo y el Hijo resplandeciente.

¡Qué preciosa escena la del monte! Pero, ¡qué tremendo contraste con el valle! Llega una persona agobiada... ¡Qué problema! Tiene un hijo lunático, endemoniado. ¡Qué aflicción para ese padre que buscaba ayuda! Los escribas no se la dieron; los discípulos, impotentes, débiles, fueron incapaces de socorrerle. ¡Y qué decir del muchacho! El demonio quería matarle.

La muerte estaba en el valle. La muerte, la enfermedad, el diablo mismo; las discusiones inútiles de los hombres. Un gentío desordenado, una generación incrédula. El Señor los reprende a todos. Sin discusión, el Señor ama a todas las personas; pero cuando dice esto, está reprendiendo la incredulidad de la gente, ese cora-

zón perverso que deja al Señor afuera. Tal es el valle.

Una pregunta: ¿Cuál es su valle? ¿Qué hay en el valle suyo, ese valle de su alma; ese valle de su propia vida, su corazón? ¿No será que su experiencia se parece mucho a esto que acabamos de leer? Ahí están todas las frustraciones del hombre, sus problemas, el llanto de uno, la necesidad del otro, el que busca ayuda y no la encuentra... Ese es el mundo.

Por cierto el mundo también tiene sus encantos. Pero el mundo, al final de cuentas, es una frustración permanente. No nos extrañemos que haya dolores, angustias, frustraciones, enfermedades y tantas cosas amargas. Esa es la vida del hombre.

Pero, hermanos, ¿qué hizo el Señor Jesús cuando llegó al valle? ¡Qué precioso! Él viene bajando del monte. ¡Qué autoridad la de nuestro Señor! En primer lugar, reprende a sus discípulos. «¿Qué hacen, disputando inútilmente con los escribas?». El Señor comenzó a poner orden. Luego, viene el hombre afligido, quien reclama: «Tus discípulos no fueron capaces de ayudarme». Y el Señor atiende al hombre. Es maravilloso el Señor, que, en medio de la multitud, atiende una necesidad particular; entre miles, se acuerda de uno.

¿Será que, entre los cientos que estamos aquí, habrá una necesidad que el Señor está dispuesto a atender ahora mismo? El Señor no lo postergó, no le dijo: 'Mira, voy a mandar a mis discípulos que visiten tu casa, y tú deberás abrirles tu corazón'. No le puso ninguna traba. Lo atendió de inmediato: «*Traédmelo acá*».

Se lo trajeron. Y el Señor no trató con el niño, ¡trató con el demonio! Y el joven «*quedó sano desde aquella hora*». El Señor que tenemos es poderoso; cuando él manda, los hombres tienen que obedecer; los demonios tienen que huir. El Hijo de Dios sanó al hijo de un hombre. Así es el Señor. Cuando él viene al valle, trae orden, salud y vida.

La angustia de ese padre terminó en ese instante, cuando se encontró con Jesús. Antes había hablado con los discípulos, y había sido defraudado. Tal vez usted ha sido defraudado de algún cristiano. Tal vez alguno de nosotros, en un momento de debilidad, pudo haberlo defraudado terriblemente a usted. ¡Pero la buena noticia es que hay Uno que no le defraudará jamás! Hay consuelo para usted, que ha sido defraudado muchas veces. ¡Venga al Señor!

¿Cómo sufre un padre por el dolor de un hijo, por la enfermedad de un hijo! Si el hijo no dormía, el padre no dormía; en su casa no había reposo. ¿Cuál es tu enfermedad? ¿Hay alguien que depende de ti, a quien no puedes ayudar? ¿Estás buscando ayuda para alguien que depende de ti?

¿Cuánta gente depende de ti? ¿Hijos, sobrinos, nietos? Tú les tienes que alumbrar a ellos. Y, ¿con qué luz les vas a alumbrar? ¡Necesitas al Señor! Tal vez hay un caos en tu casa y tú mismo eres el culpable de ese caos. ¡Tú mismo necesitas al Señor! Este padre necesitaba a Cristo. Es verdad que el muchacho necesitaba a Cristo; pero parece que el padre lo necesitaba más todavía. ¡Bendito es el Señor, que tiene solución, que tiene poder

para sanar a ese hijo en un instante! ¡Ese es nuestro Señor!

Hay caos en el valle; hay caos en tu valle. Pero he aquí, hay un Salvador, que no sólo descendió del monte. En realidad, él vino desde la eternidad a este mundo, para que tú y yo le conociéramos a él. Lo que los discípulos necesitaban era tener cerca a su Maestro; el padre de este niño necesitaba a Cristo; lo que este enfermo necesitaba era a Cristo.

Yo necesito más de Cristo, cuando se me confunde la vida, cuando se me entorpece el caminar, cuando no hago bien las cosas. La dolorosa verdad es que todos los que estamos aquí somos expertos en hacer mal las cosas. O nos adelantamos, o nos quedamos; nos enojamos cuando no debemos; hablamos más de lo debido; tomamos decisiones apresuradas, después nos lamentamos; herimos con nuestras palabras, con nuestras actitudes – hasta con nuestros silencios. Somos expertos en echarlo todo a perder.

De los torpes que hay aquí, me declaro el primero. Sin el Señor, no sé qué sería de este hombre; estaría lleno de desgracias; sin Cristo, este mundo sería un valle insufrible. ¡Cómo puede alguien vivir sin Cristo! Tu vida, tu familia, tu persona, tu alma, puede ser un caos permanente, a menos que el Señor venga a poner el orden que tú y yo necesitamos.

Entonces, es verdad que usted necesita sanidad, pero en realidad necesita a Cristo. El Señor no mandó la sanidad desde el cielo, mandó a su Hijo, y su Hijo es el que sana. El Señor no mandó una correcta religión

para practicar; mandó a su Hijo, para que su Hijo nos llevara al Padre, y entonces adoráramos a Dios con todo nuestro corazón. ¡Bendito sea Dios, que nos dio a su Hijo!

El Señor, la voz más autorizada del universo, el Creador de todo lo que hay, el Padre que nos dio vida y existencia a todos, el que hace salir este sol, el que mantiene la temperatura del planeta, el que nos alimenta cada día, el Dios ante el cual nos enfrentaremos un día cara a cara, él ha dicho: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd».

Nuestra atención está en el Hijo, siempre en el Hijo. No nos distraigamos por nada. Dios ha dicho: «*A él oíd*». Y ese: «*A él oíd*», puede ser también: «*A él recibid*». Y, si oímos al Hijo, el Hijo dijo estas palabras: «*El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*». El Hijo ha dicho: «*El que me recibe a mí, recibe al que me envió*».

Si usted no tiene al Señor en su vida, ¿cómo enfrenta la vida? Y más aún, ¿cómo enfrentará su muerte? ¿Cómo enfrentará ese momento sin el Señor? ¿Cómo va a vivir la próxima semana? ¿Cómo vivirá el próximo día? ¿Cómo enfrentará el próximo conflicto que se le viene encima?

Nuestra vida no consiste en los bienes que tengamos; nuestra vida es Cristo. No consiste en cuán buenas vacaciones o qué mejor pasar tendre-

mos, porque para nosotros el vivir es Cristo. ¡Bendito sea el Señor! Y nuestra comunión con los hermanos es en Cristo. Y nos reconocemos los que somos hijos de Dios, y lo más precioso es estar juntos, orando juntos. Entonces el Señor 'se nos transfigura'. Y cuando algo no está claro, él pone orden. ¡Gracias, Señor!

El Señor invita hoy. Estás en el valle, pero ahora él te está invitando a su monte. Él desciende hasta tu valle. ¿Cuál es tu dolor? No hay dolor que él no pueda sanar. ¿Hay algo que te domina, algo que has tratado de superar por todos los medios, pero que aun te controla? Que hoy Satanás pierda, y tú seas libre para el Señor; que desde hoy, tu vida sea una vida de Cristo y para Cristo.

«*Bueno es para nosotros que estemos aquí*», dijo Pedro. Hasta ahí, estaba bien. Es bueno para nosotros estar con el Señor en el monte; pero es bueno estar también al lado del enfermo, al lado del afligido. En el monte vemos cuán glorioso, poderoso y maravilloso es el Señor; nos aprovisionamos en él, y luego descendemos con él «al valle de este mundo», para bendecir a quienes yacen aprisionados en las tinieblas.

En el monte y en el valle, pero con Cristo siempre. ¡Bienaventurados son aquellos que viven esta experiencia continuamente!

Mensaje evangelístico compartido en Temuco, en Diciembre de 2008.

* * *

La ley y el castigo no pueden salvar las almas; pero la gracia y el amor producirán lágrimas y arrepentimiento en pecadores endurecidos y los acercarán a Dios por misericordia.

Watchman Nee

Las obras, los caminos y el propósito de Dios.



Foto: «Escena rural», Sacaba (Bolivia)

Muéstrame tu camino (2)

Dana Congdon
USA

Lecturas: Éxodo 33: 11-14.

Moisés está sobre el monte, aprendiendo a interceder. Lo más importante para nosotros en estos días de avivamiento es tener una visión del Señor. El mi-

nisterio más importante que podemos asumir en estos días es interceder a favor de los intereses del Señor.

Como sabemos, Moisés se encontraba en esa montaña en ese día a fa-

vor del pueblo que había pecado con el becerro de oro. Ahí estaba Moisés de pie, diciendo: «Señor, perdónanos, por amor de tu nombre. ¿Qué dirán las naciones si tú eliminas a tu pueblo? Ellos van a decir que Jehová no fue capaz de introducir a su pueblo en la tierra de Canaán». Y Moisés, entonces, puso su vida. Moisés dijo: «Señor si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame tus caminos».

Nuestro Dios habló con Moisés cara a cara en el monte. Cómo necesitamos este tipo de personas en este día. Porque los hijos de Israel habían cometido un gran pecado contra Dios, y ustedes saben lo que el Señor dijo. Él dijo: «Yo te prometí que te enviaría a la tierra prometida, pero yo te enviaré con mi ángel, pero yo no puedo ir con ustedes».

Para las personas que se conforman con las obras de Dios, el ángel es suficiente. Pero Moisés dice: «Si tu presencia no va con nosotros, yo no quiero ir. Yo no quiero simplemente tus bendiciones; yo quiero tu presencia». Así hablaba él con su Dios en el monte. Y él dice: «Muéstrame tus caminos».

Ayer hablábamos sobre esos tres niveles diferentes de conocimiento del Señor. Vemos cómo hay un contraste muy grande entre los hijos de Israel y Moisés. En los Salmos se nos dice que los hijos de Israel vieron los hechos de Dios, sus grandes milagros. Gracias a Dios, él opera milagros. Él es un Dios que actúa, un Dios vivo. Y es de esa manera que nosotros lo vemos, a través de sus obras. Especialmente la obra de Jesús muriendo en la cruz por nosotros.

Pero cuando nosotros venimos al Señor, después de ver sus hechos, el Señor está buscando algo en nuestros corazones, una respuesta que diga: «Muéstrame tus caminos». No sólo: «Muéstrame tus hechos». Ustedes recuerdan cómo la gente en Galilea estaba siguiendo a Jesús simplemente para ver los milagros o personas siendo sanadas. Y Jesús les dijo: «Ustedes vieron el milagro del pan, pero lo que no vieron es quién está detrás del pan, el propio pan de vida».

Cada obra que Dios hace es una señal que quiere mostrarnos a su Hijo Jesús. El amor de Dios es grande y él hace muchas obras, pero ninguna de sus obras es en vano; todas ellas apuntan a Jesús. Entonces, cuando somos curados, nosotros tenemos que ser como aquel único leproso que se volvió para agradecerle a Jesús.

Algunas personas se satisfacen con la sanidad. Bueno, Dios hace sanidad, pero eso debe apuntar a aquél que cura. Jesús es nuestra sanidad. Entonces, cuando nosotros oramos: «Señor, muéstrame tus caminos», estamos pidiendo algo mayor que: «Muéstrame tus obras». Queremos saber más de él, queremos conocer el corazón de Dios.

Eso es lo que Moisés oraba: «Oh, Señor, no quiero nada más, sino a ti. Yo veo todo el problema que está ocurriendo en el valle; pero veo tu gloria. Quiero conocer a ti en tus caminos». Porque después que conocemos sus caminos, conocemos al Señor. Es lo que podemos ver aquí. Moisés hablaba con el Señor cara a cara. Necesitamos en estos días ese tipo de intercesores.

Ayer descubríamos cómo el camino del Señor es el camino de la cruz. Antes de morir en la cruz, Jesús les dijo a sus discípulos: «Yo soy el camino, y la verdad y la vida». ¿Pero habrán entendido ellos lo que él quería decir? ¿Qué significa: «Yo soy el camino»? O aun cuando Jesús dijo: «Yo soy el camino que lleva al Padre», ellos no podían entender.

Como ustedes recuerdan, al final de su vida, él dijo a los discípulos que él estaba yendo a la cruz. Pero cuando él compartía que él estaba yendo a Jerusalén para morir, ellos no podían entenderlo. Pero después que Jesús murió en la cruz y resucitó, entonces los discípulos entendieron: «Ah, éste es el camino de Dios», y ellos empezaron a caminar en ese camino. Y los hijos de Dios, en esos días, eran llamados 'el pueblo del camino'. Todos ellos vieron muchos milagros y obras de Dios, pero también sufrieron mucho, llevando la cruz. Y como resultado, ellos caminaron un camino nuevo y vivo.

Muchas personas alrededor del mundo están siendo reunidas al reino por el evangelio; pero no son muchos los cristianos que caminan por el camino vivo. ¿Pueden ver la diferencia? ¿No es maravilloso ver a un cristiano que vive en el camino vivo? Ellos tienen la vida celestial dentro de ellos, y aun cuando pasan por dificultades, es como si rebotasen, con más vida todavía. Ellos están caminando en Sus caminos.

En esta ocasión, quisiera describir estos caminos, y utilizando otra ilustración del Antiguo Testamento.

Todos nosotros conocemos la his-

toria de Abraham, Isaac, Jacob y José. Todos ellos tuvieron vidas muy diferentes; pero tenían una cosa en común, además de su único Dios: Dios los había enviado a una peregrinación. En el Antiguo Testamento hay una palabra especial: peregrino. Es diferente a un simple viajero. Muchas personas viajan de un lugar a otro, pero cuando Dios pone a alguien en una peregrinación, es para revelarle Sus caminos, y un peregrino siempre vive de acuerdo a un propósito.

Muchos cristianos son nacidos de nuevo, pero debido a la confusión en la cristiandad es como si ellos estuvieran errantes, sin ninguna dirección. Pero hay aquellos que están en una peregrinación. Vamos a mirar esta palabra en algunos pasajes.

Primero queremos mirar cuál fue el testimonio de Jacob al final de su vida. En el capítulo 47 de Génesis, Jacob estaba hablando de su vida, y él estaba hablando con Faraón. ¿Y cómo él le describe a Faraón su propia vida? Versículo 9: «Jacob respondió a Faraón: los días de mi peregrinación son ciento treinta años, pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no he llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación». Jacob aquí se refiere al hecho de que Abraham e Isaac también habían sido peregrinos antes de él.

Dios ama tanto a sus hijos; él quiere revelarse a sus hijos, y él desea llevar a sus hijos a la filiación, para que no seamos simplemente niños pequeños, sino hijos maduros y responsables. ¿Y cuál es la manera de llevarnos a la filiación? A través de la

Cuando somos jóvenes, tenemos muchas opciones, pero este camino de peregrinación es como un embudo, que se hace más y más estrecho hacia su extremo.

peregrinación. La peregrinación es una ilustración del camino de la cruz.

Tú puedes ser un cristiano por un rato, pero un día serás un peregrino, y Dios empezará a obrar en tu vida de acuerdo con su propósito. Dios se da a conocer a nosotros por la revelación. Pero este conocimiento del Señor del cual Moisés nos habla es más que una revelación que él está teniendo en el monte. Este tipo de conocimiento del Señor no te viene simplemente por sentarte a leer la Biblia y pensar acerca del Señor.

¿Cómo es que realmente nosotros conocemos al Señor? Nosotros tenemos que caminar con él en la peregrinación. Entonces, cuando yo escucho a un hermano o hermana que ora: «Oh, Señor, muéstrame tus caminos», yo sé que el Señor lo va a llevar a una peregrinación. Nosotros conocemos la historia, y por eso podemos decir que Abraham, Isaac, Jacob y José, al término de su peregrinación, conocían al Señor. Y así el Señor nos lleva a cada uno de nosotros en una peregrinación.

Ahora, me gustaría describir siete características de esta peregrinación.

El Señor quiere reunirnos en una forma corporativa. Él tiene que hacer un trabajo en tu vida individual. El Señor te va a llevar a una peregrinación. ¿Qué significa esta palabra? Es más que un simple viaje. La primera cosa que aprendemos sobre la peregrinación es la siguiente: Tú estás viviendo en un lugar que no es tu hogar.

En el libro de Hebreos, se dice de Abraham que él fue llamado por Dios y por fe él salió y peregrinó en tiendas. Nosotros tenemos que vivir sobre la tierra, pero vivimos en tiendas. Vivimos en una propiedad que no es nuestro hogar. Esto es lo primero que aprendemos sobre la peregrinación – Vivimos en el mundo, pero este no es nuestro hogar.

En su primera epístola, Pedro les habla a los hermanos y hermanas. Sabemos que él era primeramente un apóstol para los judíos. Y cuando él les escribió en 1ª Pedro, él los llama peregrinos. Ellos entendieron que no vivían en su hogar. Estamos de paso en un lugar que no es nuestro hogar.

Permítanme mostrarles algunos ejemplos. En Génesis 17:8 podemos considerar a Abraham. Dios le prometió a Abraham: «*Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras* – en la versión inglesa, «la tierra de tus peregrinaciones»–, *toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos*». El hogar original de Abraham era Ur de los caldeos, pero cuando él encontró a Dios, Babilonia no podía ser más su

hogar. Y Dios le dice: «Ahora quiero que seas peregrino en Canaán».

Entonces, en el capítulo 26, podemos ver la peregrinación de Isaac. Versículos 2-3: *«Y se le apareció Jehová, y le dijo: No descendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré. Habita como forastero en esta tierra –en la versión en inglés, «habita como un peregrino en esta tierra»– y estaré contigo, y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramento que hice a Abraham tu padre»*.

En el idioma original se utiliza una palabra especial: «*peregrino*». Entonces, para Abraham, su peregrinación fue en Canaán; pero para Isaac, su peregrinación fue en Filistea. Porque hubo hambre en la tierra y él fue enviado a la tierra de los filisteos, y Dios le dio esta promesa. No tenemos tiempo para ver cada pasaje, pero sabemos que Jacob peregrinó en Padam-Aram.

A Jacob le gustaba estar en casa, con su madre. Él aprendió a cocinar de su madre, pero ustedes saben que él tuvo que huir de su hermano, y eso dio inicio a su peregrinación espiritual, que tenía un propósito. Y descubrimos en el caso de José que su peregrinación ocurrió en la tierra de Egipto.

Ellos fueron llamados y enviados por diferentes razones. Abraham, a través de una revelación; con Isaac, la circunstancia fue el hambre; Jacob tuvo que huir, y José fue traicionado por sus hermanos. Circunstancias muy diferentes; pero nuestro Dios es un Dios soberano, y él toma las circunstancias de nuestra vida.

Cuando somos jóvenes, tenemos muchas opciones, pero este camino de peregrinación es como un embudo, que se hace más y más estrecho hacia su extremo. Entonces, soberanamente, Dios nos envía a esta peregrinación.

Hay tiempos en la vida cristiana en que hay necesidad de salir del hogar. Es tan grato quedarse en casa. Todo es seguro, familiar, pero no podemos crecer. Entonces, es como si el Señor nos empujara afuera. No importa cuáles sean las circunstancias, pero es Dios quien está detrás de las circunstancias. Como aquellos polluelos de águila que están en su nido, y el águila los empuja para afuera del nido. Así ocurre con nosotros, y no nos sentimos en nuestro hogar.

Muchos jóvenes se acostumbran con sus hogares y creen que eso es para siempre. Pero un día van a la universidad y vuelven, y algo ha cambiado. Sí, es el hogar, pero no es exactamente su hogar. ¿Dónde están todos los amigos? Las cosas han cambiado, y empiezas a vivir una vida en que no estás en tu hogar.

Esta cuestión del hogar no es algo geográfico. Algunas personas nunca salen de su hogar, pero Dios les cambia su hogar. Súbitamente, estás viviendo en un lugar que no es tu hogar.

Todo aquel que viene a Cristo como un bebé, en el principio piensa: 'Bueno, este mundo es mi hogar'. Pero nuestro Dios soberano produce circunstancias en nuestra vida que nos muestran que esto no es nuestro hogar. ¿El Señor ya te sacó de ese ho-

gar? Tal vez una tragedia de una persona que tú amabas, tal vez la pérdida de un trabajo, o circunstancias de salud, o un problema. A veces, una aventura; pero de pronto sientes que ya no estás más en tu hogar.

Y hasta que una persona no sienta eso, ella no aprehende al Señor. Jacob, en cierto punto, asíó al Señor, y el Señor lo agarró cuando él estaba huyendo. Y a ti y a mí, el Señor nos trae a algunos lugares en que estamos desesperados, para agarrarnos al Señor.

¿Sabes?, cuando tú vas a un lugar que es nuevo para ti, con el cual no estás familiarizado, tú oras mucho. Tienes tu devocional matinal todos los días. Pero cuando estás en tu casa, no hay tanta necesidad. 'Hoy voy a dormir un poquito más'. Entonces, el Señor tiene que empujarnos hacia fuera. ¿Y qué es lo que él está queriendo hacer? Él quiere mostrarte la verdad más importante que debes conocer en tu vida: Que él es tu hogar.

Cuando Jesús dijo que él iría a prepararnos moradas en la casa del Padre, él no estaba hablando de un palacio. Él estaba hablando del cuerpo de Cristo. Yo espero que tú hayas encontrado tu hogar. Cuando tú llamas a Dios tu hogar, fue eso lo que Jacob vio cuando estaba en esa noche estrellada. 'Esto es Bet-el, la casa de Dios. Yo estoy solo en el desierto, pero Dios es mi hogar'. Yo espero que tú sepas que Dios es tu hogar. Este es el primer paso en nuestra peregrinación.

Pero, ¿por qué Dios nos empuja y nos envía a un camino que no conocíamos? Claro, es el segundo punto.

No importa cómo empiezas tu peregrinación; por su misericordia, Dios te va a encontrar en la encrucijada. Sea que empezaste porque estabas huyendo de algo, o porque te estabas mudando a un lugar nuevo, o simplemente porque las cosas cambiaron y ya no eran lo mismo, Dios está removiendo tu seguridad, para que puedas encontrar al Dios viviente. Y esa es la mayor bendición de nuestra vida, pero él aguarda hasta que tú te encuentres en ese camino de peregrinación.

G. Campbell Morgan dijo que la vida de los patriarcas era Dios revelándose a ellos en cuanto eran peregrinos. Si lees en tu Biblia, puedes ver que Dios se reveló a Abraham siete veces, y a Isaac se reveló seis veces. A Jacob se reveló cinco veces. De José no tenemos registro de que Dios se le reveló, excepto por sueños. Pero nosotros sabemos que José vivía en comunión con Dios.

Oh, qué maravilloso descubrimiento: Dios quiere encontrarte. Pero él no se encuentra contigo en teoría; él te encuentra cuando estás en el camino. Entonces, Abraham salió, y cuando llegó a Siquem, Dios se le reveló, y allí él construyó un altar. Y cuando llegó a Bet-el edificó otro altar. Y a medida que iba de un lugar a otro, él encontró a Jehová-Jireh y encontró a El-Shadday y a El-Olam. A medida que caminaba, él descubría a Dios.

Es un descubrir a Dios a medida que estás peregrinando; es así como nosotros conocemos a Dios. Cuando Jacob estaba huyendo, de acuerdo con nuestro hermano Christian Chen

—como él es un matemático, yo confío en él—, él dice que Jacob no huyó de casa antes de los setenta años de edad. ¿O tú piensas que él era un delincuente juvenil huyendo? Oh, aun las personas viejas están huyendo. Y por todos esos años, él ya había escuchado del Dios de Abraham y de Isaac; sin embargo, Jacob nunca lo encontró, así que él empezó a caminar por el camino, y Dios en su misericordia se le apareció a Jacob en aquella escala que subía hasta los cielos. Entonces él empezó a descubrir cómo era Dios realmente.

Nosotros tenemos tantas canciones que nos hablan de cómo es Dios, pero cada una de esas palabras tienen que hacerse reales en tu vida. Y eso sólo ocurre a través de una peregrinación. ¿Tú ya descubriste eso en tu vida, cuando el Señor te puso en esta peregrinación?

Nosotros decimos que la peregrinación es el camino de la cruz. Quiero explicarte lo que eso quiere decir. No quiere decir que siempre estamos sintiendo muerte; quiere decir que empezamos a caminar por un camino que nosotros no elegimos. Quiere decir que el camino por el cual Dios nos guía es de acuerdo con Su propósito. Y en ese camino de la cruz nosotros descubrimos mucha vida.

El camino de un peregrino es el camino de alguien que se niega a sí mismo. Y cuando encontramos a Dios, él nos llama a dar un paso más. ¿Ya encontraste tú al Dios vivo en tu peregrinación? No sólo el Dios de tus padres. ¿Encontraste tú a Dios? Es así como conoces a Dios.

Una tercera cosa maravillosa que

aprendemos de esta peregrinación de la cruz: En la vida de cada uno de estos patriarcas, Dios puso su fe a prueba. ¿Qué significa poner la fe a prueba? Bueno, ¿recuerdas como Dios le dijo a Abraham: «Abraham, ofrece a tu hijo, a tu único hijo, sobre el altar»? ¿Acaso Dios ignoraba si Abraham tenía fe o no? Claro que Dios sabía. Pero Abraham no sabía. Jacob no sabía que él tenía fe; él era un fugitivo. Pero Dios le mostró que él tenía fe. Isaac no sabía que tenía fe. Todo le había sido dado, pero aprendió lo que era la fe a medida que cavaba los pozos. Entonces, cada uno de esos hombres desarrolló una fe tangible en sus vidas.

Nosotros decimos: 'Yo creo en esto, yo creo en aquello'. Es muy fácil decirlo. Pero Dios va a probar la fe que tenemos en nuestras vidas. Entonces en la vida de Abraham vemos la obediencia a la fe. En la vida de Isaac vemos la fe que habita, que permanece. Y en la vida de Jacob vemos la fe que está en lucha. ¿Tú ya luchaste con Dios? Ah, eres como Jacob. Fue en ese momento de su vida que Jacob descubrió su fe, luchando con Dios. A medida que luchaba, él descubrió cuánto necesitaba a Dios, y él se asió de Dios. Él aprendió lo que era la fe.

José aprendió la fe que vence. Él esperó por años y años en la prisión. De alguna manera, él sabía que los sueños que Dios le había dado se realizarían. Y así aprendemos a caminar por fe. Tal vez al principio caminemos por vista, pero Dios nos empieza a dar ojos para ver al Señor a medida que caminamos.

Otro aspecto de este camino de la peregrinación es que es el camino de la bendición. Pero hay una diferencia: Si todo lo que recibimos son bendiciones, nosotros nos volvemos orgullosos. Pero si estamos en el camino del peregrino, aprendemos lo que es la verdadera bendición. A medida que Abraham vivía en ese camino, él fue adquiriendo más y más ovejas y vacas, a tal punto que los reyes a su alrededor estaban asustados de él, porque Abraham estaba caminando en esa peregrinación con Dios. Y aunque Abraham tuviera millones de ovejas, al mismo tiempo de la peregrinación, él descubrió la verdadera bendición.

¿Cuál era la verdadera bendición? Tú dirías: 'Cuando nació su hijo'. Sí, esa fue una gran bendición; pero él descubrió una bendición aún mayor: la presencia de su Dios. Y cuantas más bendiciones recibía, más hambre él tenía, y buscaba la ciudad de Dios. Él amaba mucho a Dios, y quería encontrar Su ciudad.

Dios quiere personas que sean capaces de manejar las bendiciones. Abraham era un millonario, pero él estaba centrado en Dios. Entonces sus bendiciones se volvieron bendiciones para otros. Y aun cuando a él se le presentó esa opción: '¿Yo voy a preservar a mi hijo, o voy a ofrecer a mi hijo y perder a mi Dios?'. Y él dijo: 'Yo amo a Dios por sobre todo, aún más que a este hijo precioso'.

Isaac tuvo tantas bendiciones. Abraham le dio todo a Isaac. A Ismael le dio algunos miles de ovejas; pero Isaac recibió todo, empezó ya como un joven millonario. ¿Qué le

ocurrió cuando vivía en tierra de los filisteos? Hubo una gran hambruna y nadie tenía comida, excepto en el lugar donde Isaac estaba. Él tuvo una cosecha a ciento por uno. Y todos se preguntaban qué ocurría en ese lugar.

Isaac era tan bendecido. Pero él no fue bendecido, porque al mismo tiempo todos lo perseguían. Él tenía millones, pero tenía miedo de que todas las cosas le fueran robadas. Entonces, siempre que él estaba cavando un pozo nuevo, el enemigo llegaba y decía: 'Este es mi pozo', y él tenía que huir. Él tenía millones de ovejas y no podía llevarlas a beber. Y él decía: 'Ay, mis ovejas van a morir'. Y se movía a otro lugar, cavaba otro pozo. Y el enemigo pateaba la tierra adentro del pozo.

Jacob no podía disfrutar de su peregrinación; era un millonario miserable. Hasta que moviéndose y moviéndose, un día, él re-

Si guardamos las bendiciones sólo para nosotros, serán como el maná, que se pudre; pero cuando usamos nuestras bendiciones a favor de otros, entonces aprendemos el secreto de la peregrinación.

gresó a Canaán, a Beerseba. Y cavó un pozo, y salió agua dulce. Dios le habló, y en la presencia de Dios él pudo disfrutar las bendiciones. ¿De qué te sirve tener un millón de dólares, si no estás en la presencia de Dios?

A los jóvenes, les advierto: tengan cuidado con la voluntad de Dios en este asunto de dedicarse a los negocios. Yo conozco a muchas personas que corren tras el dinero, pero no tienen ninguna comunión, y a pesar de tener muchas bendiciones materiales, no las disfrutan, porque el enemigo los oprime día y noche.

Jacob también aprendió la lección de la bendición. ¿Tú entiendes que el camino de la cruz es un camino de bendición? Pero tenemos que aprender a manejar las bendiciones. ¿Qué le pasó a Jacob? ¿Qué significa el nombre de Jacob? Es alguien que agarra cosas; él se agarra a sus bendiciones. Yo quiero esta bendición, yo quiero aquella bendición. ¡Él tomó cuatro esposas! Y tuvo doce hijos, y millones de ovejas, lo que sea. Pero él no era alguien que agarraba algo y estaba feliz.

Jacob tuvo que aprender lo que era la verdadera bendición, y tú recuerdas cuando él aprendió lo que es la bendición. Es cuando él agarró a Dios. Él abandonó todas sus bendiciones, pero se asió de Dios, y entonces descubrió la razón por la cual él fue creado. Yo espero que tú agarres a Dios. Porque lo que Jacob descubrió es que él tenía todas las bendiciones, y a pesar de eso Esaú no lo mató.

Y José. José tuvo tantas bendiciones. Él llegó a ser el segundo después

de Faraón. A él le fue dada sabiduría y gran autoridad. Pero José vio; cuando sus hermanos vinieron, sus ojos se abrieron. '¿Por qué Dios me bendijo de esta manera? Por causa de mis hermanos y hermanas'.

¿Por qué Dios te ha bendecido como él lo ha hecho? Sé que alguien va a discutir conmigo y va a decir que Dios no le ha bendecido; pero tú tienes muchas bendiciones. Pero Dios no nos bendice simplemente para nosotros mismos. Si guardamos las bendiciones sólo para nosotros, serán como el maná, que se pudre; pero cuando usamos nuestras bendiciones a favor de otros, entonces aprendemos el secreto de la peregrinación.

Pero, a pesar de todo eso, el quinto punto es que el camino de la peregrinación es el camino de la cruz. Eso significa que llegamos al final de nosotros mismos. A Abraham se le dijo que él tendría un hijo, y él pensó que él tendría un hijo, pero luego descubrió que sólo pudo tener un hijo cuando él estaba como muerto. Dios, en su voluntad soberana, nos lleva a un punto en que descubrimos que no podemos hacer nada sin él.

La vida de Isaac empezó sobre el altar. ¿Cuál fue la primera revelación que Isaac tuvo de Dios? La primera revelación que él tuvo de Dios fue Jehová-Jireh. Cuando su padre estaba sobre él con el cuchillo y Dios le habló, Isaac también escuchó esa voz. Y vio cómo Dios había provisto un carnero. Entonces, la vida de Isaac empieza en la cruz, y el resto de su vida él no la vivió para sí mismo.

Algunos de ustedes no son casados todavía, y tal vez tú quieres ele-

gir un marido o una esposa. Isaac no tuvo elección. Su padre envió a un siervo que le consiguió una esposa. 'No mi voluntad, sino la tuya, Señor'. Claro, él terminó con la esposa perfecta. Si Dios te elige una esposa, tendrás una excelente esposa. Con todo eso, nosotros aprendemos que tenemos que llegar al final de nosotros mismos.

¿Te acuerdas de lo que leímos sobre Jacob en Génesis 47? Faraón le hace esas preguntas sobre su vida, y Jacob es muy honesto. Él dice: «Mi peregrinación ha sido de 130 años, pero ella ha sido amarga». ¿Por qué? Porque él tenía una voluntad propia muy fuerte, porque él siempre estaba haciendo sus planes, sus cosas, y fue sólo cuando él tenía casi cien años de edad que Dios pudo derrotarlo. Y Jacob llegó al final de sí mismo.

Pero, a pesar de que estamos caminando en esta peregrinación, nosotros llegamos al final de nosotros mismos. Nosotros vemos que no somos nada. A veces, tú ves a un hermano parado aquí, hablando. Yo te puedo garantizar que ese hermano es un siervo de Dios, y él ha aprendido que él no es nada. Cuando tú sirves al Señor, muchas veces eres humillado, porque cometes muchos errores. Tú hieres a muchas ovejas de Dios.

Si tú caminas en esta peregrinación, llegarás al punto en que veas que no eres nada. Muchos siervos de Dios predicán mensajes muy fuertes, pero ellos se sienten totalmente vacíos; entonces ellos se agarran a Dios para que él les dé todo. Entonces, el camino de peregrinación nos lleva al final de nosotros mismos, y finalmen-

te nos lleva al verdadero conocimiento de Dios.

¿Cómo es que nosotros conocemos a Dios? Como El-Shadday, como Jehová-Jireh. Nosotros lo conocemos de varias formas, a medida que él se revela a nosotros. Pero todos aquellos que caminan en esta peregrinación con propósito, encuentran al mismo Dios. ¿Y qué es eso? El Dios de misericordia. Y Dios les mostró a cada uno de los patriarcas, después que ellos vieron sus propios fracasos, después que ellos vieron cuántas veces fueron infieles, Dios les mostró cómo él estaba usando aún los fracasos de sus vidas para cumplir Su voluntad.

Isaac era un fracaso. Él quería que Esaú recibiera la bendición, pero cuando Jacob recibió la bendición, Isaac vio cuán carnal era él mismo. Él bendijo a su hijo Jacob, y entonces él vio algo, descubrió cómo Dios usó su propia ceguera para enviar a su hijo Jacob. Y Jacob fue, y entonces vinieron los doce hijos de Israel.

Y ninguno de los patriarcas se sintió tan descalificado como Jacob. Él los había engañado a todos, él los hirió a todos, y aun así, Dios le había prometido su cuidado. Él se sentía que no era nada. ¿Pero qué descubrió Jacob al final de su vida? Él reconoció que no era nada, que su peregrinación había sido un viaje amargo. Pero Dios levantó a su familia, y lo hizo un príncipe de bendición.

Dios usa aun los fracasos de nuestra vida. Hay bendiciones, hay problemas, hay pruebas, hay tragedias. Pero todos están programados para llevarnos al Señor. Hermanos y hermanas, nosotros vivimos en un uni-

verso que tiene su centro en Cristo. Pero el Espíritu Santo todavía tiene que convencerte a ti que Cristo es el centro de tu vida.

Entonces tendremos muchas bendiciones, y también algunas tragedias. Tendremos fracasos, tendremos corazones rotos, tendremos algunas victorias; pero, a través de todo eso, cuando nosotros miramos hacia atrás, vemos que Dios revierte nuestros fracasos y los vuelve bendiciones. ¡Cuán grande es nuestro Dios! Sólo él puede tomar nuestros problemas y transformarlos en bendición. Dios tomó la vida de esos cuatro hombres y los ordenó de acuerdo con Su propósito.

Y a medida que Dios reúne personas en estos últimos días, él también te va a enviar a una peregrinación. Tal vez tú no empezaste la tuya toda-

vía. Oh, pídele al Señor que te muestre sus caminos, para que le conozcas. Entonces empezarás a conocer el camino de la vida, y conocerás al Dios vivo. Y descubrirás una fe real, con la cual podrás contar, porque no es tu fe, es la fe de un Dios grande.

Llegamos al final de nosotros mismos, pero aun así, descubrimos a un Dios que revierte las cosas, que convierte las tragedias en victorias. ¿Tenemos ese gran Dios? ¿Es ese el Dios que conocemos?

Entonces, durante tu peregrinación, tú te agarras a ese Dios, tú luchas con Dios y descubres el camino vivo, y lo descubres a él en tu vida, hasta que Cristo sea hecho el centro de nuestra vida.

Segundo mensaje de una serie de cuatro que el autor impartió en la 3ª Conferencia Internacional de «Aguas Vivas» (Santiago de Chile, Sept. 2005).

* * *

Lágrimas en la redoma

Visitando el Museo de Ampurias (España), vimos unas pequeñas ánforas con un recorte en su borde superior ligeramente curvado. Preguntamos al guarda del Museo, quien nos indicó que aquellas ánforas de fino alabastro eran usadas por las damas griegas para recoger en ellas sus lágrimas, sirviendo el referido recorte para adaptar su borde a la mejilla.

Era motivo de orgullo para las referidas damas el poder presentar un ánfora bastante llena a sus amados por quienes lloraron. Hicimos observar que cualquier descuido en tapanla significaría una pérdida del precioso líquido.

Esto nos hizo recordar las palabras del salmista David: *“Pon mis lágrimas en tu redoma; ¿no están ellas en tu libro?”* (Salmo 56:8). Parece como si el salmista hubiese advertido esta dificultad de su poética figura (el perder las lágrimas) al referirse a renglón seguido al libro, donde, sin posibilidad de merma u olvido alguno, se hallaba consignado el recuerdo de sus angustias.

Adaptado de la página web sigueme.com.ar

TEMA DE PORTADA

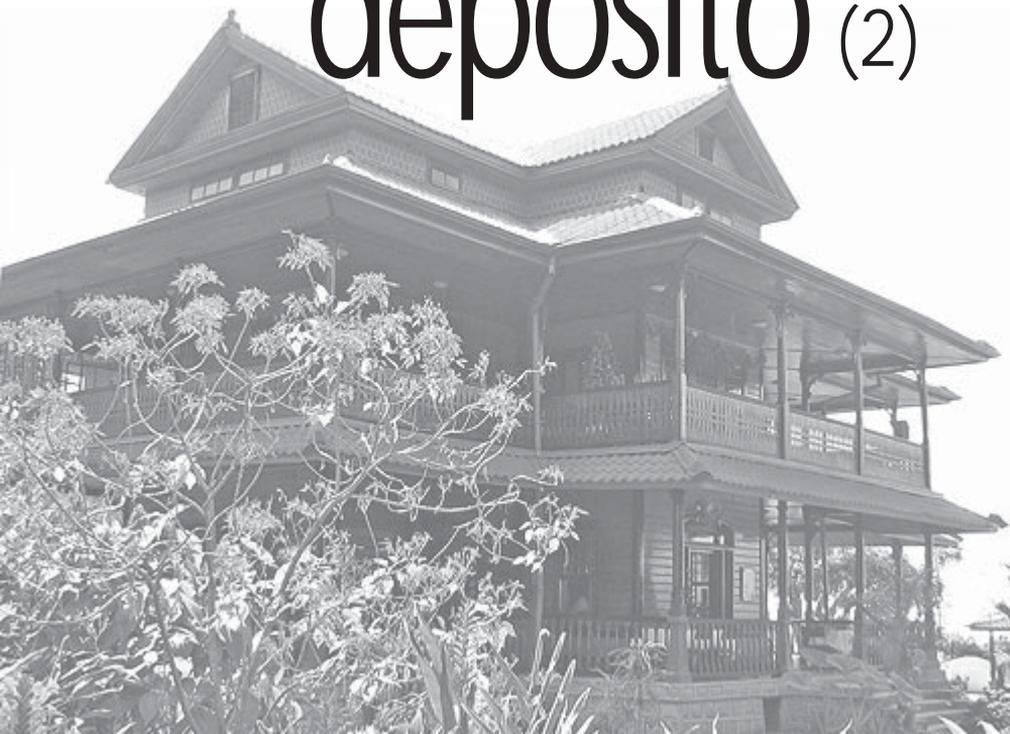
Lo que Dios le ha confiado a la Iglesia.

Gino Iafrancesco
Colombia

En 1ª Corintios capítulo 2 también se habla de los dos aspectos que hemos tocado en la revista anterior. Esto es, por un lado, el depósito espiritual, y por otro, la administración hablada de ese depósito, el ministerio de la Palabra.

Voy a leer en 1ª Corintios 2 desde el verso 9, para tener un contexto un poco más amplio, donde, de los dos aspectos que habló Pablo en 2ª Timoteo 1:13-14, él da otros detalles, lo cual nos ayudará, nos ilustrará y nos establecerá.

El buen depósito (2)



«*Antes bien...*». Este «*Antes bien...*» es en contraste con la sabiduría de los príncipes de este siglo. Desde el verso 6, Pablo está contrastando la sabiduría oculta de Dios con la sabiduría de los príncipes de este siglo, que no conocieron a Dios y por eso crucificaron al Señor. El mismo contraste que hace también Santiago, cuando habla de la sabiduría que viene de lo alto, que es primeramente pura, que es pacífica, amable, llena de buenos frutos, contrastada con la sabiduría meramente terrenal, que Pablo la llama incluso animal y diabólica.

Y ese mismo contraste que hace Santiago, hace aquí Pablo. Pero en el verso 9, después de haber hecho ya el contraste de las dos, él ahora va a hablar de la sabiduría predestinada por Dios para la gloria de la iglesia. Eso de la gloria de la iglesia está en el verso 7.

«...*hablamos sabiduría de Dios en misterio...*». La sabiduría oculta, pero no es el ocultismo ni el hermetismo típico de la sabiduría terrenal, animal y diabólica, sino la de Dios. «...*la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria*». Pablo se dio cuenta que Dios nos quería glorificar; no para nosotros autoglorificarnos. Jesucristo mismo no buscaba su propia gloria, sino la gloria del Padre, y eso es lo que debemos hacer nosotros.

Pero, aun buscando la gloria del Padre, el Señor Jesucristo sabía que, así como el Hijo buscaba la gloria del Padre, el Padre buscaba la gloria del Hijo. «Yo no busco mi gloria, pero hay quien la busca, mi Padre, el que vosotros decís que es vuestro Dios»,

les dice a los judíos. Jesús sabía que el Padre quería glorificar al Hijo; pero el Hijo quería glorificar al Padre.

Y ahora es la misma cosa: Si tú quieres glorificar al Hijo, el Hijo quiere glorificar a la iglesia. Ahora, si la iglesia se quiere glorificar a sí misma, y en vez de predicar a Jesús nos predicamos a nosotros mismos, él va a tener que quedarse callado, y va a tener que avergonzarnos, para que aprendamos la lección.

«Padre, la gloria que tú me diste, yo les he dado». Sólo que la iglesia tiene que ser entrenada para portar la gloria de Dios sin estorbarla, sin distorsionarla. Y para eso somos sometidos al horno, para ser cristalinos, como la nueva Jerusalén, que es cristalina, diáfana como el cristal. Ella no se ve, pero se ve la gloria de Dios en ella, y eso es lo que el Señor quiere: que cada vez nos veamos menos, para que él se pueda ver más.

«*Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman*». Dios es un Dios que prepara sorpresas para los que le aman. Alguien que ama es alguien que quiere darle sorpresas a la persona amada.

Así es nuestro Dios. Él es un Dios que se agrada en asombrarnos. ¡Y nos da unas sorpresas! Porque nos dice. «Yo te amo, te amo». Esa es la sorpresa. Claro, él nos ama; sabemos que él nos ama. Pero cuando él nos dice otra vez: «Te amo», ¡ah, qué lindo! Cada vez que lo dice, es un *rhema*, ¿verdad? No es sólo la doctrina del amor de Dios, sino que él nos ama.

Entonces, dice el Señor, por Pablo: «*Pero...*». ¿Por qué dice pero? Porque acaba de decir que ojo no lo vio, que oído no lo oyó, que no se le ha ocurrido al corazón del hombre; o sea, esto no tiene origen en el hombre. «*Pero Dios nos las reveló...*». Esas cosas preparadas. «*...nos las reveló a nosotros por el Espíritu*». Todo esto se da en el plano de la fe, de la nueva creación, desde el nuevo nacimiento para arriba, por el Espíritu.

«*Dios nos las reveló...*». Las cosas que ojo no vio, que oído humano no oyó, que a los corazones de los hombres, filósofos, grandes genios de la historia humana, no se les ocurrieron, Dios las reveló a la iglesia «*...por el Espíritu*».

Pablo era un buen lector del Antiguo Testamento. Él había leído en Proverbios, que dice: «*Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón*». O sea, lo que en nosotros escudriña nuestras profundidades es nuestro espíritu, y mucho más si es habitado por el Espíritu de Dios. Entonces, basado en eso, Pablo dice: «*Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?*» (v. 11). O sea, si en el caso del hombre es el espíritu del hombre el único que sabe lo que pasa adentro, ¡cuánto más en el caso de Dios!

Sólo el Espíritu de Dios sabe lo que hay en el corazón de Dios, conoce plenamente al Padre y al Hijo, la relación del Padre y el Hijo, el propósito del Padre y el Hijo, los caminos del Padre y el Hijo. Si eso sucede incluso con el hombre, así también Pablo dice que sucede con Dios.

Entonces dice él: «*Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios*». O sea, por eso, la única manera de participar de este nuevo mundo, de esta nueva creación, es por medio del Espíritu de Dios que ya mora en nosotros, y que está ahí, esperando la primera oportunidad que le demos, para ayudarnos, para introducirnos y para conducirnos.

Y ahora dice Pablo: «*Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo...*». Porque a veces lo recibimos. Ese es el problema; nos dejamos contaminar por la carne y el espíritu, y entonces el Señor se retrae. Nosotros hemos cerrado nuestro corazón. Ya sabemos de dónde viene el mundo, para dónde va, quién es, a quién le pertenece. Aunque estamos en el mundo, no somos del mundo. Hay una total separación entre el Espíritu del Señor y el espíritu del mundo, y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo. No podemos ser adúlteros.

«*Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios...*». Hemos recibido, porque esto ya es un hecho en la iglesia. Pablo no conduce a los hermanos a la confusión, sino a la fe. Si es hermano, tiene el Espíritu.

¿Qué hace el Espíritu? ¿Para qué viene el Espíritu? «*...para que sepamos lo que Dios nos ha concedido*». O sea, conocemos. Este *saber* es haber experimentado y disfrutado «*... lo que Dios nos ha concedido*». Ese es el depósito, el paquete, la encomienda, el regalo. Hermanos, es más de lo que nos imaginamos, y Dios nos lo da incluso antes de que lo conozcamos, porque él no espera que conozcamos todo

para darlo. Él se nos dio él mismo; sólo que todavía no entendemos todo lo que significa que él se nos haya dado. Y por eso Pablo oraba.

Permítanme, voy a parar aquí. Vamos a Filemón, para ver allí una expresión de Pablo que tiene que ver con esto, y para comentar esa frase: «...*lo que Dios nos ha concedido*». Ese es el depósito, esa es la realidad espiritual que el Señor le dio a la iglesia, y que los hermanos hemos recibido al recibir al Señor.

entonces, todo el bien que está en Cristo está en nosotros, los que recibimos a Cristo. Y en la medida, que vayas conociendo, experimentando por la fe, que Cristo está en ti, la participación de tu fe va a ser más eficaz.

Si tú llegas a contar con todo lo que Cristo te ha dado, o sea, con el depósito, entonces, cuando comparas tu fe, será eficaz. Porque estarás tomando del botín que tú no conquistaste. Fue otro el que nos dio a su Hijo, nos dio vida, nos dio el Espíri-

Si la iglesia se quiere glorificar a sí misma, y en vez de predicar a Jesús nos predicamos a nosotros mismos, él va a quedarse callado, y va a tener que avergonzarnos, para que aprendamos la lección.

«Doy gracias a mi Dios, haciendo siempre memoria de ti en mis oraciones, porque oigo del amor y de la fe que tienes hacia el Señor Jesús, y para con todos los santos; para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús» (Flm. 1:4-6). Pablo estaba intercediendo por Filemón, para que, cuando él participara la fe, la participación de su fe fuera eficaz, o sea, produjera un efecto en el mundo del Espíritu, en el nuevo mundo. Pero luego nos dice cuál es el secreto de la eficacia de la participación de la fe. Entonces dice: *«...eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús»*.

No es que ese bien 'va a estar'. No. Como usted ya recibió a Cristo, y Dios ya puso en Cristo todo el bien,

tu. Entonces, hermanos, *«...en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús»*, la participación eficaz de la fe en el conocimiento de todo lo que Dios nos dio.

Necesitamos conocer del Señor; que el mismo Espíritu nos conduzca a percibir y creer espiritualmente todo lo que significa haber recibido a Cristo, que es Dios y a la vez es hombre, y realizó la humanidad en su persona, y nos condujo por su cruz, por su resurrección y por su ascensión, y nos sentó con él en lugares celestiales, y estamos unidos a él en espíritu, como un regalo de Dios.

Antes, en el Antiguo Pacto, nosotros procurábamos hacer cosas. Pero en el Nuevo, él dijo que se iba a olvidar de nuestros pecados y que iba a poner su Espíritu en nosotros, para

hacernos andar en sus estatutos. Porque antes, nosotros tratábamos de andar y no andábamos; entonces él decidió olvidar nuestros fracasos, perdonarnos los pecados y darnos su Espíritu. Es algo que él decidió hacer, y que él hizo y está haciendo; es algo que tuvo inicio en la gracia de Dios.

La sangre y el Espíritu cubren nuestras necesidades; la sangre, para tratar todo lo viejo, y el Espíritu, para suplir todo lo nuevo. Como un regalo, el Espíritu se recibe por la fe, no por las obras de la ley, sino por creerle a Dios. Y la palabra clave es otra vez recibir. Recibir es creer, recibir es apropiarse, contar con la presencia fiel del Señor.

Entonces, en Filemón, Pablo dice que la eficacia radica en conocer el bien que está en nosotros por Cristo. Ya es nuestro. Ahora hay que ir abriendo el botín parte por parte y sacando todo lo que hay. Ya nuestro Padre abrió una cuenta a nuestro nombre en el Banco celestial; ahora nos toca firmar los cheques, con toda fe, con toda confianza de hijos, de lo que se necesite para cooperar con nuestro Padre en la tierra. Y el cielo paga, porque el cielo sí paga.

Volvemos otra vez a 1^a Corintios 2. «Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido» (v. 12). El Espíritu Santo nos fue dado «para que sepamos lo que Dios nos ha concedido» – el propio Dios, la naturaleza divina, la realización humana en el Señor Jesús, la libertad por medio de la cruz, la nueva vida por medio de la resurrección, el consuelo.

Cuántas cosas riquísimas podemos colocar debajo de esa frase tan cortita – «...*lo que Dios nos ha concedido*». Ese es el buen depósito; es mucho, y no debemos dejarlo así, resumido. No. Ese botín hay que abrirlo, conocer todo el bien que está en nosotros por Cristo. Hay que ver todo lo que eso implica, porque a veces necesitamos usar de esto, que es Cristo, y a veces de aquello otro, que también es Cristo. Y a veces de esto y de aquello o, cuando menos esperábamos, de otro aspecto que también existía, gracias a Dios, en Cristo.

Entonces, hasta aquí, estamos viendo el buen depósito, el contenido espiritual, o sea, lo propio del Nuevo Pacto, porque sus palabras, en el Nuevo Pacto, son Espíritu y son vida. Y también son palabras, pero palabras que van llenas, no palabras vacías, palabras llenas con Dios, con Cristo, con el Espíritu.

Entonces, ahora dice: «...*lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos...*». Esas son «*las sanas palabras que de mí oíste*». ¿Usted ve las dos partes aquí? «...*lo que Dios nos ha concedido*», corresponde al buen depósito, mediante el Espíritu Santo que proviene de Dios. Pero dice: «...*lo cual también hablamos*». O sea, esto hay que hablarlo. «*Creí, por lo cual hablé*». Ese es el misterio de la Palabra, de la iglesia.

La iglesia tiene que dar testimonio de lo que ha recibido, tiene que decir lo que Dios ha hecho. Dice Apocalipsis 12 que los vencedores vencieron al dragón por la sangre del Cordero y la palabra del testimonio de ellos. Ellos hablaron con confianza

delante de los demonios; dijeron la palabra de Dios. Por la fe, aun en medio de la tormenta, dijeron lo que Dios dijo: «Yo te amo, y te he dado a mi Hijo; te he perdonado, te he dado mi Espíritu, te hecho un hijo, una hija, miembros del Cuerpo y herederos de salvación, instrumentos de justicia en medio de la oscuridad».

Nosotros vemos oscuridad, pero todos los ángeles nos están mirando. Y Dios nos está mirando, a ver qué es lo que en verdad creemos, y qué es lo que vamos a decir en las narices de los demonios. Pero ellos vencieron al dragón por la sangre del Cordero y la palabra del testimonio de ellos, menospreciando sus vidas hasta la muerte. No se tuvieron en cuenta a sí mismos; sólo tuvieron en cuenta el amor de Dios.

Entonces dice: «...también hablamos...». Es el ministerio de la Palabra, «...en la fe y en amor que es en Cristo Jesús». Ese es el otro aspecto, el de «Retén la forma de las sanas palabras...». También hablamos. «Guarda el buen depósito...» – lo que Dios nos ha concedido, y sigue hablando ahora del aspecto ortodoxo, el aspecto de 2ª Timoteo 1:13. «Retén la forma de las sanas palabras...».

«...lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu...». O sea, el Espíritu enseña, ciertas palabras. Las palabras enseñadas por el Espíritu han sido el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento es el ministerio del nuevo pacto, el ministerio del Espíritu. Entonces, las palabras enseñadas por el Espíritu son las palabras del Nuevo Testamento,

pero no repetidas de manera mecánica, sino creídas.

Cuando el Espíritu de la palabra nos tocó, por la gracia de Dios, creímos, y decimos lo mismo, con fe, amor y gratitud. Y el Espíritu Santo está ahí para defender, para respaldar y vivificar esa palabra, para que esa palabra sea seguida por los prodigios y señales que haga el Señor como a él le plazca. El Espíritu Santo está ahí para cumplir la palabra de Dios.

Entonces, por eso dice aquí: «...lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual». Las dos cosas son espirituales. Hay que acomodar las palabras que enseña el Espíritu a lo que Dios nos ha concedido. El buen depósito y la forma de las sanas palabras, la ortodoxia de la verdad, y la verdad o realidad de lo que habla la ortodoxia, se acomodan uno al otro.

No es ortodoxia sola. Y no es solamente un sentimiento de vida, aunque claro que hay sentimiento, y claro que es vida, pero es vida expresada en luz, vida expresada en la verdad, incluso en la doctrina.

Pablo no tenía problema en hablar de doctrina, y en Romanos 6, que viene hablando de cosas tremendas de nuestra crucifixión con Cristo, él dice que hemos sido entregados a cierta forma de doctrina. Él no tiene prejuicios para decirlo de esa manera, porque él era conocido por ellos. Ellos sabían que Pablo era una persona de espíritu, y como tal, él podía hablar así. Porque esa cierta forma de doctrina

na era la verdad ortodoxa de la palabra de Dios, que era vivida por Pablo.

El problema está cuando no se vive. Cuando se vive, usted puede hablar cualquier clase de palabras, y las personas saben a qué se refiere, porque usted está en el Espíritu. Cuando se está en el Espíritu, se puede hablar de muchas cosas. El problema es si no estamos en el Espíritu; ahí es que se nos enreda todo, ¿verdad? Pero Pablo está hablando aquí palabras enseñadas por el Espíritu, que son espirituales, acomodando lo espiritual a lo espiritual.

Hay dos cosas espirituales aquí. Una primera cosa, que es a la cual se tiene que acomodar la otra: lo que Dios nos ha concedido, el buen depósito, la realidad del Señor en nuestros corazones, la realidad del actuar de Dios en nuestro espíritu. A eso se tienen que acomodar las palabras enseñadas por el Espíritu, que son las mismas del Nuevo Testamento, pero ahora frescas de nuevo, en nosotros, concordando nosotros plenamente con el Nuevo Testamento.

Esas palabras se acomodan al actuar de Dios, en el Espíritu. Porque Dios, dice Pablo, actúa poderosamente en los que creen. Entonces, necesitamos creer, creer en él, y creer es para que él tenga lugar a ser fiel. Creer, para que él pueda mostrar su fidelidad. No debe haber otra intención, no debemos querer aparecer poderosos y superiores a otros, porque ahí lo entristecemos. Debemos creer para que él pueda alcanzar a otros, para que él pueda mostrarse fiel y ayudar a todos los que él haya determinado ayudar.

«...acomodando lo espiritual a lo espiritual», la ortodoxia a su realidad, la realidad a la ortodoxia, reteniendo la forma de las sanas palabras oídas en la fe y amor, y guardando por el Espíritu Santo el buen depósito, siguiendo siempre la corriente del Espíritu. El Espíritu Santo, que inspiró la Palabra de Dios, siempre te va a recordar la palabra, siempre va a tomar de la palabra de Dios, de las palabras de Jesús, de las palabras de sus apóstoles, de las palabras del Nuevo Testamento. Y ese río va tomando de la Palabra y va administrando la Palabra, y las dos cosas van juntas. No sólo una, ni sólo otra.

Y no nos toca entrenarnos para imitar nada; lo que nos toca es volvernos a Dios con corazón sincero y pedirle: 'Señor, habla tu palabra, vivifica a tu pueblo, haz lo que es tuyo, lo que sólo tú puedes hacer'.

Luego sigue diciendo: «*Pero el hombre natural no percibe...*». En el original, es el psíquico, el alámico, o el que está sólo en sí mismo, contando consigo mismo, con lo que sabe, con lo que ha estudiado, con lo que ha leído. Todo eso, Dios lo puede usar si Él quiere, pero no hay que basarse en eso. Dios usa todo, porque de todas maneras todo es de él, y él también nos da todo; pero tiene que ser él el que lo usa. Si él no lo usa, ni lo toco.

«*Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente*». Es una cuestión de capacidad del hombre natural; es incapaz para estar en ese otro plano. «...y no las puede entender, porque se han de dis-

cernir espiritualmente», es decir, haciendo uso del espíritu, y como dice Pablo en Romanos 8, ocupándose de las cosas del Espíritu, o más bien, poniendo la mente en el Espíritu, volviéndose en el hombre interior hacia Dios.

Porque, a veces, estamos atentos solamente a nosotros mismos y al mundo, y no atentos a Dios en el Espíritu; pero el Señor mora en nuestro espíritu, y debemos volvernos al Señor en el espíritu. Poner la mente en el Espíritu es atender como siervos e hijos al Señor que se mueve en nuestro espíritu. Entonces, cuando él se está moviendo, nosotros estamos atentos; y así vamos siempre en la misma dirección en que él se mueve.

Porque nadie sabe, el que es nacido del Espíritu, de dónde viene y para dónde va; eso no es una cuestión ya sabida. No, lo único que hay que saber es atender a para dónde va él, y allí es donde hay que ir. ¿Ve? Atendiéndolo a él en el Espíritu,

discerniendo espiritualmente. «...*se han de discernir espiritualmente*», poniendo la mente en el Espíritu, atendiendo a lo que pasa en nuestro espíritu, cuál es la dirección que está tomando el río del Señor.

«En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo». Nosotros, la iglesia, tenemos la mente de Cristo; o sea, Cristo va renovando nuestra mente, poniendo la suya en la nuestra; poco a poco, los paradigmas de Cristo van siendo los nuestros. Pero eso tiene que ser de una manera fresca; los paradigmas de Cristo no son viejos, no son sólo eslogan; ni siquiera sólo versículos, aunque están en la Biblia y se pueden proclamar como eslogan y hasta cantar en marchas. Pero es la frescura del Espíritu, del *rhema*, el que los hace actuar. Amén.

Extractado de un mensaje impartido en Temuco, en agosto de 2008.

* * *

La necesidad de las ovejas

Cerca del poblado de Gevas al este de Turquía, mientras los pastores tomaban su desayuno, una de sus ovejas saltó por un precipicio de casi 14 metros y se mató. Luego, ante la mirada de asombro de los pastores, el resto del rebaño la siguió. En total, 1.500 ovejas se lanzaron ciegamente por el precipicio. La única buena noticia era que la caída de las últimas mil ovejas fue amortiguada por la creciente pila de lana de aquellas que habían saltado primero. En total, murieron 450 ovejas, según el diario The Washington Post.

A menudo la Biblia se refiere a los seres humanos como ovejas. Al distraerse fácilmente y al ser susceptibles a la influencia de grupo, preferimos seguir a la multitud que a la sabiduría del Pastor.

Así que la gran pregunta para nosotros es: ¿A quién estamos siguiendo? ¿Nos seguimos unos a otros? ¿Seguimos a pastores egocéntricos? ¿O seguimos la voz y la dirección del Buen Pastor?

MRD, en Nuestro Pan Diario, 2008 (adaptado)

El precio del amor

Cuando el Señor Jesús les da a sus discípulos por primera vez el mandamiento acerca del amor (en esa última noche con ellos), él también menciona el hecho de que se tiene que ir (Jn. 13:31-35). Entonces a Pedro le parece que, entre esos dos asuntos que el Señor ha tocado, el más importante es el hecho de que él los va a dejar solos.

Entonces pregunta: *“Señor, ¿a dónde vas?”* (13:36). El mandamiento del amor ha quedado en absoluto segundo plano. Es probable que Pedro ni siquiera lo haya oído – tan impactado quedó por la terrible noticia que el Señor acababa de dar.

Entonces Jesús vuelve sobre el asunto del amor un poco después, en el mismo discurso. Y lo reitera casi en los mismos términos: *“Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado”* (Jn. 15:12). Esto es algo nuevo para los discípulos, porque hasta ahora sólo habían estado envueltos en celos, rivalidades y envidias; no sabían amarse, ni menos en la medida en que él les amaba – *“como yo os he amado”*, dijo, es decir, poniendo la vida por ellos.

Luego el Señor agrega que ellos serán sus amigos sólo en la medida que hagan lo que les está mandando, es decir, sólo en la medida que se amen de esa manera (15:14). Los amigos de Cristo, se aman entre sí con el amor mayor, como él mismo lo hizo cuando, en obediencia al Padre, puso su vida por nosotros. Y ellos no son sólo amigos de Cristo, sino amigos entre sí (3 Juan 15).

A partir de este mandamiento, el amor no sería nunca más un asunto de doctrina, de palabras o de buenas intenciones, sino de dar la vida por los demás. No consistirá en dar cosas, exterioridades, sino darse a sí mismo, completamente. Esta es la medida del amor de Cristo. (Poco después de dar este mandamiento, Jesús colgaba de la cruz).

A nosotros nos pasa lo mismo que a Pedro: por algún tiempo nos interesan más los asuntos doctrinarios, escatológicos, y nos entretendemos con ellos como si fuesen juguetes en manos de un niño curioso, pero llega el tiempo en que las cosas de verdadero valor irrumpen con la fuerza del mandamiento único e insustituible: *“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”* (Jn. 13:35). Y comenzamos a amar de verdad, y comenzamos a morir. Este es el precio del amor.

LEGADO

Un nuevo y pernicioso tipo de evangelio se abre paso en la cristiandad en nuestros días.



La vieja y la nueva cruz

A. W. Tozer

Sin anunciar y casi sin ser detectada, ha entrado en el círculo evangélico una cruz nueva en tiempos modernos. Se parece a la vieja cruz, pero no lo es; aunque las semejanzas son superficiales, las diferencias son fundamentales.

Mana de esa nueva cruz una nueva filosofía acerca de la vida cristiana, y de esa filosofía procede una nueva técnica evangélica, con una

nueva clase de reunión y de predicación. Ese evangelismo nuevo emplea el mismo lenguaje que el de antes, pero su contenido no es el mismo, como tampoco lo es su énfasis.

La cruz vieja no tenía nada que ver con el mundo, para la orgullosa carne de Adán, significaba el fin del viaje. Ella ejecutaba la sentencia impuesta por la ley del Sinaí. En cambio, la cruz nueva no se opone a la

raza humana; antes al contrario, es una compañera amistosa y, si es entendida correctamente, puede ser fuente de océanos de diversión y disfrute, ya que deja vivir a Adán sin interferencias. La motivación de su vida sigue sin cambios, y todavía vive para su propio placer, pero ahora le gusta cantar canciones evangélicas y mirar películas religiosas en lugar de las fiestas con sus canciones sugestivas y sus copas. Todavía se acentúa el placer, aunque se supone que ahora la diversión ha subido a un nivel más alto, al menos moral aunque no intelectualmente.

La cruz nueva fomenta un nuevo y totalmente distinto trato evangelístico. El evangelista no demanda la negación o la renuncia de la vida anterior antes de que uno pueda recibir vida nueva, predica no los contrastes, sino las similitudes; intenta sintonizar con el interés popular y el favor del público, mediante la demostración de que el cristianismo no contiene demandas desagradables, antes al contrario, ofrece lo mismo que el mundo ofrece pero en un nivel más alto. Cualquiera cosa que el mundo desea y demanda en su condición enloquecida por el pecado, el evangelista demuestra que el evangelio lo ofrece, y el género religioso es mejor.

La cruz nueva no mata al pecador, sino que le vuelve a dirigir de nuevo en otra dirección. Le asesora y le prepara para vivir una vida más limpia y más alegre, y le salvaguarda el respeto hacia sí mismo, es decir, su 'auto-imagen' o la 'opinión de sí mismo'. Al hombre lanzado y confiado le dice: 'Ven y sé lanzado y confiado

para Cristo'. Al egoísta le dice: 'Ven y júctate en el Señor'. Al que busca placeres le dice: 'Ven y disfruta el placer de la comunión cristiana'. El mensaje cristiano es aguado o desvirtuado para ajustarlo a lo que esté de moda en el mundo, y la finalidad es hacer el evangelio aceptable al público.

La filosofía que está detrás de esto puede ser sincera, pero su sinceridad no excusa su falsedad. Es falsa porque está ciega. No acaba de comprender en absoluto cuál es el significado de la cruz.

La cruz vieja es un símbolo de muerte. Ella representa el final brutal y violento de un ser humano. En los tiempos de los romanos, el hombre que tomaba su cruz para llevarla. Ya se había despedido de sus amigos, no iba a volver, y no iba para que le renovasen o rehabilitasen la vida, sino que iba para que pusiesen punto final a ella. La cruz no claudicó, no modificó nada, no perdonó nada, sino que mató a todo el hombre por completo y eso con finalidad. No trataba de quedar bien con su víctima, sino que le dio fuerte y con crueldad, y cuando hubiera acabado su trabajo, ese hombre ya no estaría.

La raza de Adán está bajo sentencia de muerte. No se puede conmutar la sentencia y no hay escapatoria. Dios no puede aprobar ninguno de los frutos del pecado, por inocentes o hermosos que aparezcan ellos a los ojos de los hombres. Dios salva al individuo mediante su propia liquidación, porque después de terminado, Dios le levanta en vida nueva.

El evangelismo que traza paralelos amistosos entre los caminos de

Dios y los de los hombres, es un evangelio falso en cuanto a la Biblia, y cruel a las almas de sus oyentes. La fe de Cristo no tiene paralelo con el mundo, porque cruza al mundo de manera perpendicular. Al venir a Cristo no subimos nuestra vida vieja a un nivel más alto, sino que la dejamos en la cruz. El grano de trigo debe caer en tierra y morir.

Nosotros, los que predicamos el evangelio no debemos considerarnos agentes de relaciones públicas, enviados para establecer buenas relaciones entre Cristo y el mundo. No debemos imaginarnos comisionados para hacer a Cristo aceptable a las grandes empresas, la prensa, el mundo del deporte o la educación. No somos mandados para hacer diplomacia sino como profetas, y nuestro mensaje, no es otra cosa que un ultimátum.

Dios ofrece vida al hombre, pero no le ofrece una mejora de su vida vieja. La vida que Él ofrece es vida que surge de la muerte. Es una vida que siempre está en el otro lado de la cruz. El que quisiera gozar de esa vida tiene que pasar bajo la vara. Tiene que repudiarse a sí mismo y ponerse de acuerdo con Dios en cuanto a la sentencia divina que le condena.

¿Qué significa eso para el individuo, el hombre bajo condenación que quisiera hallar vida en Cristo Jesús? ¿Cómo puede esa teología traducirse en vida para él? Simplemente, debe arrepentirse y creer. Debe abandonar sus pecados y negarse a sí mismo. ¡Que no oculte ni defienda ni excuse nada! Tampoco debe regatear con Dios, sino agachar la cabeza ante la

vara de la ira divina y reconocer que es reo de muerte.

Habiendo hecho esto, ese hombre debe mirar con ojos de fe al Salvador; porque de Él vendrá vida, renacimiento, purificación y poder. La cruz que acabó con la vida terrenal de Jesús es la misma que ahora pone final a la vida del pecador; y el poder que resucitó a Cristo de entre los muertos, es el mismo que ahora levanta al pecador arrepentido y creyente para que tenga vida nueva junto con Cristo.

A los que objetan o discrepan con esto, o lo consideran una opinión demasiado estrecha, o solamente mi punto de vista sobre el asunto, déjeme decir que Dios ha sellado este mensaje con Su aprobación, desde los tiempos del Apóstol Pablo hasta el día de hoy. Si ha sido proclamado en estas mismísimas palabras o no, no importa tanto, pero sí que es y ha sido el contenido de toda predicación que ha traído vida y poder al mundo a lo largo de los siglos. Los místicos, los reformadores y los predicadores de avivamientos han puesto aquí el énfasis, y señales y prodigios y repartimientos del Espíritu Santo han dado testimonio juntamente con ellos de la aprobación divina.

¿Nos atrevemos, pues, a jugar con la verdad cuando somos conocedores de que heredamos semejante legado de poder? ¿Intentaríamos cambiar con nuestros lápices las rayas del plano divino, el modelo que nos fue mostrado en el Monte? ¡En ninguna manera! Prediquemos la vieja cruz, y conoceremos el viejo poder.

* * *

Extractos de las últimas cartas escritas por Bonhoeffer en su celda antes de su ejecución.



Cartas desde la prisión (Fragmentos)

Dietrich Bonhoeffer

Tegel, 21 de julio de 1944.

Querido Eberhard:¹

Durante estos últimos años he aprendido cada vez más a ver y comprender la profun-

da intramundanía² del cristianismo. El cristiano no es un homo religiosus, sino sencillamente un hombre, tal como Jesús, a diferencia quizá de Juan el Bautista, fue hombre.

¹ Se trata de Eberhard Bethge, discípulo y amigo de Bonhoeffer. Bethge editó posteriormente y publicó las cartas en 1950, bajo el título *Resistencia y Sumisión*. Los extractos que se incluyen aquí han sido tomados de la versión ampliada de 1970 (En español, publicado por Ed. Sigueme, Salamanca, 2004).

² Intramundanía: (alemán: weltlich): o, mundanidad, o, en la realidad de este mundo.

No me refiero a una intramundanía banal y vulgar, como la de los hombres ilustrados, activos, cómodos o lascivos, sino a la profunda intramundanía que está llena de disciplina, en la que se halla siempre presente el conocimiento de la muerte y la resurrección. (...)

Cuando uno ha renunciado por completo a ser algo, tanto un santo como un pecador convertido o un hombre de iglesia (lo que llamamos una figura sacerdotal), un justo o un injusto, un enfermo o un sano –y esto es lo que yo llamo intramundanía, es decir, vivir en la plenitud de tareas, problemas, éxitos, fracasos, experiencias y perplejidades– entonces se arroja uno por completo en los brazos de Dios, entonces ya no nos tomamos en serio nuestros propios sufrimientos, sino los sufrimientos de Dios en el mundo, entonces velamos con Cristo en Getsemaní. Creo que esto es la fe, la *metanoia*, y así nos hacemos hombres, cristianos (Cf. Jeremías 45). ¿Cómo habríamos de ser arrogantes a causa de nuestros éxitos o sentirnos derrotados ante nuestros fracasos, si en la vida intramundana también nosotros sufrimos la pasión de Dios? (...)

Que Dios nos conduzca amablemente a través de esta época; pero, sobre todo, que nos conduzca a Sí mismo.

Que te vaya bien, permanece sano y no dejes que se hunda la esperanza de volvernos a encontrar pronto.

Piensa siempre en ti, con fidelidad y agradecimiento, tu

Dietrich

Tegel, 14 de agosto de 1944

Querido Eberhard:

Seguramente ningún otro estado de ánimo nos llena de mayor felicidad que el advertir que podemos ser algo para los demás. Aquí no importa el número, sino sólo la intensidad. Al fin y al cabo, las relaciones humanas son las más importantes de la vida; y esto no lo puede cambiar el «hombre ejecutivo» de hoy día, ni tampoco los semidioses o los locos que no saben de tales relaciones. El mismo Dios se deja servir por nosotros en lo humano. Todo lo demás está muy próximo a la *hybris*. Ciertamente es que un cultivo demasiado consciente de estas relaciones humanas y de la importancia mutua de los unos para con los otros puede conducirnos a un culto de lo humano que no sea conforme con la realidad. Pero frente a ello me refiero aquí al simple hecho de que en la vida los hombres nos importan mucho más que cualquier otra cosa.

Esto no significa en modo alguno que yo menosprecie el mundo de las cosas y de las realizaciones objetivas. Pero, ¿qué significan para mí el libro o el cuadro, la casa o la hacienda más hermosos comparados con mi esposa, con mis padres o mi amigo? Claro está que sólo puede hablar así quien ha encontrado realmente personas en su vida. En cambio, para muchos de nuestros contemporáneos las personas no son más que una parte del mundo de las cosas. Eso se debe a que carecen de la experiencia de lo humano. Nosotros hemos de estar muy satisfechos de que esta experiencia nos haya sido abundantemente donada en nuestra vida. Y un cum-

pleaños³ es el día adecuado para alegrarse todos juntos por ello, y para ser conscientes de ello con agradecimiento.

Con fidelidad y agradecimiento, te saluda tu

Dietrich

Tegel, 21 de agosto de 1944

Querido Eberhard:

Todo cuanto tenemos el derecho de esperar y pedir a Dios, lo encontramos en Jesucristo. El Dios de Jesucristo no tiene nada que ver con lo que debería, tendría y podría hacer el Dios que nos imaginamos.

Hemos de sumergirnos incesantemente durante mucho tiempo y con mucha paz en la vida, las palabras, los actos, los sufrimientos y la muerte de Jesús, para así darnos cuenta de lo que Dios promete y cumple.

Es cierto que siempre nos es permitido vivir en la proximidad y en presencia de Dios, y que esta vida es para nosotros una vida completamente nueva: es cierto que nada nos es imposible, porque nada es imposible a Dios; que ningún poder terrenal nos puede tocar sin la voluntad de Dios, y que el peligro y la necesidad nos acercan aún más a Dios. Es cierto que no tenemos derecho a ninguna reivindicación, pero sí a toda súplica; es cierto que en el sufrimiento se esconde nuestra alegría, y en la muerte nuestra vida; es cierto que, en todos estos aspectos, formamos parte de una comunidad que nos sostiene. Dios ha sido su sí y su amén a todo esto en Jesús. Este sí y amén es el fir-

³ Carta enviada con motivo del cumpleaños de Eberhard.

me suelo en que nos encontramos.

En esta época turbulenta olvidamos continuamente la razón por la cual de hecho vale la pena vivir. Creemos que porque tal o cual persona vivan, también tiene sentido que vivamos nosotros. Pero la realidad es ésta: si se consideró que la tierra era digna de albergar al hombre Jesucristo, entonces y sólo entonces tiene sentido que nosotros, los hombres, vivamos. Si Jesús no hubiese vivido, entonces nuestra vida –a pesar de todos los demás hombres que conocemos, honramos y amamos– estaría falta de sentido. Quizás en estos tiempos no veamos con claridad el significado y la misión de nuestra profesión. Pero, ¿no podemos expresarlo así, en su forma más sencilla? Porque el concepto tan poco bíblico del «sentido» sólo es una traducción de lo que la Biblia llama «promesa».

Te da las gracias por todo y piensa fielmente en ti,

Dietrich

Tegel, 23 de agosto de 1944

Querido Eberhard:

Es siempre una alegría grande y difícil de describir el recibir saludos tuyos. Especialmente bella es la paz que emanaba tu último saludo. (...)

Por favor no te preocupes ni te inquietes nunca por mí; pero no olvides la oración de petición; aunque no dudo que lo harás. Estoy tan convencido de que la mano de Dios me guía, que espero ser siempre mantenido con esta certeza. No debes dudar nunca de que recorro con gratitud y alegría el camino por el que soy conducido. Mi vida pasada está colmada

de la bondad de Dios, y sobre la culpa se halla el amor perdonador del Crucificado. Mi mayor gratitud se despierta por las personas que he conocido de cerca, y sólo deseo que nunca se aflijan por mí, sino que también ellas puedan tener la agradecida certeza de la bondad y el perdón de Dios. Perdona que escriba estas cosas. Por favor, no dejes ni por un momento que te entristezcan o te intranquilicen: que sirvan tan sólo para alegrarte de verdad. Quería decirlas una vez por lo menos, y no sabía a quién, fuera de ti, podía colocárselas de tal manera que las escuchase tan sólo con alegría. (...)

Con gratitud y fidelidad y diaria plegaria te recuerda, tu

Dietrich

Queridos padres:

Os escribo también hoy con motivo de la ofrenda popular⁴, y quisiera

⁴ Se refiere a una 'ofrenda' propagada por Goebbels, que dio oportunidad de enviar esta carta.

rogaros que dispongáis por completo de mis cosas.(...) Dad sin reparos todo lo que sirva para algo (...) Durante estos dos últimos años he aprendido con qué poco se las arregla un hombre. En la inactividad de una larga detención, uno experimenta la fuerte necesidad de hacer, dentro de los estrechos límites, todo lo que sea posible por el conjunto general. Seguramente vosotros podréis comprenderlo.

Si tenemos en cuenta que muchas personas pierden a diario todo cuanto les pertenece, no tenemos derecho a reclamar ninguna posesión. Sé que vosotros tenéis la misma opinión, y por mi parte me gustaría participar personalmente en el asunto. (...)

Ya estoy bien. Que conservéis la salud. Muchas gracias por todo. Muchos saludos y gracias a María. También a todos los hermanos y a la suegra.

Os saluda cordialmente vuestro
agradecido,

Dietrich



Semblanza de Dietrich Bonhoeffer, pastor y teólogo alemán del siglo XX.



Testigo de Cristo en tiempos de guerra

Dietrich Bonhoeffer, pastor y teólogo protestante alemán, es una de las figuras más brillantes y sugestivas de la reciente historia de la Iglesia.

Como teólogo, las ideas de Bonhoeffer sobre un «cristianismo laico», y su ética denominada «situacional», que fueron reforzadas por su propio

martirio, ejercieron una considerable influencia sobre el pensamiento protestante de posguerra en Gran Bretaña y América.

Muchas facciones denominacionales y diversos grupos lo reclaman como su vocero, pero es su vida notable y su autoría de difíciles obras devocionales y académicas que le

han ganado un lugar en la historia de la iglesia del siglo veinte.

De índole pacífica, formó parte de la resistencia contra el terror nacionalsocialista alemán, primero comprometiéndose desde el seno de la Iglesia Confesional –que ayudó a fundar– y, más tarde, colaborando con los conspiradores en torno al almirante Canaris contra Adolf Hitler.

Bonhoeffer fue arrestado en marzo de 1943, encarcelado, y ahorcado poco antes del fin de la guerra.

Familia y juventud

Bonhoeffer nació en Breslau, Silesia (hoy parte de Polonia), el 4 de febrero de 1906, en una época en que todo parecía sonreír, porque aún no se manifestaban los graves problemas sociales que estaban gestándose en oculto.

La familia en la que se forma el joven Bonhoeffer, pertenece a la élite cultural del Imperio alemán. Dietrich es el sexto de ocho hermanos. Su padre, Karl Bonhoeffer, era un psiquiatra prominente en Berlín. Su madre, Paula, descendía de una familia de nobles, los von Hase; era una de las pocas mujeres de la época que ostentaba título universitario. Su abuelo materno era catedrático de teología, además de ejercer a veces de predicador de la corte del emperador Guillermo II. La familia de su abuela destaca por sus dotes musicales y artísticas. (De hecho, su abuela materna, talentosa pianista, había sido discípula de Franz Liszt).

Paula, maestra de profesión, se hizo cargo de la educación primaria de sus hijos, hasta que iniciaron sus

estudios de bachillerato. Es una familia en la que impera la tolerancia – aunque se sigue manteniendo la estructura patriarcal. A sus hijos se les inculca el sentido de responsabilidad y la autodisciplina, a la vez que un sentimiento solidario y una mente abierta.

En 1912, la familia Bonhoeffer se traslada a Berlín. El padre se hace cargo de la cátedra más importante de Psiquiatría y Neurología de Alemania y, a la vez, de la gestión de la ‘Charité’, famosa clínica universitaria de neurología de la Corona prusiana. A partir de 1916, la familia vive en el elegante barrio de Grunewald, donde residen muchos catedráticos e intelectuales. Aquí viven, entre otros, el teólogo liberal Adolf von Harnack, y el que más tarde será nombrado premio Nobel de Física, Max Planck.

Para los Bonhoeffer, la Primera Guerra Mundial deja una estela fatal. El hijo mayor, Walter, muere, tras sufrir graves heridas, el último año de la guerra.

Dietrich comienza sus estudios universitarios en 1923, recién cumplidos los 17 años, coincidiendo con el punto álgido de la profunda crisis económica en Alemania después de la guerra. Su decisión de estudiar teología sorprende a la familia, dado que eran indiferentes en materia religiosa. Aunque en la familia había teólogos, la mayoría de los Bonhoeffer se inclina por carreras dentro de las Ciencias Naturales y del Derecho.

Su hermano mayor (próximo a ser un físico distinguido) intentó disuadirlo de su decisión, arguyendo que la iglesia era débil, tonta, inaplicable

e indigna del compromiso de por vida de un hombre joven. «Si la iglesia es realmente como tú dices», contestó el joven sobriamente, «entonces tendré que reformarla».

Dietrich inició sus estudios de teología en la universidad de Tübingen y los terminó en Berlín. Los profesores Adolf Schlatter y Adolf von Harnack son los que mayor influencia ejercieron en el joven estudiante. Al teólogo reformista Karl Barth no lo llegará a conocer hasta más adelante.

En la Universidad de Berlín, recibió su doctorado en teología con honores a la edad de 21 años. Su disertación doctoral expuso su brillantez en un amplio frente, y lo introdujo entre los eruditos internacionalmente conocidos. Ya durante una estada anterior en Roma, Bonhoeffer toma conciencia del que va a ser el tema principal de su pensamiento teológico: la Iglesia. Un descubrimiento que por primera vez se manifestará literariamente en su tesis doctoral «*Sanctorum Communio* – una investigación dogmática acerca de la sociología de la Iglesia». «Cristo existe en la comunidad» es el *leitmotiv* de este temprano trabajo.

Resulta asombroso que un joven estudiante de 21 años escriba una reflexión dogmática sobre la sociología de la Iglesia a partir de Cristo. Reflexionar a partir de Cristo sobre lo que la Iglesia debería ser, parecía incongruente. Para Bonhoeffer, la Iglesia, mucho más que una institución, es Cristo que existe bajo forma de Iglesia. Cristo no está un poco presente a través de la Iglesia, no; existe

hoy para nosotros bajo forma de Iglesia. Es Él quien asume nuestra suerte, el que ha tomado nuestro lugar.

Después de terminar su carrera, Bonhoeffer, en 1929, se va por un año a Barcelona. Allí, como vicario de una parroquia de habla alemana en el extranjero, conocerá más de cerca la vida de iglesia.

Como en 1930 tenía menos de 25 años, las regulaciones de la iglesia alemana le impedían ser ordenado. Esto le dio ocasión de pasar un año estudiando un post-grado en el *Union Theological Seminary* de Nueva York.

Al igual que unos años antes en Roma, el encuentro con un mundo y una iglesia diferentes le marcarán para el futuro. Dietrich está impresionado por Nueva York, debido a la crisis económica que la afecta.

En el *Union Theological Seminary* hay alumnos de distintas creencias, procedentes de diversos países. A él le consternó la frivolidad con la cual los estudiantes americanos se acercaban a la teología. Incapaz de permanecer en silencio al respecto, él informó a los futuros pastores: «En este seminario liberal los estudiantes se ríen con desprecio de los fundamentalistas en América, cuando todos los fundamentalistas saben mucho más de la verdad y de la gracia, la misericordia y el juicio de Dios».

Cerca del Seminario está Harlem. Dietrich Bonhoeffer conocerá la situación de la población negra en los *ghettos* a través de sus amigos, especialmente a través de su compañero negro Frank Fisher. También conocerá entonces las tiendas-iglesias en los suburbios de la ciudad.

Dietrich Bonhoeffer tendrá también una gran amistad con otro de sus compañeros: El pastor francés Jean Lasserre, que es pacifista. Basa esta actitud suya en el Sermón del Monte, en la bienaventuranza de todos aquellos que siguen la paz y en la exigencia del amor hacia el enemigo. En qué medida le llegan a impresionar estas ideas de su amigo, se verá en el rumbo que tomará la vida de Bonhoeffer. Unos años después, en una carta que escribe a su hermano mayor Karl Friedrich, reconoce que el encuentro con este amigo es el que le ha revelado la verdadera esencia de ser cristiano.

Bonhoeffer, el valiente opositor

De vuelta en Berlín, Bonhoeffer se ve confrontado también en Alemania con graves problemas sociales, de dimensiones desconocidas hasta entonces. En esas circunstancias, el partido dirigido por Adolf Hitler, la NSDAP, gana muchos adeptos. Bajo la dirección de Joseph Goebbels, el nazismo logra convertirse en un movimiento de masas, que alcanza todas las clases sociales.

Ya antes de su estadía en Nueva York, Bonhoeffer, con su trabajo filosófico-religioso *«Acción y Ser»*, había obtenido la cátedra en la especialidad de Teología Sistemática en la Universidad Friedrich-Wilhelm de Berlín. Era el docente no numerario más joven de la Universidad. Sus clases y seminarios destacaban por un enfoque poco convencional en las cuestiones de fe cristiana. Una serie de reuniones y excursiones organizadas fuera del ámbito universitario contri-

buyeron a la creación de un círculo de estudiantes en torno a Bonhoeffer, a partir del cual se formaría un grupo de estrechos colaboradores en los enfrentamientos internos de la Iglesia después de 1933.

Además, ejerce de pastor para los estudiantes de la Escuela Técnica Superior de Charlottenburg. Es entonces cuando recibe el encargo de la autoridad eclesiástica de preparar, en un barrio de trabajadores, a un grupo de adolescentes «indisciplinados» para la confirmación. La «nueva parroquia» de Bonhoeffer en la Iglesia de Sión rompe con la barrera social de la iglesia burguesa. Bonhoeffer alquila una habitación en Alexanderplatz para poder vivir cerca de sus pupilos. Después de celebrar la confirmación, se los lleva a la residencia de verano de sus padres.

Al mismo tiempo, desarrolla con sus amigos y estudiantes el proyecto de un centro juvenil para jóvenes desempleados por sugerencia de la Asociación de Trabajo Social. El proyecto no se llevará a cabo debido a la subida al poder de los nacional-socialistas: Una de sus colaboradoras, Anneliese Schnurmann, era judía.

El 30 de enero de 1933, Adolf Hitler es nombrado canciller del Reich alemán. Dos días después, Hitler pronuncia su primer discurso radiofónico al pueblo alemán. Coincide que ese mismo día también está programada una conferencia de Bonhoeffer en la radio. Su tema era «El Führer y la individualidad en la generación joven». Bonhoeffer no puede terminar su conferencia radial; la emisión es interrumpida por la di-

rección. Poco después se desata la represión nazi.

En el mes de julio, el Estado llega a un concordato con la Iglesia Católica, y luego, con ayuda de los «Cristianos alemanes», una agrupación vinculada a la NSDAP, intenta asimilar a la Iglesia Protestante. Se procede a unificar las diferentes iglesias regionales, hasta entonces independientes, en una Iglesia centralizada del Reich. Pronto el control será total.

La iglesia en Alemania luchaba por su vida. Y surgen dilemas como el siguiente: ¿Vivía la iglesia sólo para el evangelio, o debía rendirse al estado para reforzar la ideología del estado? Un viejo profesor de teología que se había conformado a la ideología nazi para no perder su trabajo comentó: «Es una gran lástima que nuestra mejor esperanza en la facultad se esté perdiendo en la lucha de la iglesia». Mientras la lucha se intensificaba, los sermones de Bonhoeffer llegaron a ser los más consoladores, los más seguros de la victoria de Dios, y los más desafiantes.

Surge la Iglesia Confesional

Como consecuencia del intervencionismo estatal en el seno de la Iglesia surge la oposición, en la que también participa Bonhoeffer. A partir de esta oposición se forma la Iglesia Confesional. Sus representantes más significativos son, aparte de Bonhoeffer, Karl Barth y Martin Niemöller. Barth es el autor de la Declaración de Barmen, que sostiene que la unión de la fe y de la Iglesia está sujeta sólo a «Jesucristo tal como se nos da a conocer en las Santas Escrituras».

Esta iglesia es llamada «confesional» porque confesaba que podía haber sólo un *führer* o líder para los cristianos, y éste no era Hitler, sino Cristo. Entre tanto, los obispos luteranos permanecían silenciosos en la esperanza de preservar la unidad institucional, y la mayoría de los pastores temerosos opinaban que no era necesario jugar a ser héroes confesionales. Frente a tal cobardía ministerial, Bonhoeffer advirtió a sus colegas que no debían intentar convertir a Hitler, sino que tenían que asegurarse de ser convertidos ellos mismos. En las reuniones generales, Alemania seguirá siendo representada tanto por la Iglesia Confesional como por la Iglesia del Reich, y los luteranos, que se mantienen neutrales.

Más tarde, un obispo anglicano que le conoció en Inglaterra, escribió de Bonhoeffer: «Él era claro como el cristal en sus convicciones; y joven como él era, y humilde de corazón como él era, él vio la verdad y la declaró con total ausencia de temor». El propio Bonhoeffer escribió a un amigo acerca de este tiempo: «Cristo está mirando abajo hacia nosotros y está preguntando si hay aún alguna persona que lo confiese a él».

Bonhoeffer ayudó a Martin Niemöller a organizar «Pfarrernotbund», una federación para el apoyo de los pastores afectados por la represión de las autoridades eclesiásticas cristiano-alemanas, o incluso por la 'ley aria'.

En agosto de 1934 tiene lugar en la isla danesa de Fanø una Conferencia de Jóvenes por la Unidad. En uno de los discursos allí, Bonhoeffer dice:

«¿Cómo se hace la paz? ¿Quién puede proclamar la paz de forma que lo oiga todo el mundo, que todo el mundo se sienta obligado a oírlo? Sólo uno, el gran Concilio mundial de la santa iglesia de Cristo lo puede decir tan alto como para que el mundo se sienta obligado a oír el mensaje de paz, y que los pueblos se alegren de que esta iglesia de Cristo les quite en nombre de Cristo las armas de las manos a sus hijos, y les prohíba la guerra y proclame la paz de Cristo en este mundo enfurecido».

Debido a su estancia en Nueva York, para Bonhoeffer la unidad se convierte en el principal objetivo de su interés eclesiástico y teológico. Los esfuerzos de las iglesias cristianas por unificar la fe y la práctica, están para él muy relacionados desde el principio con los esfuerzos por mantener la paz, ahora amenazada. Como Secretario de la «Liga Internacional de Cooperación Amistosa de las Iglesias» colabora en la organización de

se encuentra frecuentemente con George Bell, el obispo de Chichester; acaban siendo muy amigos.

Seminario de predicadores

A partir de abril de 1935, Dietrich Bonhoeffer dirige, por orden de la Iglesia Confesional, el seminario de predicadores en Finkenwalde, cerca de Stettin, Pomerania, en el que prepara a los jóvenes como pastores protestantes. Era una especie de monasterio protestante, y fue responsable de muchas de sus consideraciones acerca de la vida cristiana en lo que se refiere a la comunión.

A fines de ese mismo año son declaradas ilegales todas las escuelas y seminarios de predicadores de la Iglesia Confesional. Por su parte, ninguna de las facultades universitarias de teología había hecho causa común con este Seminario. Bonhoeffer comentó concisamente: «Hace tiempo que he dejado de creer en las universidades».

«Él era claro como el cristal en sus convicciones; y joven como era, y humilde de corazón como era, vio la verdad y la declaró con total ausencia de temor».

una serie de conferencias relacionadas con los esfuerzos por la paz por parte de los cristianos.

Entre 1933 y 1935, fue pastor de dos iglesias de habla alemana en Londres: St. Paul y Sydenham. Había aceptado este cargo en el extranjero, porque le había decepcionado la casi total pasividad inicial de la oposición interna de la Iglesia. En Londres, él

Bonhoeffer les ofrece dos opciones a los jóvenes estudiantes – quedarse o marcharse. La mayoría de ellos se quedan. Es tiempo de grandes decisiones. En su obra *Nachfolge* comentará el sentir de todos en ese momento: «Los vínculos son destruidos y simplemente caminamos hacia adelante. Hemos sido elegidos y debemos ‘abandonar’ la existencia que

teníamos hasta ahora... Lo viejo se queda atrás, se entrega del todo... El llamamiento a la sucesión entonces significa la vinculación únicamente a la figura de Jesucristo y la transgresión de toda legalidad por la gracia de aquél que llama».

El círculo se sigue cerrando sobre la Iglesia Confesional; la oposición se hace muy hostigosa y algunos claudican. No obstante, Bonhoeffer y otros, continúan firmes. Él es considerado «la cabeza pensante» de esta minoría, que acaba convirtiéndose en una 'contraiglesia' ilegal. El gobierno actuará contra ellos con todo tipo de represalias, al principio aún moderadamente, ya que en 1936 los Juegos Olímpicos tendrán lugar en Berlín, y les conviene tener de su parte la opinión pública internacional.

En Finkenwalde no sólo se trata de transmitir conocimientos teológicos, sino también de experimentar un nuevo estilo de vida, pues ninguno de ellos podrá contar con un trabajo remunerado en la iglesia oficial. El seminario se convierte en un lugar de autoconocimiento así como en un experimento de intensa convivencia: oficios matutinos y vespertinos, momentos para la meditación y el silencio, debates teológicos, pero también actividades culturales y deportivas comunes. Los libros más conocidos de Bonhoeffer datan de la época de Finkenwalde: «*El costo del discipulado*» (un comentario del Sermón del Monte) y «*Vida en comunión*».¹ ¡Cuánta enseñanza y bendición surgió de esta verdadera escuela de obreros!

¹ Un extracto de «Vida en Comunión» fue publicado en Aguas Vivas N° 47, pp. 49-56.

El título en alemán de «*El costo del discipulado*» es *Nachfolge*, 'seguir'. Esta palabra lo dice todo del libro. En él se exige una vida radical para el cristiano que quiere ser un auténtico discípulo de Cristo. Para Bonhoeffer, *seguir* quiere decir reconocer que si Jesús es verdaderamente lo que dijo de sí mismo, él tiene derecho a todo en nuestra vida. Ninguna relación humana puede prevalecer contra él. Bonhoeffer cita las palabras de Cristo llamando a dejar a sus padres, la familia, todos sus bienes.

Una de las mayores preocupaciones de Bonhoeffer en este libro es «la gracia barata». Esta es una gracia que ha sido tan diluida que ya no se asemeja a la gracia del Nuevo Testamento, la *gracia costosa* de los Evangelios.

Con la expresión *gracia barata*, él alude a la gracia que ha traído caos y destrucción; es el asentimiento intelectual a una doctrina sin una verdadera transformación en la vida del pecador. Es la justificación del pecador sin las obras que deben acompañar el nuevo nacimiento. «Es la predicación del perdón sin requerir arrepentimiento, el bautismo sin la disciplina de la iglesia, la comunión sin la confesión, la absolución sin la confesión personal. La gracia barata es la gracia sin discipulado, la gracia sin la cruz, la gracia sin Jesucristo, vivo y encarnado».

La verdadera gracia, según Bonhoeffer, es una gracia que le costará la vida a un hombre. Es la gracia hecha costosa por la vida de Cristo, que fue sacrificada para comprar la redención del hombre. La gracia barata surgió del deseo del hombre de ser

salvado, pero sin convertirse en discípulo. El sistema doctrinal de la iglesia, con sus listas de códigos de comportamiento, se convierte en un sustituto para el Cristo vivo, y esto abarata el significado del discipulado. El verdadero creyente debe resistir la gracia barata e ingresar a la vida de discipulado activo. La fe ya no puede significar quedarse quieto y esperar; el cristiano debe levantarse y seguir a Cristo.

Es aquí donde Bonhoeffer hace uno de sus reclamos más perdurables sobre la vida del verdadero cristiano. Escribe que «sólo el que cree es obediente, y sólo el que es obediente cree». Los hombres se han vuelto blandos y complacientes en la gracia barata y, por lo tanto, están aislados de la gracia más costosa de la abnegación y la humillación personal. Bonhoeffer creía que la enseñanza de la gracia barata provocaba la ruina de más cristianos que cualquier mandamiento de realizar obras.

La causa judía

La Gestapo cierra Finkenwalde en agosto de 1937 y arresta a 27 ex alumnos. Sin embargo, la formación clandestina de predicadores continúa durante un tiempo en diversos lugares alternativos. Bonhoeffer insistía no sólo en la libertad de predicar el Evangelio; también estaba listo para arriesgar su vida como un cristiano que se resistía a Hitler y que ayudaba a los judíos a evitar su captura. Como consecuencia de esto último, el 5 de agosto de 1936 le retiraron la autorización para enseñar en la Universidad de Berlín.

Ya desde el principio, los nazis dejan muy claro que la lucha contra los judíos y el judaísmo es el punto central de su programa. El 1 de abril de 1933 se inicia el boicot contra las tiendas judías. En septiembre de 1935, las «leyes raciales de Nuremberg» declaran a los judíos ciudadanos sin derechos. El rótulo «Absténganse judíos» se encuentra en cines y piscinas, restaurantes y universidades. Están prohibidos los 'matrimonios mixtos', proscritas las relaciones amorosas entre 'arios' y judíos.

El 9 de noviembre de 1938 son devastados las sinagogas, las tiendas y los domicilios de los judíos. El pogrom, que los nacionalsocialistas denominan eufemísticamente «*la noche de los cristales rotos*», significa el comienzo de una avalancha de persecuciones; millones de judíos, conforme al decreto de 'la solución final de la cuestión judía', acabarán en los campos de exterminio.

En el Tercer Reich, pocos cristianos alzan su voz en contra de la discriminación y la persecución continuas de los judíos. Bonhoeffer es uno de ellos. Retrospectivamente reconoce en ello el gran fracaso de la Iglesia, que sólo se había comprometido con 'la cuestión judía' en la medida en que ésta afectaba a sus propios asuntos. Bonhoeffer sostenía que «una iglesia es una iglesia, cuando existe para los que no pertenecen a ella», y proclamó su «obligación incondicional para con las víctimas de todo sistema social, incluso si no pertenecen a la comunidad cristiana».

En abril de 1933, en una conferencia de pastores berlineses, Bonhoeffer insistió en que la resistencia política

se hacía imprescindible, como reacción a la privación de derechos que sufrían los judíos. La discriminación de los 'no-arios' también afecta a la familia Bonhoeffer: Gerhard Leibholz, catedrático de Derecho Público en Gotinga y esposo de la hermana gemela de Dietrich, Sabine, es uno los proscritos. Acaba emigrando con su familia a Londres, al igual que el pastor Franz Hildebrandt, amigo de confianza de Bonhoeffer desde su etapa universitaria. Ya en 1933/34, durante su estancia como pastor en Londres, Bonhoeffer llegó a conocer el destino de muchos de estos emigrantes judíos alemanes.

La tensión aumenta

El 1 de septiembre de 1939 Hitler ataca Polonia. Ese mismo año, Bonhoeffer es llamado a las filas. La situación cada vez más crítica de la Iglesia Confesional lo enfrenta a una situación completamente diferente. Piensa en emigrar. Algunos amigos suyos de Nueva York le reclaman para impartir clases en el *Union Theological Seminary*. Así consigue una prórroga y viaja a Estados Unidos.

Tras una dura lucha interior, cinco semanas después, Bonhoeffer, ante la amenaza de guerra, decide volver a Alemania. Él creía que era necesario sufrir con su pueblo si quería ser un ministro efectivo después de la guerra. Volvía, además, con el propósito de apoyar a la resistencia. Quiere colaborar, obstruyendo «la rueda de la maquinaria opresora y mortal».

Los contactos y actividades de Bonhoeffer lo convirtieron en uno de los principales sospechosos para la

Bonhoeffer insistía no sólo en la libertad de predicar el Evangelio; también estaba listo para arriesgar su vida como un cristiano que se resistía a Hitler y que ayudaba a los judíos a evitar su captura.

policía secreta y los servicios de seguridad del Reich. Luego de clausurar el Seminario por segunda vez en 1940, la Gestapo le prohibió hablar, predicar o publicar sus escritos.

Entonces Bonhoeffer prueba un nuevo frente de acción. Al igual que muchos de sus familiares, él estaba convencido de que la resistencia sólo podía tener éxito si lograban ganar para su causa a algún alto mando del ejército. Por mediación de su cuñado Hans von Dohnanyi, se incorpora como colaborador civil al equipo del almirante Canaris en el departamento de «Países Extranjeros/Defensa» del Alto Mando de la Wehrmacht (el ejército del Tercer Reich). Oficialmente se ocupa de cometidos militares, pero en realidad conspira contra el régimen.

En esta condición, Bonhoeffer realiza varios viajes a Ginebra, Suecia, Noruega y Roma, para sondear las posibilidades y condiciones de paz

con los Aliados. Asimismo participa en los preparativos del «Proyecto 7», que se ocupará de sacar del país a los judíos en peligro. Su oficina se encuentra en Munich, y durante sus estancias 'oficiales' allí, suele retirarse al monasterio de Ettal, donde redacta varias partes de su «Ética», en el invierno de 1940/41.

Durante su estadía en Suecia, en mayo de 1942, Bonhoeffer se contacta con la Oficina Extranjera Británica. Lleva ofertas concretas del círculo de resistencia liderado por el general Hans Oster y por el general Ludwig Beck. La propuesta es rechazada.

Bonhoeffer mantiene estrechos contactos con Carl F. Goerdeler y otros opositores alemanes. Inicialmente habían ideado la detención y enjuiciamiento de Hitler, planes que no se pudieron llevar a cabo. Los triunfos militares de los primeros años de la guerra tampoco hacen factible un golpe de estado. Precisamente, debido a la lealtad inquebrantable de gran parte de la población y del ejército hacia Hitler, surge el plan de matarle, con la intención de desarticular así el poderoso aparato estatal. Sin embargo, todos los atentados contra Hitler fracasan.

Es en este punto donde, para muchos, la ética de Bonhoeffer se torna polémica, y por lo cual él ha llegado a ser uno de los teólogos más controvertidos. Pero sea cual sea el juicio que tengamos del asunto (desde nuestra cómoda posición a la distancia), lo cierto es que, en medio del fragor de los acontecimientos, Bonhoeffer tomó una opción, y "entró de lleno en la tempestad de la vida".

En la prisión militar de Tegel

En abril de 1943, tras dos atentados frustrados, en los que estaba involucrado el grupo de Canaris, Bonhoeffer es detenido en casa de sus padres en Berlín, y encerrado en la prisión militar de Tegel. Al mismo tiempo, la Gestapo detiene a su hermana Christine y a su cuñado, Hans von Dohnanyi.

En los primeros días, la impotencia, la soledad y el miedo a la tortura le mortifican. Hubo planes para ayudarlo a escapar, pero él declinó escaparse a fin de que su familia no sufriese represalias. Junto a von Dohnanyi y al Dr. Müller, otro de los colaboradores del Departamento de Defensa en Munich, Bonhoeffer es procesado por alta traición.

Sin embargo, las investigaciones llevadas a cabo por el Tribunal de Guerra no dejan entrever ningún hecho que justifique tal acusación. La familia y los amigos de Bonhoeffer se esfuerzan en tejer una red de camuflaje, que se mantendrá intacta hasta el 20 de julio de 1944.

Bonhoeffer sabía que es en el lugar donde estamos, por la providencia de Dios, donde debemos ejercitar el ministerio que Dios nos ha dado. Su ministerio de ahí en adelante en la prisión fue una articulación y una encarnación del evangelio – consuelo para sus compañeros que aguardaban la muerte. Payne Best, un capitán inglés, sobrevivió para rendir tributo al pastor del campo de prisioneros: «Bonhoeffer era diferente, muy tranquilo y normal. Su alma realmente brillaba en la oscura desesperación de nuestra prisión. Él era uno de los

escasos hombres que he encontrado alguna vez para quienes Dios es real y siempre está cerca». Así oraba Bonhoeffer en la cárcel: «Dios, reúne mis pensamientos hacia ti. Junto a ti está la luz, tú no me olvidas. Junto a ti, el auxilio; junto a ti, la paciencia. No comprendo tus sendas, pero tú conoces el camino para mí».

Las cartas y notas escritas por él en aquellos años se conservan en su mayoría. En parte habían sido sacadas a escondidas de la prisión, con ayuda de guardias de confianza. Eberhard Bethge, amigo y discípulo de Bonhoeffer desde los días de Finkenwalde, publicó más tarde muchos de estos escritos en un volumen titulado «*Resistencia y sumisión*».

En las cartas dirigidas al propio Bethge hay esbozos de una teología totalmente nueva. Bonhoeffer habla de ser cristiano en un mundo ateo e indiferente, y de una iglesia que sólo será iglesia cuando solidarice con todos los hombres. La iglesia es siempre Cristo bajo forma de comunidad, escondido entre los seres humanos, existiendo «para los demás».

En un mundo donde percibe que Dios ya no es reconocido, él se plantea la siguiente pregunta: ¿Cómo hablar del cristianismo al margen de todo lenguaje religioso? ¿Cómo hablar de Dios sin religión? ¿Cómo hablaremos de Cristo hoy?

En su carta del 5 de mayo de 1944 esboza una respuesta: hay que hablar de Dios «en la mundanidad» (*weltlich*: en la realidad de este mundo), tal como habla de Dios el Antiguo Testamento, o sea, en la finitud y en las pasiones humanas, en el límite y

en la realidad de las cosas, como lo que hace que el mundo sea mundo, mientras que el 'a priori' metafísico impone al mundo hablar de Dios como fuera y más allá de los límites». Y agrega: «En este momento, mi reflexión se centra en cómo poder renovar 'laicamente' –en el sentido del Antiguo Testamento y de Juan 1:14– la interpretación de conceptos como arrepentimiento, fe, justificación, nuevo nacimiento, santificación».

Según Bonhoeffer, la dependencia de la religión organizada había minado la fe auténtica. Solicitaba un nuevo cristianismo sin religión, libre del individualismo y el sobrenaturalismo metafísico. Dios, argüía él, debe ser conocido en este mundo mientras opera e interactúa con el hombre en la vida cotidiana. El Dios abstracto de la especulación filosófica y teológica es inútil para el hombre promedio de la calle, y éste forma parte de la mayoría de los que necesitan escuchar el evangelio.

Durante su cautividad, Bonhoeffer encuentra personas que, sin invocar a Dios, permanecen profundamente humanas hasta el fin. Es en este contexto en el que él prolonga su cuestionamiento teológico: «¿Cómo puede Cristo llegar a ser también Señor de los no-religiosos?».

Bonhoeffer recuerda que el cristianismo no es una religión, y para demostrarlo menciona tres argumentos: La religión, dice, (1) apunta a un 'más allá del mundo' para huir de la realidad de este mundo, (2) apoyándose sobre el presupuesto de la interioridad o «alma», conduce al individualismo y a la autosatisfacción por

las propias obras, y (3) porque se reserva un ámbito separado de lo profano: lo sagrado. Por eso, «el cristiano no es un *homo religiosus*, sino simplemente un hombre, como Jesús era un hombre por contraposición a Juan el Bautista». *«Vino Juan Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: Está endemoniado. Vino el Hijo del hombre que come y bebe, y decís: Mirad qué comilón y bebedor, amigo de recaudadores de impuestos y pecadores»* (Luc. 7:33-34), o sea, de los «no-religiosos».

Para Bonhoeffer, Cristo no es un hombre de lo sagrado, sino un *homo humanus*: un humano que vive lo humano con cada ser humano, revelando así la profundidad de gracia en lo interior mismo de lo humano. Para él, si Dios ha asumido plenamente nuestra humanidad en su Hijo, es bueno para el hombre ser hombre, llegar a serlo y seguir siéndolo, para ser, tras las huellas de Cristo, un hombre con y para los demás.

El cristianismo no está reservado a una élite piadosa que crece al alero de lo sagrado, sino que el cristiano sigue a Cristo convirtiéndose radicalmente en hombre, y no con las prácticas religiosas. En este sentido, «Cristo puede llegar a ser también Señor de los no-religiosos».

En la misma carta escribe: «Sigo aprendiendo que es viviendo plenamente la vida terrestre como uno llega a creer. Cuando se ha renunciado completamente a llegar a ser alguien –un santo, un pecador convertido o un hombre de Iglesia– (...), a fin de vivir en la multitud de tareas, de cuestiones (...), de experiencias y de perplejidades(...), entonces uno se

pone plenamente en manos de Dios, uno toma en serio, no sus propios sufrimientos, sino los de Dios en el mundo, donde vela con Cristo en Getsemaní (...); es así como uno llega a ser un ser humano, un cristiano».

Las esperanzas que Bonhoeffer, su familia y sus amigos, albergaban en un golpe de estado en Alemania, serán abatidas el 20 de julio de 1944. Schenk von Stauffenberg y doce conspiradores más son fusilados aquella misma tarde, y al general von Beck se le obliga a suicidarse. Otros colaboradores son condenados por el Tribunal del Pueblo de Roland Freisler, y ejecutados en Plötzensee. Entre ellos se encuentra también el comandante de la ciudad de Berlín, Paul von Hase, tío de Bonhoeffer. Su hermano Klaus Bonhoeffer y su cuñado Rüdiger Schleicher son detenidos y fusilados poco antes de terminar la guerra.

Últimos días

¿Quién soy?

*–me preguntan a menudo–,
que salgo de mi celda,
sereno, risueño y firme,
como un noble en su palacio.*

¿Quién soy?

*–me preguntan a menudo–,
que hablo con los carceleros,
libre, amistosa y francamente,
como si mandase yo.*

*¿Quién soy? –me preguntan también–
que soporto los días de infortunio
con indiferencia, sonrisa y orgullo,
como alguien acostumbrado a vencer.*

*¿Soy realmente lo que otros dicen de mí?
¿O bien sólo soy lo que yo mismo sé de mí?*

*Intranquilo, ansioso, enfermo,
cual pajarillo enjaulado,
pugnando por poder respirar,
como si alguien me oprimiese la garganta,
hambriento de olores, de flores,
de cantos de aves,
sediento de buenas palabras
y de proximidad humana,
temblando de cólera ante la arbitrariedad
y el menor agravio,
agitado por la espera de grandes cosas,
impotente y temeroso por los amigos
en la infinita lejanía,
cansado y vacío para orar, pensar y crear,
agotado y dispuesto a despedirme de todo.*

*¿Quién soy? ¿Éste o aquel?
¿Seré hoy éste, mañana otro?
¿Seré los dos a la vez?
¿Ante los hombres, un hipócrita,
y ante mí mismo, un despreciable
y quejumbroso debilucho?
¿O bien, lo que aún queda en mí
se asemeja al ejército batido
que se retira desordenado
ante la victoria que creía segura?*

*¿Quién soy?
Las preguntas solitarias se burlan de mí.
Sea quien sea, tú me conoces,
tuyo soy, ¡oh, Dios!*

La situación del propio Bonhoeffer empeora de golpe. En el transcurso de las investigaciones subsiguientes, la Gestapo encuentra expedientes que prueban inequívocamente que el grupo en torno a Canaris había participado en la conspiración. Este «hallazgo de expedientes de Zossen» incluye graves pruebas de cargo contra todo el Departamento de Defensa, incluyendo a Bonhoeffer.

Antes de su detención, Bonhoeffer se había prometido con María von Wedemayer, hija de un terrateniente de Pomerania. La relación con esta chica, 18 años más joven que él, a pesar de las difíciles circunstancias, es un gran apoyo para Bonhoeffer. Gracias a ella, logra superar su primera fase de depresión en la cárcel, recobrando la esperanza y las ganas de luchar. Durante dos años, su relación se reduce al intercambio epistolar y a breves visitas en la prisión. María es la única persona, además de sus propios padres, que tiene permiso para escribirle y visitarlo. La correspondencia entre Dietrich y María, publicada bajo el título de «*Cartas de amor desde la Celda 92*», documenta esta relación única.

El 8 de octubre de 1944, Bonhoeffer es internado en los temidos calabozos de la oficina principal de seguridad de la Gestapo, para someterle a nuevos interrogatorios. Hasta entonces él disponía de libros y de la posibilidad de escribir. Ahora cesan las cartas y se cortan los contactos con el mundo exterior. Él sabe que va a morir. El 7 de febrero de 1945 es trasladado al campo de concentración de Buchenwald.

Un oficial de la prisión se expresa así de él: «Bonhoeffer era todo humildad y serenidad. Siempre irradiaba una atmósfera de bondad, de gozo, a propósito de los más pequeños acontecimientos de la vida, así como de profunda gratitud por el simple hecho de estar con vida (...). Fue uno de los raros seres humanos que he encontrado para el cual Dios era una realidad, y siempre cercana».

El 5 de abril de 1945, Hitler decidió ejecutar a todos los conspiradores en torno a Canaris, para que ninguno de ellos tenga la oportunidad de conocer la derrota del Reich.

Hans von Dohnanyi es ejecutado el 8 ó 9 de abril de 1945, en Sachsenhausen. Esa misma noche, Bonhoeffer es trasladado a Flossenbürg. En la madrugada del 9 de abril de 1945, él, junto al almirante Canaris, al coronel Oster y a otros miembros de la resistencia, es ahorcado, sólo tres semanas antes de la captura soviética de Berlín y un mes antes de la capitulación de la Alemania nazi.

Como otras muertes asociadas con el complot del 20 de julio, la ejecución fue brutal. Bonhoeffer fue despojado de su ropa, torturado y ridiculizado por los guardias, y llevado desnudo al patíbulo. La falta de horcas suficientes para colgar a los conspiradores hizo que Hitler y Goebbels ordenaran usar garfios de matadero para alzar a la víctima despacio por un lazo formado de cuerdas de piano. Se piensa que la asfixia tomaba una media hora.

El médico del campo al que Bonhoeffer fue conducido para ser ejecutado, relata así su muerte: «He visto al pastor Bonhoeffer de rodillas delante de su Dios en intensa plegaria. La manera perfectamente sumisa y segura de ser escuchado, con la que este hombre extraordinariamente simpático oraba, me conmovió profundamente. En el lugar de la ejecución todavía oró, luego subió al cadalso. La muerte tuvo lugar en pocos segundos. Durante los cincuenta

«Él era uno de los escasos hombres que he encontrado alguna vez para quienes Dios es real y siempre está cerca».

años que llevo de práctica médica no he visto morir a un ser humano tan totalmente abandonado en las manos de Dios». Tenía 39 años de edad.

Con la capitulación de Alemania, todas las comunicaciones quedaron interrumpidas durante meses. María, la novia de Bonhoeffer, recibió la noticia en junio en Alemania Occidental. Los padres, en Berlín, la recibieron apenas a fines de julio. El padre murió en 1948, y la madre, en 1951.

El árbol del cual colgaron a Bonhoeffer lleva hoy una placa con esta inscripción: «Dietrich Bonhoeffer, testigo de Jesucristo entre sus hermanos».

*«No hay otra senda
para la libertad
que el autocontrol,
y para actuar,
que tomar una decisión
y entrar de lleno
en la tempestad de la vida.
Para el sufrimiento,
entregar lo que sabemos recto
a una mano más fuerte que la nuestra.
La muerte es después de todo
esa fiesta más jubilosa que otras
en la senda hacia la libertad».*
(Dietrich Bonhoeffer).

* * *

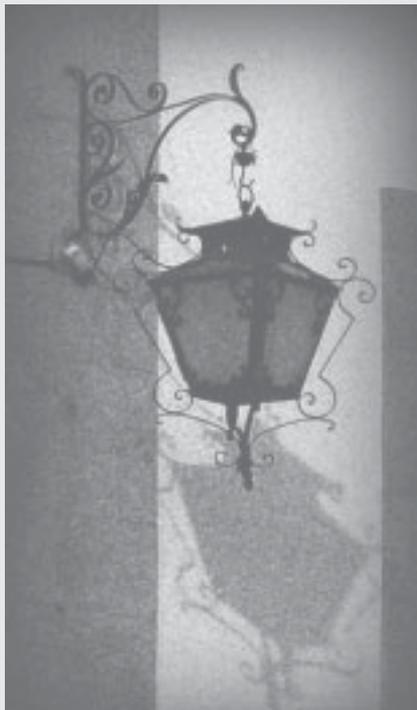
Joel

A. T. Pierson

Palabra clave: Juicio

Versículo clave 2:13

Este profeta pionero vivió en Judá, probablemente en Jerusalén, en los primeros días de Joás (870-865 a. de C). Las langostas y las sequías son utilizadas como símbolos de multitudes de invasores y de los recursos agotados de la nación. Él convoca a un ayuno para liberarse de la situación presente y evitar el inminente flagelo. El profeta predice prosperidad en caso de arrepentimiento, el derramamiento del Espíritu en el porvenir, y la lluvia después de la sequía.



Joel se dirige a Judá sin hacer ninguna referencia a Israel o a las prácticas idolátricas.

Los sacerdotes y el pueblo aparecen, como durante el sacerdocio de Joiada, ocupados en el servicio y los sacrificios en el templo.

Se hace mención a las invasiones de los fenicios, los filisteos, los edomitas y los egipcios, pero no a los babilonios, a los asirios ni a los sirios.

Si Joel hubiese muerto después de Joás, él habría mencionado a éste.

DIVISIONES:

- 1) Joel 1:1 a 2:17. El juicio y el llamado al arrepentimiento.
- 2) Joel 2:18 a 3:21. Promesas para el presente y para el futuro.

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico, con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.



Foto: Curitiba (Brasil)

Símbolos y tipos del Antiguo Testamento (11)

A. B. Simpson

Símbolos de la tienda de Abraham ***La simiente de Abraham, o la vida de fe***

Fue con relación a la promesa de su descendencia que la fe del patriarca fue ejercitada y puesta a prueba. Al principio la promesa que recibió y comprendió se refería a su descendencia literal, pero cuando

el pacto fue haciéndose más explícito y la luz más viva, se extendió a un significado mucho más amplio y la promesa de la descendencia pasó a ser para él el símbolo de su futuro Salvador. Que esto era así se desprende del lenguaje del apóstol en Gálatas 3: 16: «*No dice: Y a las simien-*

tes, como refiriéndose a muchos, sino a uno. Y a tu simiente, la cual es Cristo». Que Abraham lo entendió queda implicado en las palabras de Cristo a los fariseos: «Abraham vuestro padre se regocijó de que había de ver mi día; lo vio, y se regocijó» (Juan 8:56). De modo que la fe y las promesas de Abraham estaban todas resumidas y centradas en la persona de Cristo. Así que dejemos que nuestra fe halle su centro, y nuestras promesas siempre alcanzarán el verdadero foco en Él, que es el primero y el último, y el todo de la fe y la esperanza cristianas. Que nuestros más queridos afectos y expectativas terrenales, como el amado hijo de Abraham, se enlacen y se pierdan en la persona de Jesús mismo. Entonces, verdaderamente, toda nuestra vida será celestial, y todas las cuerdas de nuestro corazón nos atarán a su corazón de amor. Pero hay otra idea más importante sugerida por la simiente de Abraham; es decir, que su fe y esperanza fueron elevadas más allá de él mismo y de los límites estrechos de su corta vida, para hallar su cumplimiento y fruto en las vidas de otros y alcanzar su plenitud, no ya en las bendiciones que él recibía, sino en la bendición que había de ser para otros. El enlace de todas sus promesas con su descendencia fue el estímulo constante de su espíritu desinteresado, y nos enseña a nosotros que hemos también de perder nuestras vidas en las vidas de otros, y hallar nuestra bendición siendo una bendición. La ciencia natural nos enseña que el gran designio de cada planta en la naturaleza se expresa en la semilla y es realizada en el principio de

reproducción. En tanto que podemos valorar el árbol frutal principalmente por su rico y lozano fruto, la naturaleza reconoce la pequeña semilla incrustada dentro del fruto como el valor verdadero y esencial de la planta, no la pulpa y el jugo; y del mismo modo Dios nos evalúa, no tanto por lo que somos, como por lo que podemos llegar a ser en los asuntos de nuestra vida. El árbol es conocido, pues, por su fruto y la prueba y estándar del fruto establecido por Cristo es: «*Algunos a treinta, otros a sesenta y otros a ciento*».

La promesa se le dio a Abraham en la forma de dos símbolos notables; el primero de ellos era la arena de la orilla del mar, cuyo número había de ser superado por su descendencia.

La fe y las promesas de Abraham estaban todas resumidas y centradas en la persona de Cristo. Así que dejemos que nuestra fe halle su centro, y nuestras promesas siempre alcanzarán el verdadero foco en Él, que es el primero y el último, y el todo de la fe y la esperanza cristianas.

Esto sin duda tiene una referencia especial a su posteridad terrena, la descendencia literal de Abraham que sin duda va a realizar completamente en las edades futuras la restauración de Israel, en la plenitud expresiva de esta promesa. El segundo símbolo era el de las estrellas del cielo, cuyo número y esplendor la ciencia moderna ha expandido mucho más allá de la concepción más elevada de Abraham; pero incluso esto será cumplido al pie de la letra en la simiente espiritual del padre de los creyentes. Una gran multitud que nadie podía contar, tan variada en su carácter espiritual e infinitamente más gloriosa que las estrellas del cielo se reunirá a los pies de Dios, y demostrará ante él y el universo la fidelidad de Dios y la bienaventuranza de creer en él.

La misma espléndida figura se usa para describir las recompensas y expectativas del servicio cristiano. *«Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia como las estrellas a perpetua eternidad»*. Nosotros podemos reclamar las mismas gloriosas promesas y posibilidades. Éste es el verdadero objetivo y la recompensa más satisfactoria de la vida humana. Cuando el aplauso o las críticas de los hombres ya habrán sido olvidadas, cuando las incomodidades pasajeras y los goces de la vida hayan pasado, cuando el fuego en que habrá sido probada la obra de cada hombre, y la madera y la paja se hayan convertido en ceniza en la última conflagración; ¡oh!, entonces será bienaventurado, verdaderamente, recoger del naufragio de la vida los te-

soros de almas preciosas que se nos habrá permitido salvar y colocarlos en Su corona y en la nuestra. Dios conceda que podamos tener muchas de estas constelaciones en aquel firmamento.

No hace falta la historia escrita con amor, ni el nombre o monumento grabado en la piedra; sea nuestra gloria aquello por lo cual vivimos, y seamos recordados por lo que hemos hecho.

El sello de Abraham, o la vida de resurrección

El pacto de Dios con Abraham fue ratificado por medio de un signo especial que se llama el sello, esto es, una marca divina cuyo objeto era señalar la importancia y certeza del trato y la estabilidad o firmeza de las promesas implicadas. El sello era el rito de la circuncisión que, a partir de entonces, pasó a ser la marca distintiva del pacto del Antiguo Testamento, el rito iniciatorio del judaísmo. No era un signo meramente arbitrario, sino que era apropiado para expresar en su naturaleza propia las verdades más importantes. Era especialmente significativo de este gran principio que sostiene toda la economía de la gracia; a saber, la muerte de la vida vieja y la resurrección de una vida nueva. La circuncisión era la muerte de la carne y servía para expresar el gran hecho de que nuestra naturaleza carnal y nuestra vida misma, en su centro más interno y en sus fuentes, debe ser crucificada y entonces renovada y purificada divinamente. Esta es la misma verdad que nos enseña la ordenanza del Nuevo Testamento que llamamos bautismo cristiano, sólo que este última hace más énfasis

en la vida, en tanto que la primera lo hace en el aspecto de la muerte de la figura, como podría naturalmente esperarse del lugar de estas ordenanzas en las dos dispensaciones. Tan temprano y de modo tan vívido empezó a enseñar a su pueblo que la nueva vida debe ser una creación y ha de brotar de la tumba; y que la naturaleza caída del hombre no puede mejorar por la cultura o la elevación gradual a la pureza y el cielo, sino que la frase pronunciada con ocasión del diluvio debe cumplirse de modo literal: «*El fin de toda carne está delante de mí*».

Por ello la figura de la circuncisión se halla en todo el Antiguo Testamento como un emblema de la santificación. «Circuncidad vuestros corazones», «Incircuncisos de corazón», etc. ¿Hemos aprendido esta verdad escrutadora y humillante, por más que sea bienaventurada? Y bienaventurado es que podamos morir a este triste y pecaminoso yo, y vivir con el que murió por nosotros y resucitó. ¿Hemos entrado en el poder de la resurrección y hemos sido modelados conforme a su muerte, y nos consideramos como muertos, realmente, para el pecado, pero vivos para Dios por medio de Jesucristo? El fallo aquí es el secreto de casi todos nuestros fra-

casos. La fidelidad y la meticulosidad aquí van a ahorrarnos mil muertes en la vida cristiana y va a ser causa de una vida de gozo y de poder.

El día prescrito para el rito de la circuncisión era tan expresivo como el rito en sí. El día octavo es el comienzo de una nueva semana, y de esta manera expresa plenamente la idea de la nueva creación y la vida de resurrección. Dios nos conceda que podamos conocer el pleno sentido de este antiguo sello y pasar de los siete días de la vida natural al octavo día del poder de resurrección y bendición.

Si Cristo ha de vivir y reinar en mí, yo tengo que morir.

Como él ha de ser crucificado: tengo que morir.

Señor, a ti me entrego, todo cuanto hay en mí, aunque mi carne sufra y se queje, tengo que morir, tengo que morir.

Cuando ya esté muerto, Señor, para ti, tengo que vivir; mi tiempo, mi fuerza, mi todo he de darte, he de darte.

Oh, que el Hijo me haga ahora libre, Señor, clava los clavos, no importan los gemidos, para el tiempo y para la eternidad, he de vivir, he de vivir.

(Continuará)

* * *

Palas cristianas

Cierto individuo entró a una ferretería con el propósito de comprar una pala. El dependiente le mostró una y nuestro amigo, colocándola en el suelo, se paró sobre ella al mismo tiempo que preguntaba: «¿Es una buena pala?». «Mi amigo», le contestó el dependiente, «evidentemente usted no sabe nada de palas. Ésta está hecha por Jorge Griffith, y Griffith es un buen cristiano, y sus palas son cristianas. Usted puede estar completamente seguro de que todo lo que tiene que ver con ese nombre es de buena clase».

Alfredo Lerin, 500 Ilustraciones

Viendo a Cristo en su reino eterno



Stephen Kaung

Lecturas: 2ª Pedro 1: 1-11; 3: 17, 18.

A sí como 2ª Timoteo expresa el último deseo y testimonio del apóstol Pablo, de la misma forma, la segunda epístola de Pedro expresa el último deseo y testimonio del apóstol Pedro.

Pedro amaba al Señor, y asimismo estaba dispuesto a perder su vida por amor a Él. Por desgracia, él no se conocía a sí mismo y, a causa de eso, falló, negándolo tres veces; pero, a través de ese fracaso, su amor para con el Señor fue purificado. Por ese motivo, después que el Señor fue levantado de entre los muertos, se le apareció a Pedro en el mar de Tiberias, y le dijo: *«Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras»*. Al decir esto, el Señor estaba

dando a entender la forma en la cual Pedro iría a morir.

Después de la ascensión del Señor, el apóstol Pedro, siendo una persona muy dinámica, estaba activamente ocupado con los negocios de su Maestro. Se cree que Pedro tenía mayor edad que el Señor Jesús, y tal vez era también el más viejo de entre los Doce. De ser así, entonces Pedro debió tener 70 u 80 años de edad cuando escribió su segunda epístola. Él sirvió al Señor durante muchos años, y ese hecho, por sí mismo, es un milagro, pues Pedro era una persona muy impetuosa e inconstante.

Sin embargo, el Señor lo guardó a lo largo de todos aquellos años, hasta esa avanzada edad. Pedro llegó a ser casi como una piedra incommovible. Esta es la gracia del Señor en la vida de él, y nos muestra también el poder que el Señor tiene para guardarnos.

Pedro no dice a quién dirige esta carta, pero en el versículo 3:1 leemos: «*Amados, esta es la segunda carta que os escribo...*». Con esto, él está diciendo que había escrito una carta anteriormente. Por tanto, creemos que fue escrita a las mismas personas a quienes él se dirigió en la primera epístola.

Él escribió «*a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia*». Aunque la palabra *dispersión* sea utilizada especialmente en referencia a los judíos que estaban dispersos en otros lugares fuera de su patria, Pedro no les escribía a los judíos de la dispersión en general; él escribía a los judíos cristianos. Ellos son extranjeros y peregrinos en esta tierra; no sólo los judíos, pues Pedro también mencionó a los gentiles, una

vez que la iglesia es formada tanto por judíos como por gentiles.

Así, pues, la segunda epístola de Pedro fue escrita a las mismas personas a quienes dirigió su primera carta y, de esta forma, creemos que Pedro está también, mediante esta carta, dirigiéndose a nosotros.

Pedro escribió esta segunda carta porque sabía que estaba cercano el día de su partida de esta tierra, conforme el Señor lo había predicho. Pedro deseaba escribir esta carta antes de partir.

En esta carta, Pedro menciona al menos tres veces el motivo que lo llevó a escribirla. Su único propósito era despertar la mente de los hermanos con advertencias para que ellos se acordasen de las palabras antes dichas por los santos profetas, así como del mandamiento del Señor.

Es una carta con el objetivo de traer de nuevo a la memoria algo que ellos ya sabían. No se trataba de recordarles algo que nunca hubiesen oído, ni algo acerca de lo cual no tuviesen conocimiento. Ellos ya sabían aquellas cosas, y estaban fundados en la verdad, pero Pedro sintió que era su responsabilidad recordarles, despertar sus mentes, para que ellos no lo olvidaran.

Pero, ¿en qué situación estaba Pedro al escribir su segunda epístola? Él estaba próximo a partir probablemente para siempre, y pretendía dejar un último mensaje. Alguien en tal situación no puede darse el lujo de decir algo sin importancia o sin significado. Él no se detiene en cuestiones secundarias o en un asunto superficial. No puede hacer eso; al contrario,

él va a dejar fluir de sus labios aquello que le es más sublime, más profundo, más íntimo. Él se siente impulsado a tomar aquello que es máspreciado a su corazón y compartirlo con aquellos a quienes él ama.

Nosotros podemos recordar que, antes de dejar a sus discípulos, nuestro Señor Jesús les habló algunas cosas, y sus últimas palabras fueron palabras muy importantes, palabras que expresan el sentimiento de su corazón en aquel momento (ver Juan 14-16). Lo mismo es verdadero en lo que concierne a Pablo cuando escribió la 2ª a Timoteo. Así, cuando Pedro estaba intentando transmitir sus últimas palabras a aquellos a quienes él amaba, son palabras que, con toda certeza, expresan cosas que le eran muy preciosas, muy queridas.

El propósito de esta carta

¿Qué quería compartir Pedro con sus amados en esta su segunda epístola? Aquello que expresaba el sentir de su corazón. Esto era sublime y precioso para él no sólo ahora que estaba llegando al fin de su vida en la tierra, sino a lo largo de todos los años en que había seguido y servido al Señor – el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Cuando nuestro Señor Jesús estuvo en la tierra, él habló muchas cosas acerca del Reino. Y este es un hecho interesante, pues a nosotros nos gustaría oírle hablar sobre el cielo; sin embargo, cuando estuvo en la tierra, él habló mucho acerca del reino.

Ya en el inicio de su ministerio, su mensaje era: *«Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado»*. Más

tarde, en el monte, él instruyó a sus discípulos acerca del reino. Al descender del monte, él demostró el poder del reino de Dios, al expulsar demonios y sanar enfermos. Él dijo a los discípulos: *«Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan»* (Mat. 11:12). Este versículo no significa que nosotros debemos practicar actos de violencia contra otras personas; significa simplemente que debemos ser violentos en relación a nosotros mismos, debemos negar nuestro yo. En Mateo 13, el Señor habló parábolas acerca de los misterios del reino de los cielos.

Jesús nació para ser Rey, y este fue su testimonio delante de Pilato. Él murió como el Rey de los judíos. Después de su resurrección, él habló a los discípulos acerca del reino de Dios durante cuarenta días.

El reino de Dios, por tanto, es algo muy importante en el corazón de nuestro Señor Jesús. Pedro había seguido al Señor durante tres años, y había oído mucho acerca del Reino; por esa razón, cuando él comenzó a trabajar para el Señor, el Reino era algo muy precioso para Pedro, algo que estaba muy próximo al corazón.

Un anticipo del reino

El Señor dijo: *«Mi reino no es de este mundo»* (Juan 18:36). Es un reino diferente, pero aun es un reino, un reino que nuestro Señor Jesús establecerá sobre la tierra. Él está reuniendo personas, a las cuales transformará en hijos del reino, para que ellas puedan heredar el reino juntamente con Él.

Para el apóstol Pedro, el reino es una realidad, algo que está siempre presente en su mente, algo que él contempla constantemente. Este reino era algo por lo cual él trabajaba, y Pedro, al hablar sobre el reino, dice que él no ha inventado un concepto nuevo usando su imaginación o inteligencia humana; no se trata de fábulas ingeniosamente inventadas, sino que Pedro dice que él mismo era un testigo ocular de aquel reino (ver 2ª Pedro 1:16).

En el capítulo 16 del evangelio de Mateo, Jesús dijo a sus discípulos que algunos de ellos no morirían sin antes haber visto al Hijo del Hombre viniendo en Su reino. Inmediatamente después, en el capítulo 17 del mismo evangelio, el Señor Jesús tomó consigo a tres de sus discípulos –Pedro, Jacobo y Juan– y los llevó a un monte alto, donde fue transfigurado delante de ellos. Su rostro resplandecía como el sol, y sus vestiduras se hicieron blancas como la luz. Moisés y Elías aparecieron conversando con Jesús respecto de Su partida de este mundo; mas los discípulos se habían adormecido. Probablemente la gloria era tan grande que ellos no podrían permanecer despiertos.

Súbitamente, Pedro se recobró y vio que Moisés y Elías se estaban yendo, y entonces él tomó la palabra y dijo al Señor: *«Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías»*. Pero, mientras Pedro aun estaba hablando, el Padre celestial intervino, e interrumpiéndolo, dijo: *«Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacen-*

cia; a él oíd» (Mat. 17:5). Y ellos fueron envueltos por la nube, el *shekinah* de la gloria de Dios, y cuando ellos abrieron sus ojos, a nadie vieron, sino a Jesús solo.

Así, vemos que Pedro fue un testigo ocular de esa escena, la cual fue un anticipo del reino de Dios que será establecido en la tierra. Pedro había probado anticipadamente un poquito del reino; era algo bueno, sabroso, dulce. Él jamás podría olvidarlo. Por esta razón, cuando Pedro escribió su última carta, expresión de su último deseo o testimonio, él mencionó esa experiencia.

Pedro testificaba acerca del reino porque era algo que él había presenciado, algo que él había visto. Pedro vio la majestad del Señor; él vio cuando el Señor *«recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia»* (2ª Ped. 1:17). Pedro estaba diciendo: *«Este es el reino, y de él soy un testigo ocular»*.

¿Qué es el reino de Dios? ¿Qué es el reino de los cielos? Nosotros oramos: *«Venga tu reino»*. Un día, su reino será establecido aquí en la tierra. Pero, ¿qué es este reino, al final? Este reino vendrá cuando nuestro Señor Jesús reciba honra y gloria del Padre celestial. Este reino vendrá cuando nuestro Señor Jesús sea el centro de todas las cosas. Tú no verás a nadie, sino solamente a Jesús. Este reino vendrá cuando tú oigas la voz: *«Este es mi Hijo amado; a él oíd»*. Nuestro Señor Jesucristo es el reino.

En 2ª Pedro 1:19, Pedro dice: *«Tenemos también la palabra profética más*

segura...». De esta forma, Pedro estaba diciendo que no se trataba meramente de su testimonio personal, porque además de eso, estaba la palabra profética, la cual era confirmada. Si leemos la palabra de Dios, descubriremos que tanto los profetas del Antiguo Testamento, como los del Nuevo Testamento, se estaban refiriendo a una misma cosa. *«Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones»* (1:19).

El mundo está en tinieblas, y en las tinieblas no se puede ver cosa alguna. Ahora es de noche, y nos estamos aproximando a la hora de las más densas tinieblas. Todo es oscuro, tinieblas y oscuridad, mas damos gracias a Dios, porque aunque vivamos en un mundo envuelto en tinieblas, nosotros tenemos una lámpara. Las palabras proféticas de Dios son como una antorcha que brilla sobre nuestro camino de modo que no quedemos en tinieblas.

Nosotros sabemos hacia dónde estamos yendo, y a medida que atendemos a las palabras proféticas, algo ocurre: el día llega a nuestros corazones.

En nuestros corazones, la mañana comienza a aparecer. Aunque todo a nuestro alrededor evidencia que aún estamos en medio de la noche, en nuestro corazón el día ya comenzó a nacer, y el lucero de la mañana ya apareció.

El lucero de la mañana sólo puede ser visto por aquellos que se levantan temprano. Si tú acostumbras a levantarte tarde, jamás verás la estrella de la mañana, porque después que aparece el sol, ella ya no puede ser vista. La estrella de la mañana sólo puede ser vista antes de la salida del sol, y al contemplarla quedamos impresionados por su belleza.

Habrán un día en que nuestro Señor Jesús vendrá a esta tierra como el Sol de justicia. Un día nacerá el Sol de justicia, y todo el mundo le verá; pero antes de que eso acontezca, él aparecerá en tu corazón como el lucero de la mañana si tú estás despierto. Si tú estás esperándole, si estás atento a las palabras proféticas, entonces, aunque el Sol de justicia no haya llegado, en tu corazón él ya habrá aparecido con la estrella de la mañana. ¡Cuán bienaventurados son aquellos que, en su corazón, ya avistaron la estrella de la mañana!

El reino de Dios está por venir y,

Pedro amaba al Señor, y asimismo estaba dispuesto a perder su vida por amor a Él. Por desgracia, él no se conocía a sí mismo y, a causa de eso, falló, negándolo tres veces; pero, a través de ese fracaso, su amor para con el Señor fue purificado.

sin duda alguna, será establecido aquí en la tierra. Eso ya es hecho consumado. Pero entre nosotros hay muchos que ni aun conocen el reino. Ellos piensan sólo en el cielo, y dicen así: 'Un día, cuando muramos, nosotros iremos al cielo'. Sí, tu irás al cielo, pero no tan rápido como imaginas, porque si lees con atención la palabra de Dios, descubrirás que aquellos que pertenecen al Señor no van al cielo inmediatamente después de la muerte; van al Paraíso. Si tú eres del Señor, por tanto, después de morir, vas a esperar en el Paraíso hasta el momento en que serás resucitado, y luego, después de eso, llegará el día en que irás al cielo.

Lamentablemente, hay algunas personas que sólo conocen el cielo. Ellos no saben nada acerca del reino. No saben que antes de que el cielo se torne nuestra morada eterna, será establecido un reino aquí, en esta tierra, el cual durará mil años. Ese es el periodo en que aquellos que están preparados y esperando irán a reinar con Cristo. Aquellos que estén preparados, siguiendo al Señor, apoderándose del reino por violencia, reinarán mil años con Cristo.

Por lo tanto, no hay solamente el cielo, sino que hay también un reino para el pueblo de Dios. El cielo nos es ofrecido como un don, pero el reino es un galardón. Tú naciste de nuevo no sólo para heredar la vida eterna, pues además de eso, después de haber nacido de nuevo, es deseo de Dios que tú tengas ampliamente suplida la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

¿Cómo es posible ganar el reino?

En el pueblo de Dios hay personas que conocen la verdad acerca del reino de los cielos; sin embargo, algunos tienen miedo, y comienzan a preguntarse: '¿Cómo yo puedo ganar el reino? Este es un reino de tanta gloria y majestad, ¿cómo puedo yo ser parte de él? ¿Qué debo hacer para conquistarlo?'. Y entonces piensan: 'Probablemente ganar el reino es algo tan difícil que yo no lo voy a lograr. Tendré que desistir'. Pero nuestro Señor dice en Lucas 12:32: «*No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino*». '¡No temáis! ¿Por qué estáis tan temerosos? ¡No temáis, manada pequeña!'

El término 'manada pequeña' es usado una sola vez en las Escrituras, y se refiere a la iglesia. Si comparamos la iglesia con el mundo, constatamos que ella es apenas un pequeño rebaño. El mundo está constituido por multitudes innumerables; sin embargo, la iglesia es un rebaño chiquito. Pero el Señor dice: 'No temáis, rebaño pequeño, porque vuestro Padre se agradó en daros el reino. Nuestro Padre tiene placer, satisfacción, en daros el reino'.

Por otro lado, es preciso considerar que el reino de los cielos, siendo tan incomparablemente mejor que el reino de este mundo, tiene también un estándar altísimo, y Dios no va a reducir ese padrón haciendo concesiones. La medida para la entrada al reino de Dios es alta, pero aun así el Señor dice: '¡No temáis, no tengáis miedo!'. Eso quiere decir que no es algo tan difícil, al punto de ser imposible de lograr. Al contrario, es tan

majestuoso, es tan glorioso, que nosotros no podemos perderlo.

Sin embargo, tú podrías preguntar: '¿Quién me garantiza que puedo conseguirlo? ¿Cómo puedo saber que puedo ganar el reino?'. Es sencillo; basta saber que Dios proveyó todo lo que es necesario para que tú alcances el reino. Si Dios no hubiese hecho la provisión, nadie sería capaz de obtenerlo, pues simplemente es algo que está más allá de nuestra capacidad. Mas, si Dios hizo provisión para que cada uno de sus hijos gane el reino, y si tú no entras en el reino ni lo ganas como herencia, la culpa es toda tuya.

«Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo...» (2ª Pedro 1:3-4).

Dios nos llamó para su propia gloria y excelencia. Nosotros somos llamados por Dios; pero el problema es que acostumbramos pensar en nuestro llamamiento en términos de nuestras propias necesidades. Yo necesito tener mis pecados perdonados, por tanto, pienso que Dios me llamó simplemente para acudir a él y tener mis pecados perdonados. Gracias a Dios por eso. Yo necesito ir al cielo y, por ese motivo, pienso que Dios me

llamó simplemente para darme vida eterna, como si esta fuese un pasaporte para el cielo.

Nosotros pensamos siempre con respecto a nuestro propio llamamiento en términos de nuestras propias necesidades y, a causa de eso, hacemos de nuestro llamamiento algo inferior, a un nivel más bajo. Pero, recuerda, Dios nos llamó para su propia gloria y excelencia. Él no nos llamó de acuerdo con una necesidad; nos llamó de acuerdo con lo que él es. Él nos llama de acuerdo con su gloria.

En las Escrituras, la gloria es algo indescriptible; por otro lado, la gloria es sinónimo de Dios mismo. Él nos llama de acuerdo con su propia gloria, nos llama de acuerdo con su excelencia, que es su carácter. Él nos llamó de acuerdo con lo que él mismo es, para que podamos ser semejantes a él. Por esta razón, su llamamiento es un gran llamamiento, una soberana vocación. No es un llamamiento pequeño. Él nos llama para que seamos semejantes a él, para que sus virtudes, su carácter, estén en nosotros.

Nuestro llamamiento es para que entremos en su gloria. Somos llamados para el reino, para ser herederos de Dios y coherederos con Cristo, para que heredemos el reino eterno de nuestro Dios y Salvador Jesucristo. Tal es nuestro llamamiento.

(Continuará).

* * *

Quienes le dan a Dios, nunca pierden. En realidad, lo único que realmente ahorramos es lo que le damos a Dios. El resto, todo lo demás, se pierde.

Frank Bartleman

¿Son realmente compatibles la teoría evolucionista con el relato bíblico acerca del origen de los animales?

John Polkinghorne, físico, teólogo y pastor de la Iglesia anglicana en Inglaterra, considerado como uno de los grandes referentes mundiales en el diálogo entre ciencia y religión, declaraba a un diario español en febrero pasado que «*Creación y evolu-*

ción son compatibles», porque «*vivimos en un mundo en evolución*» y «*el mundo está lleno de potencialidades en su interior que son efectos de la acción divina de manera que las criaturas pueden hacerse a sí mismas. Esta es la forma teológica de entender la evolución*». El pensamiento

El origen de las especies

Modelos evolutivo y bíblico

Ricardo Bravo M.
Especial para Aguas Vivas



de este teólogo y científico, al señalar que «*las criaturas pueden hacerse a sí mismas*» apunta claramente a la macroevolución o formación de las especies biológicas por selección natural y mutación, sin intervención divina directa. Es en el fondo el pensamiento evolutivo clásico, sólo que con un fondo teológico. Una afirmación tan categórica emitida por quien fuese galardonado con el premio Templeton 2002 por el conjunto de su obra científica y teológica, es para tomarla en serio. Pero hurgando en la literatura especializada reciente y alguna antigua, no debidamente considerada en su momento, resulta incompatible la unión de la macroevolución con el modelo bíblico de creación especial. La microevolución, entendida como la versatilidad observada al interior de las especies con sus capacidades de formar variedades o razas y con la plasticidad genética para adaptarse a diversas situaciones ambientales, es algo que no está en cuestionamiento. Ello es inherente a todos los organismos vivos en mayor o menor grado.

Este artículo revisará por tanto las predicciones del modelo evolutivo y del modelo bíblico como explicativos del origen de las especies, teniendo a la vista para el primer modelo, la evidencia científica de primera fuente y para el segundo, lo descrito en el libro del Génesis de la Biblia.

Modelo evolutivo del origen de las especies

Una de las principales argumentaciones a favor del origen de las especies por evolución es que el ADN (molécula clave con toda la informa-

ción biológica del organismo), está presente en todos los organismos vivos, lo que probaría la descendencia con modificación de unas especies a partir de otras. No obstante, todo depende de la base de análisis que se considere, porque otra interpretación plausible es que el ADN es universal a la vida porque responde a un diseño común para toda la vida en la tierra. No hay vida biológica sin ADN.

Si recordamos los postulados básicos de la teoría evolutiva (mutación y selección natural), es necesario señalar que mayoritariamente las mutaciones corresponden a una alteración del esquema estructural y funcional del organismo. Si éstas comprometen a un segmento menor de material genético, pudieran no provocar mayor impacto en el organismo y eventualmente llegar a ser adaptativas ante determinados cambios ambientales. Esto último es importante, y responde precisamente al diseño flexible del genotipo dentro de ciertos rangos, favoreciendo la estabilidad de la especie en caso de cambios externos eventuales.

No obstante, si hay un mayor compromiso de material genético mutado se produce un claro impacto en el fenotipo del organismo debido a malformaciones, o en su fisiología, alterando el funcionamiento de procesos que desembocan en enfermedades, o en la muerte del individuo, dado que se alejó demasiado del plan original. Darwin, al percatarse de este problema, lo intentó resolver hábilmente al considerar sólo pequeños cambios graduales que no alteren mayormente al individuo, pero acu-

mulados a lo largo de millones de años. Sin embargo, la suma de pequeños cambios da como resultado un cambio genético grande y, por ende, la destrucción del organismo por alejarse demasiado de su plan.

El connotado zoólogo Pierre Grassé señaló que la única forma de pasar de un plan de diseño biológico a otro, que sea concordante con la evidencia fósil, es que estos pequeños cambios genéticos vayan ocurriendo en forma muy rápida y que sean coordinados (Grassé 1977). Sin embargo, no hay posibilidades de hipótesis explicativa de este fenómeno dentro de las distintas teorías evolutivas. Por ejemplo, se muestra en los libros de biología que los peces pulmonados con aletas lobuladas serían los ancestros evolutivos de los anfibios. Pero no son las aletas lobuladas solamente lo que posibilita el desplazamiento y vida terrestre, sino unos procesos óseos asociados a las aletas como son la cintura pélvica y la cintura escapular. Cada una con un número importante de huesos asociados, con forma y función que apuntan hacia el desplazamiento. Este alto número de estructuras, en la lógica transformista evolutiva, habría ocurrido por un alto número de mutaciones que alejaron al anfibio del plan original (pez con aletas lobuladas). Pero este cambio radical debió ocurrir muy rápido y de forma coordinada en cada hueso con su forma y función para lograr un nuevo plan. Ello, sin contar que los pulmones de los anfibios son insuficientes para proveerles oxígeno, de modo que se hace necesaria la participación de otros ór-

ganos que lo compensen. En este caso participa en un alto porcentaje la piel que ya no puede presentar escamas, sino que ha de poseer muchas glándulas para mantenerla húmeda y facilitar la difusión de oxígeno (muchas más mutaciones, por tanto). Todo ello requiere una alta coordinación dentro de un nuevo plan de diseño.

Por ello, el surgimiento de un nuevo plan de organización biológica, es decir de divisiones mayores que clasifican a los seres vivos (Clase, Orden, Familia) no es una cuestión de mutación y selección, sino de innovación y diseño. En este sentido, cabe preguntarse si la clasificación biológica de los organismos realizada por el sueco Carlos Linneo es un esquema arbitrario o refleja un orden natural verdadero. Los enormes cambios que una y otra vez ha experimentado la clasificación taxonómica linneana apuntan a lo primero.

Evidencias y predicciones

El modelo evolutivo predice que las especies fueron evolucionando unas de otras lentamente a lo largo de cientos de millones de años. Primero las formas más sencillas, luego habrían surgido organismos con formas más complejas. Sin embargo, Chen *et al.* (2000), del Instituto de Geología y Paleontología en Nanjing, China, ha establecido que la predicción es más bien opuesta, en donde «*tanto los grupos de especies que forman la base del árbol de la vida como aquellos que se encuentran en la copa del árbol, estaban todos presentes en un mismo periodo*» (Cámbrico inferior).

Otro reciente estudio (Shu 2008),

El evolucionismo en sus distintas versiones ha fracasado en el intento, tras 150 años de intenso trabajo, sin duda muchas veces honesto en la búsqueda de explicaciones, pero errado en las premisas y conjeturas consideradas.

aporta contundentes evidencias respecto a que el fenómeno del surgimiento de los organismos vivos se produjo una sola vez en un periodo de la historia de la Tierra (denominado como Cámbrico). «*Este único Big Bang (gran explosión) de vida es reconocido como el responsable de dar origen a todo el árbol morfológico de los animales metazoos*». En otras palabras, en esa única oportunidad en la historia terrestre aparecieron en nuestro planeta todos los animales, desde los más primitivos como las esponjas, hasta los más complejos desde el punto de vista morfológico y fisiológico, como son los vertebrados, representados en estos fósiles por peces. Aparecen, por tanto, en esta fauna primigenia también gusanos de distinto tipo, moluscos, artrópodos, por nombrar los principales grupos de animales, con diferencias enormes de morfología y fisiología entre ellos, sin existir formas intermedias. Los supuestos evo-

lutivos de gradualidad en el surgimiento de las especies y en el aumento de la complejidad en la medida que se avanzaba a través de las eras geológicas no se cumplen. Los datos de este y otros muchos trabajos reafirman una y otra vez que el surgimiento de las especies fue una singularidad, un hecho único en la historia y además, de aparición repentina.

Estos trabajos recientes que anuncian la aparición de una sola vez de todos los animales son muy interesantes, pero en realidad no hacen sino confirmar lo que ya había sido anunciado por paleontólogos de Oxford, como William Buckland, ya muy atrás en el tiempo, alrededor de 1830 (Conway 1998), y con una tecnología para abordar estos estudios muy inferior a la actual. Hoy se cuenta con información cronológica molecular¹, con la biogeoquímica, con la paleontología, la microbiología, la sistemática filogenética, y sin embargo «*el patrón (evolutivo) del árbol de la vida de los metazoos muestra enormes vacíos de conocimiento*» (Giribet 2002).

Probablemente se tendió a ignorar estos estudios antiguos por acercarse peligrosamente con su explicación al modelo bíblico del origen de las especies. Hoy se les ignora menos porque su rigurosidad científica es innegable, aunque sus resultados suelen ser convenientemente acomodados al paradigma evolutivo imperante.

Resulta, además, muy interesante el que, unido al surgimiento súbito

¹ El reloj molecular estima el eventual tiempo de separación de dos especies o *taxa* a partir del número de sustituciones que se han acumulado entre las secuencias del DNA de ambas.

de los animales en la Tierra, también surgen en ese mismo periodo las condiciones ambientales idóneas como «oxígeno, composición química del agua, clima» para que estas criaturas vivan, las interacciones entre hábitat y organismos y la configuración de complejas estructuras tróficas (Vannier 2009). Se trata ni más ni menos que del nacimiento de los ecosistemas terrestres, de la conformación de la Tierra como un gran hogar para la vida, configurada en otra «peligrosa» teoría tildada de creacionista (Gaia), y por ello rechazada del ámbito científico por mucho tiempo, aunque finalmente vindicada (ver *Aguas Vivas* N° 50).

Modelo bíblico del origen de las especies

El modelo bíblico de creación especial muestra que las especies fueron creadas por medio de procesos sobrenaturales y que cada entidad biológica (para no confundir con 'especie', que es un concepto vago en biología), tuvo un diseño específico que el Creador le dio. Señala, además, este modelo que a la Tierra se le proveería de la habitabilidad adecuada para albergar a los organismos creados (Is. 45:18). Los hallazgos científicos detallados previamente confirman las predicciones del modelo bíblico.

La ciencia de la zoología (sin proponérselo, por cierto) ha utilizado una palabra, denominada *Bauplan*, que resume magistralmente lo que el Génesis bíblico ya había establecido respecto a que existen planes biológicos separados para los organismos, señalados en la Biblia con la frase «se-

gún su género». Este término «género» descrito en Génesis no tiene relación directa con la categoría taxonómica linneana Género (ubicado después de Familia y antes de especie). El sentido bíblico de género es que determinados organismos tienen un diseño o arquitectura propia, que los hace distintos de otros organismos diseñados con otra arquitectura biológica. La palabra *Bauplan* usada en Zoología (Brusca & Brusca 2005) proviene de la lengua alemana, y su traducción no es fácil porque apunta a un concepto. En castellano significa literalmente 'plan estructural o diseño', o, como lo traduce Brusca (Op. Cit.): «*Modelo de organización animal, pero que a la vez encierra la esencia del tipo estructural y los límites de la arquitectura animal, además de los aspectos funcionales de un determinado diseño.*»

Esta última definición, citada de uno de los mejores libros de zoología de vertebrados de la actualidad, es totalmente coincidente con el modelo bíblico. El *Bauplan* (Zoología) o el «según su género» (Génesis) apuntan a lo mismo. Existe una esencia de tipo estructural, una arquitectura biológica, con límites bien definidos que no pueden ser traspasados. La diferencia es que mientras todas las evidencias respaldan al modelo de Creación biológica bíblica, en donde las unidades biológicas creadas mantienen sus límites, el modelo evolutivo ignora estas evidencias para construir una teoría evolutiva de las especies, absolutamente inviable, considerando el enorme cúmulo de evidencias.

En el Nuevo Testamento se reafirma lo de los diseños biológicos dis-

tintos cuando se señala que «*No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves*» (1ª Cor. 15:39).

¿Mudará el etiope su piel y el leopardo sus manchas? (Jer. 13:23).

Las especies producen variedades genéticas y morfológicas que suelen apartarse bastante de su prototipo original, pero sin traspasar su plan inicial. Esto último es lo que ha confundido a muchos zoólogos y taxónomos desde Darwin, y extrapolan esta variabilidad hasta el infinito. Pero a pesar de esta gran variabilidad genética dentro de un grupo determinado de organismos del mismo tipo biológico, la arquitectura biológica de cada tipo creado está definida y delimitada en su ADN, y cambios grandes de forma, de color o de función, no es fácil que ocurran (de ahí la cita de Jeremías), pero si ocurren, deben estar enmarcados dentro de la arquitectura de este plan.

Uno de los primeros problemas en el intento de ordenamiento biológico se generó cuando Linneo estableció su sistema de clasificación binario, el cual contiene el confuso concepto de 'especie'. Este concepto linneano de especie no se corresponde necesariamente con el diseño biológico de cada tipo de organismos, nominado en la Biblia como «*según su género*». Es tan vago el concepto de 'especie' en biología que han ido surgiendo distintos conceptos para dar satisfacción a tal o cual requerimiento (ver *Agua Viva* N° 44), siendo los más utilizados el concepto biológico,

el morfológico o fenético y el evolutivo. No obstante, ninguno de ellos cumple con los requerimientos necesarios para satisfacer a todos los biólogos (Ridley 2003). Unos aceptarán un concepto y rechazarán otro. Por ejemplo, la selección artificial producida por el ser humano sobre los perros (*Canis familiaris*) ha generado una enorme variedad de formas a partir de la domesticación del lobo (*Canis lupus*). Después de miles de años de selección artificial no se ha producido una nueva especie de canido. Más aún, el perro común sigue en la actualidad con la opción de reproducirse con el lobo y tener descendencia fértil. Ambos animales a su vez pueden también reproducirse con el dingo australiano (*Canis lupus dingo*) y con el coyote (*Canis latrans*). Un biólogo que considera el concepto reproductivo de especie diría que en realidad estas 4 especies son una sola, mientras que un biólogo que considera el aspecto morfológico vería más de 4 especies (considerando las variedades del lobo y coyote)

La evidencia, por tanto, de la selección artificial (doméstica), apunta a cambios importantes en la forma del organismo (fenotipo) pero lo que no ha podido nunca hacer es generar una nueva especie desde el punto de vista genético (genotipo). En las escasas ocasiones en que se ha cruzado esta barrera, entran en acción los mecanismos de aislamiento reproductivo (precigótico y postcigótico, produciendo esterilidad híbrida, como en el caso de la mula producto del cruce de un asno (con 62 cromosomas) y un caballo (con 64 cromosomas)

mas). Aislamiento reproductivo postcigótico en este caso.

Los dos clásicos ejemplos de Darwin de las polillas moteadas y los pinzones de Galápagos dan perfecta cuenta de las opciones de variabilidad o de plasticidad genética dentro de una especie, siempre enmarcada en un arquitectura biológica dada o bauplan y por cierto, teniendo la opción de volver al estado previo de la variación, como ha ocurrido efectivamente con el pico de algunos de los pinzones de Galápagos.

Toda la evidencia biológica fósil y aquella obtenida dentro de la historia investigativa humana apunta a la imposibilidad de saltarse de un bauplan a otro. Las barreras son infranqueables. Siguiendo la metáfora de Behe (1996), un automóvil puede ser convertido en deportivo, ser recortado y modificado como camioneta, ajustado para carreras, hacerlo descapotable y algunas otras opciones, dentro de su diseño arquitectónico original establecido. Estas variaciones equivaldrán a las posibilidades genéticas de un organismo. Lo que no es posible hacer con un automóvil, es convertirlo en un submarino o en una avioneta sin alterar radicalmente su plan original. Un submarino o una avioneta ostentan otros planes o prototipos. Esto último ha sido demostrado por la genética molecular.

De nuevo el 'peligroso' modelo bíblico

La genética molecular ha comprobado que el desarrollo del plan corporal de un animal no está controlado por algunos pocos genes individuales, sino que está regulado por

una gran red de genes reguladores (GRGR) y, por lo tanto, la evolución de un plan corporal (anfibio a reptil, por ejemplo) necesariamente depende del cambio radical de la arquitectura de esta gran red de genes reguladores. Esta es una de las evidencias científicas más potentes que ha dejado sin piso a la evolución gradualista. ¿Cómo cambiar de una sola vez el diseño arquitectónico de un plan corporal, conformado por esta GRGR, para producir otro plan corporal? Esta pregunta vuelve al tema evolutivo al punto de partida, pero con la gran diferencia que a los Darwin del siglo 21 ya no les quedan grandes cosas que descubrir en el campo biológico (Horgan 1998).

En la edición N° 55 de la revista Aguas Vivas se revisaron las numerosas teorías que se enmarcan en la corriente filosófica científica denominada 'evolucionismo', las que dan cuenta de la delicada encrucijada en que se encuentran las ciencias de la vida en la actualidad. Ninguna de ellas cuenta con un fundamento medianamente satisfactorio que explique el origen y diversificación de la vida en la Tierra. El evolucionismo en sus distintas versiones (darwinismo clásico, neodarwinismo, saltacionismo, neutralismo, endosimbiosis Evo-Devo, premeiótico, entre las más difundidas), ha fracasado en el intento, tras 150 años de intenso trabajo, sin duda muchas veces honesto en la búsqueda de explicaciones, pero equivocado en las premisas y conjeturas consideradas.

En este sentido, una vez más, el modelo bíblico sigue siendo el que

mejor explica estos dos complejos fenómenos, el origen de la vida y la diversidad biológica pasada y presente en la Tierra. El modelo bíblico apunta a un diseño o arquitectura corporal establecida en planes morfológicos diferenciados para los distintos organismos, los que se agruparían por tipo (género de acuerdo al relato bíblico), a partir de los cuales se originarían finalmente las variedades morfológicas dentro de límites que no pueden ser traspasados.

Preguntas sin respuestas

La teoría evolutiva clásica, basada en la selección de pequeños cambios incrementales, ha requerido explicaciones a partir de la extrapolación de patrones observados en la adaptación de los organismos. Pero esto es equivalente a querer construir un edificio inteligente con sólo un par de piedras. La adaptación es un proceso inherente a la plasticidad genética de cada organismo vivo, pero la generación de un nuevo plan morfológico requiere un cambio radical de su plan genético. En este sentido, Davidson y colaboradores (2006), estudiando en profundidad este tema, han señalado que «ninguna clase de explicación en evolución proporciona un esclarecimiento en términos de cambios mecánicos (arquitectónicos) en el programa genético regulador (GRGR), que permita desarrollar el plan corporal».

Las propiedades de estructura y función de desarrollo de la gran red de genes reguladores de un plan corporal conducen a un antiguo y general problema en evolución animal:

¿Cuáles son los mecanismos que explican el hecho de que los grandes planes corporales se hayan mantenido casi sin cambios desde que hay registro de ellos, como el que se observa por ejemplo en la fauna de Chengjiang, provincia de Yunnan, China? (Davidson *et al.* 2006). Hoy en 2009 y luego de 150 años de desarrollo de la teoría evolutiva, no hay respuesta científica a esta pregunta.

Bibliografía

- Brusca R. & G. Brusca. 2005. *Invertebrados*. 2ª edición en español, Mc Graw Hill Interamericana de España, S.A.U. 1005 páginas.
- Conway Morris, S., 1998. *The Crucible of Creation: The Burgess Shale and the Rise of Animals*. Oxford University Press. 242 pp.
- Chen J. Y. *et al.* 2000. *Precambrian animal diversity: Putative phosphatized embryos from the Doushantuo Formation of China*. PNAS. Vol. 97, N° 9, Pages 4457–4462.
- Davidson, E. & D. Erwin. 2006. *Gene Regulatory Networks and the Evolution of Animal Body Plans*. Science 311, 796. Feb. DOI: 10.1126/science. 1113832.
- Giribet G. 2002. *Current advances in the phylogenetic reconstruction of metazoan evolution. A new paradigm for the Cambrian explosion?* Molecular Phylogenetics and Evolution 24, 345–357.
- Grassé P. 1977. *Evolution of Living Organisms*. Academic Press, New York.
- Horgan J. 1998. *El fin de la ciencia. Los límites del conocimiento en el declive de la era científica*. Paidós Ibérica S. A. 351 pp.
- Ridley. M. 2003. *Evolution*. Blackwell Science Ltd (United States). Third edition. 792 pages.
- Shu D. 2008. *Cambrian explosion: Birth of tree of animals*. Gondwana Research 14. Pgs. 219–240.
- Vannier, J., *L'Explosion cambrienne ou l'émergence des écosystèmes modernes*, C. R. Palevol (2009), doi:10.1016/j.crpv.2008.10.006.
- Polkinghorne J. 2009. *Creación y evolución son compatibles*. La Vanguardia, España, 08 Feb.
- Reina Valera. 1995. *Santa Biblia, revisión 1995*. Sociedades Bíblicas Unidas.
- Revista Aguas Vivas: N° 44/2007. *Cuán cerca estamos de las bestias*. N° 50/2008. *La Tierra no es un planeta más, es un hogar*. N° 55/2009. *Bicentenario de Darwin, 1809-2009*.

* * *

Breve
introducción al
discernimiento
del conflicto de

paradigmas (4)



Gino Iafrancesco
Colombia

Con otro de los centenarios de Charles Darwin, comienzan a aparecer cantidad de nuevos panegíricos, llenos de entusiasta fe evolucionista; pero como general-

mente lo hacen, siguen también vacíos de verdaderas respuestas científicas. La insistente fe evolucionista y su forzado entusiasmo a manivela, sólo presenta frases altisonantes pre-

tendiendo dar por sentado lo inde-
mostrado, y peor aún, lo refutado; al
mismo tiempo que procuran ignorar
u ocultar el verdadero involucionis-
mo de la historia real del darwinis-
mo. Es la nota común de la intoleran-
cia pro-darwinista, pontificar y al
mismo tiempo denigrar, al mejor
ejemplo de la superstición barata,
como si el disfraz de 'científico' fuese
lo mismo que serlo. La carencia de
argumentación sería es lo más noto-
rio en estos panegíricos. Se ataca con
intolerancia, mas no con ciencia, al
creacionismo, pero no se responden
sus argumentos. Richard Dawkins, el
más caracterizado y actual pontífice
militante del evolucionismo ateo, ni
siquiera quiere conversar con quien
cree en Dios; simplemente le da la es-
palda. Esa es toda su argumentación.
En vez de panegíricos y displicen-
cias, desearíamos ver cómo se res-
ponde científicamente a la seriedad
de los argumentos que desde su ini-
cio se han levantado contra el evolu-
cionismo. Ya estamos cansados de
meras asunciones y pataletas.

El propio Charles Darwin, cuyo
evolucionismo juvenil se basaba más
que todo en la llamada 'selección na-
tural', destacó el mismo el punto fla-
co de su propia hipótesis. Se atuvo a
la paleontología, pero ésta no resultó
ser su amiga. Mucho menos la gené-
tica. Precisamente en ese campo co-
menzó la historia de la involución del
darwinismo. Mendel y las leyes de la
genética fueron de los primeros que
forzaron el comienzo del continuado
revisiónismo involutivo del darwinis-
mo. El revisionismo lamarckiano pre-
tendió entonces que los caracteres ad-

quiridos gracias a la influencia del
medio ambiente serían heredados;
pero fueron muchos los ratoncillos de
laboratorio que dejaron sin cola al
nacer, por generaciones, pero los
genes seguían produciendo colas. La
derrota del lamarckianismo derivó
entonces en la llamada hipótesis de la
'ortogénesis', a la que no tardó mu-
cho en intentar refutar Hugo De
Vries con la nueva hipótesis de las
mutaciones a gran escala, los mons-
truos viables. ¡Cuán grande fe, y
cuán variable! Jean Piaget, en su obra
Epistemología del Pensamiento Biológico,
al contrastar y analizar las diversas
hipótesis evolucionistas –cerca de 40
diferentes– concluye que el biólogo
no toma sus datos de la realidad, sino
que proyecta sobre esta sus propias
presuposiciones.

Las respuestas a Dawkins, y to-
davía mucho más, las preguntas de
autores como Phillip Johnson, han
sido sumamente serias. Requieren
mucho más que las espaldas y el sar-
casmo intolerante. Los asertos de
Phillip Johnson no han sido respon-
didos con altura, que yo sepa, por
ninguno de los panegiristas moder-
nos del darwinismo. Repásense, por
favor, lentamente los argumentos de
Phillip Johnson, en obras suyas tales
como: «*Darwin a la Prueba*», «*Ciencia,
Intolerancia y fe*», «*Las preguntas cier-
tas*», etc., para constatar y ver si en
los panegíricos de centuria se vislum-
bra alguna respuesta científica. Lo
mismo acontece con las obras de los
defensores del diseño inteligente, ta-
les como Charles B. Thaxton (*El Mis-
terio del Origen de la Vida*), William
Dembski (*Diseño Inteligente*), Michael

Behe (*La caja negra de Darwin*), que son vilipendiados de ‘creacionistas’, pero no refutados ni respondidos con argumentos científicos. En estos días, mientras la obra del ferviente pontífice Dawkins: «*El Delirio de Dios*» se convierte en *best seller*, sus propios compañeros de profesorado en Oxford, los doctores Alister & Johanna McGrath escribieron una acuciosa respuesta titulada: «*El Delirio de Dawkins*», cuya lectura recomendamos. Como buen atalaya de las publicaciones al respecto de los desarrollos actuales, sobresale desde España la obra del biólogo Dr. Antonio Cruz: «*Darwin no mató a Dios*», como pretende el deseo de los panegiristas. De igual valor son sus numerosos artículos permanentes publicados en Internet.

Después de la demoledora realidad demostrada por Rudolf Clausius dentro del campo de la ciencia termodinámica, en especial la segunda ley, la de la entropía, y cómo esta afecta terriblemente las ínfulas de la hipótesis evolucionista, se le otorgó apresuradamente el premio Nobel a Illia Prigogine, por especular, aunque por varios años alejado del laboratorio, sobre cómo la llamada ‘negaoentropía’ hubiera podido vencer a la entropía. Lo que no hicieron igualmente notorio los premiantes fue la refutación de las especulaciones de Prigogine realizada por los PH.D. Dres. Henry Morris y Duanet T. Gish. No he visto ninguna refutación científica del trabajo de estos últimos, acerca

de lo cual puede leerse en: «*La Termodinámica y el Origen de la Vida*», I y II respectivamente.

El conflicto de paradigmas da cuenta, pues, de los alinderamientos actuales en la batalla entre creacionismo y evolucionismo. El paradigma de la Simiente de la Mujer es creacionista; el paradigma de la serpiente y su simiente es evolucionista; si bien, dentro de la referida involución histórica del darwinismo, se ha dado lugar también espacio para un intento de ‘reconciliación’ en el llamado ‘evolucionismo teísta’, como el actual del director del proyecto Genoma Humano, Dr. Francis S. Collins, en su libro: «*El Lenguaje de Dios*», donde reconoce a Dios, y la deuda del científico con los escritos de C. S. Lewis. Pero Yahveh Elohim dijo claramente que pondría enemistad, y no reconciliación, entre los dos paradigmas primigenios y sustentatrices.

No olvidemos lo ya sabido acerca de Charles Darwin mismo en su vejez; como llamó a su casa a Lady Northfield para pedirle que dirigiera estudios bíblicos en su propia morada. Ella lo encontró absorto en la que él mismo llamó «majestuosa» epístola a los Hebreos; y cuando ella le reportó lo que se hacía con su hipótesis, el anciano Darwin se lamentó, muy preocupado por el hecho de que los hombres hubieran tomado como religión «los inmaduros pensamientos de su juventud»; en sus propias palabras.

* * *

El dar es el verdadero tener. *Charles Spurgeon.*

Elogio de la Biblia



Si (la Biblia) es Luz, a la luz resiste todo hombre que le impide salir en público para lumbré y alegría de todos; y tinieblas se debe llamar y mentira, porque a la luz y a la verdad no resiste ni pone impedimento, sino la tiniebla y mentira.

Si es candela, a cuya lumbré el hombre ciego y habitante en esta caverna tenebrosa encamine seguramente sus pasos, visto es pretender de tener los hombres en su ceguera, el que no quiere que les sea comunicada con aquella abundancia con que ella se da.

Si es escudo a todos los que en ella ponen su esperanza, espada con que el Apóstol arma al Cristiano para defenderse y ofender a sus enemigos en toda suerte de tentación, desarmado y por consiguiente vencido y muerto de mano del diablo lo quiere, quien se la quita que no la tenga tan copiosa y tan a la mano, cuanto son muchas y continuas sus tentaciones.

Si es útil para enseñar en la ignorancia, para redargüir en el error, para reprender en el pecado, para enseñar a la justicia, para perfeccionar al Cristiano, y hacerlo hábil y pronto a toda buena obra, fuera de todo buen enseñamiento, y de toda buena y Cristiana disciplina lo quiere, el error, el pecado, y la confusión en lo sacro y en lo profano ama y desea, el que en todo o en parte sepulta las divinas Escrituras; y sepultándolas en parte da a entender bien claro lo que haría del todo si pudiese, o esperase salir con ello.

*Casiodoro de Reina,
Introducción a la Biblia del Oso (1569)
(fragmento)*

Cuando el avión estalló debajo de su oficina, todo lo que él podía hacer era orar.

Escape de la Torre Dos



Ken Walker

El reloj acababa de marcar las 9 de la mañana del 11 de septiembre, cuando el teléfono sonó en la oficina de Stanley Praitnath, en la torre sur del World Trade Center.

Unos minutos antes, Praitnath, importante ejecutivo del Fuji Bank, había tomado el ascensor expreso

hasta el vestíbulo, después de oír hablar de un 'incidente' en la Torre Norte. Pero al llegar allí, los guardias le aseguraron que todo estaba bien y le aconsejaron volver a su oficina.

En la parte posterior del piso ochenta y uno, las oficinas estaban aún en su mayoría vacías. Él tomó su

teléfono. «¿Está usted viendo las noticias?», preguntó una mujer desde la oficina de Chicago del Fuji Bank.

«¿Usted se encuentra bien?».

«Estoy muy bien», dijo Praitmnath, preguntándose porqué ella había llamado. Sólo entonces, volvió la mirada por la ventana hacia la Estatua de la Libertad, como lo había hecho tantas veces. Pero esta vez, la vista impresionante se vio obstaculizada por la visión surrealista de un avión comercial... ¡que venía directamente hacia la torre!

Gritando, Praitmnath soltó el teléfono en mitad de la frase y se lanzó al piso. Encogido debajo de su escritorio en posición fetal, comenzó a clamar a Dios. «¡Señor, ayúdame!». Praitmnath Siguió orando con desesperación, mientras un estruendo llenó el aire, con el fragor de una jaula de acero rasgándose a trozos.

Praitmnath no tenía idea de que el 'incidente' anterior había sido otro aparato chocando en la Torre Norte. Cuando el aparato se estrelló en su edificio, todo lo que él supo era que este podría ser su último día.

«Venga hacia la luz»

Al principio Praitmnath ni siquiera sabía que el avión había explotado o que el edificio estaba ardiendo.

Cuando miró afuera, vio una llama azul que bailaba en un ala y pensó que quizás quemaría el edificio. «Si hubiese sabido la verdad, probablemente me habría aterrado más», dice ahora.

Aunque esos momentos iniciales siguen siendo una sombra, cuando finalmente se puso en pie, la oficina

Entonces, volvió la mirada por la ventana hacia la Estatua de la Libertad, como lo había hecho tantas veces. Pero esta vez, la vista impresionante se vio obstaculizada por la visión surrealista de un avión comercial... ¡que venía directamente hacia la torre!

parecía un campo de batalla. Todo el equipamiento de la sala estaba disperso. Los escombros cubrían el piso. El polvo llenaba el aire, como si alguien hubiera abierto bolsas de cemento y las hubiera lanzado hacia el techo.

Arañando a través de montículos de escombros, trató de salir de aquel derrumbe. Cortes y magulladuras cubrían su cuerpo. Su camisa blanca había desaparecido.

«Señor, tengo que ir a casa con mi familia», murmuró. «Tengo que ver a mis hijas».

En ese momento, vio una luz irrumpiendo a través de la oscuridad. Sorprendido de que alguien hubiera aparecido allí con una linterna, él pensó: «¡Este es mi ángel guardián! El Señor envió alguien a ayudarme!».

«¡Veo la luz! ¡Veo la luz!», gritó.
«Venga hacia la luz», dijo una voz. «Estoy aquí para ayudarle».

Pero cuando Praitmynath trató de avanzar, otra pared se derrumbó. Protegiéndose la cara con su mano derecha, hizo una mueca de dolor cuando un clavo se incrustó en su palma. Cuando él dijo a su rescataador lo que había sucedido, el hombre lo instó: «Muérdalo hacia afuera; chupe la sangre y escúpala».

«¡No puedo!», dijo él. La fatiga lo abrumaba. El olor del combustible del jet llenaba el aire. De alguna manera, hizo acopio de fuerzas para asir el clavo. Cuando brotó la sangre, la limpió en su camiseta hecha andrajos.

Logró acercarse a la luz; sin embargo, otro tabique caído bloqueó su camino. Los cables eléctricos colgaban desde el techo. La voz le dijo que subiera sobre los escombros, pero él se sentía demasiado cansado. Por último, Praitmynath le preguntó al hombre si él creía en Cristo. Cuando la voz respondió afirmativamente, le sugirió que orasen.

Luego, el estudiante de karate de 1,80 m de estatura sintió que sus fuerzas volvían. Dando un puñetazo en el tabique, logró hacer una abolladura profunda, hasta que el otro hombre exclamó: «¡Puedo ver su mano!».

Descenso final

El 'ángel guardián' de Praitmynath era Brian Clark, ejecutivo de una agencia de corretajes ubicada tres pisos más arriba. Después de que Clark lo sacó a través de la pared, se abra-

zaron y avanzaron hacia el hueco de la escalera. Afortunadamente, las paredes de la torre estaban cubiertas con una pintura luminosa que había sido aplicada después de un atentado terrorista en 1993.

El miedo y la ansiedad llenaron a Praitmynath mientras corrían escaleras abajo. Doblegado por el agotamiento, él se aferraba a Clark. Él recuerda haberle dicho: «Usted es mi ángel guardián, que el Señor envió para ayudarme».

«Fue una enorme proeza», recuerda Praitmynath. «Yo nunca lo habría hecho de no ser por este hombre. Cuando finalmente llegamos al nivel del entresuelo, algunos bomberos nos preguntaron si había otros. Cuando respondimos que sí, ellos iniciaron una ascensión frenética».

Los dos hombres contemplaron una escena espantosa. Fragmentos de vidrio caían desde arriba. Se veía partes de cuerpos dispersas alrededor. Escombros llameantes eran lanzados a través del aire.

Mirando sus zapatos con planta de goma, Praitmynath dijo: «Estas cosas se van a derretir». Viendo el agua que corría en cascada por las escaleras, Praitmynath, Clark y otros se pusieron bajo el sistema de aspersión y se mojaron antes de huir el edificio.

Segundos más tarde, se detuvieron en la histórica Trinity Church. Pronto, vieron con horror cómo la Torre Sur se sacudía siniestramente. Bengalas de humo se elevaban de los escombros del edificio como velas romanas. Finalmente, la Torre Sur –el edificio en que Praitmynath había estado sólo minutos antes– empezó a

caer sobre sí misma. Sólo 47 minutos habían transcurrido entre el impacto del avión y el colapso de la torre.

Negocios pendientes

Hoy, Praitmnath, de 45 años, se embarga de una profunda mezcla de admiración y gratitud cuando considera el hecho de que él es un sobreviviente del 11 de septiembre.

«Creo que la mano del Señor me guardó ese día», dice. «No hay ninguna otra manera de explicarlo».

Un año después de los atentados que cobraron millares de vidas y cambiaron el curso de la historia, el oriundo de Guyana Británica aún se pregunta por qué él escapó con vida cuando tantos otros no lo hicieron.

Sólo puede suponer que, por razones que Dios sabe, no era su día para dejar esta tierra. Sin embargo, tiene una certeza: «Mi Señor tiene tareas pendientes para mí», dice suavemente. Y es seguro que esta labor es no sólo como gerente de operaciones del Banco, sino como marido, padre de dos muchachas y supervisor de escuela dominical en una iglesia en Long Island.

Sobre todo, Praitmnath desea ofrecerse como testigo vivo del poder de Dios para salvar. «El relato de su escape milagroso del World Trade Center ha inspirado a muchas personas», dice el pastor y suegro de Praitmnath, Jim Persram. «Lo sucedido en el WTC fue una cosa muy deprimente», dice Persram. «Pero el testimonio de Stanley ha sido una fuente de gran aliento y bendición».

Praitmnath, que vino a Estados Unidos en 1981, todavía se entristece por los millares de vidas que fueron segadas el 9/11, y él sabe que millares continúan llorando la pérdida de seres queridos. Su corazón se quebranta por las familias de 23 personas de su oficina que murieron asesinadas.

Praitmnath es consciente de que nunca podrá desechar por completo las horribles imágenes, olores y sensaciones que abrumaron sus sentidos aquella mañana. Sin embargo, su fe fue consolidada ese día. En cierto sentido, él fue levantado de la muerte, llamado afuera de las tinieblas. Y él se regocija de estar vivo hoy para contar su historia a todo aquel que quiera oírle.

Su compañía, que se ha reubicado temporalmente en Manhattan (a 20 minutos de la Zona Cero), se ha convertido en una base misionera. Dice Praitmnath: «Personas que antes no querían oír nada sobre el Señor ahora vienen a mí diciendo: Stan, háblame acerca de tu Dios».

Praitmnath admite que ha tenido un despertar espiritual desde el 11 de septiembre, y él espera que esa pasión no disminuya.

«Tomé las ropas hechas jirones que usaba ese día, las puse en una caja, y escribí LIBERACIÓN por todas partes», dice él. «Luego dije a mi esposa: Si alguna vez me vuelvo espiritualmente frío, quiero que tú me traigas esta caja, la abras, y me muestres de dónde me rescató el Señor».

*Christianity Today International/
Today's Christian magazine.*

September/October 2002, Vol. 40, No. 5, Pag. 28.

* * *

CARTAS

Consolador

Graça e Paz em nome do Senhor Jesus. Tive o prazer de conhecer a Revista Águas Vivas e posso testemunhar que fui muito edificado. Num tempo de tanta superficialidade, inclusive da «igreja», e consolador uma publicação como esta. No amor de Cristo,

Eudes Martins Gomes, Goiânia, (Brasil).

Trabajo de amor

El sitio en la red siempre ha sido una gran bendición para mí y también para otros hermanos con quienes he tenido la oportunidad de compartir. Muchísimas gracias al equipo redactor de Aguas Vivas por su trabajo de amor.

Maury Bareford, Richmond, Virginia (USA).

Agradecimientos

Quiero agradecer vuestro trabajo y servicio a través de la web. Os estoy muy agradecido también por la revista en papel. Siempre es una gran bendi-

ción leer vuestros mensajes. Que Dios os siga dando de su gracia y prospere grandemente vuestro ministerio. Él multiplique vuestra sementera espiritual y os dé más de sí mismo.

Dios no es ingrato por todo vuestro servicio en el espíritu. «Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a multitud, como las estrellas a perpetua eternidad».

Pedro Jurado Rodríguez, Málaga (España).

En la vida de la iglesia

En muchas reuniones de la vida de la iglesia hemos tenido la oportunidad de compartir los artículos de tan anhelada revista. Gracias damos a nuestro amado Cristo por esa grandiosa labor que el Señor les ha permitido hacer para beneficio de su iglesia. Un abrazo fraternal de todos los santos de Barranquilla para los santos de Chile.

*Julia Rebecca Álvarez,
Barranquilla (Colombia).*

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas, una revista para todo cristiano

Año 10 · Nº 56 · Marzo - Abril 2009

Equipo Redactor

Eliseo Apablaza, Roberto Sáez
Gonzalo Sepúlveda, Rodrigo Abarca
Rubén Chacón, Marcelo Díaz

Colaboradores invitados

Stephen Kaung, Lance Lambert, Dana Congdon
Gino Iafrancesco, Ricardo Bravo

Diseño y distribución

Mario Contreras / Fono (45) 343429
Temuco, Región de la Araucanía (Chile)
E-mail: mcontreras46@gmail.com

Contacto en USA y México

David Calvo / Fono (956) 432-3752
P. O. Box 2632, McAllen, TX 78502 USA
E-mail: salmo2020@yahoo.com